

Nº 4
2 Eje



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES "ACATLAN"

LA PRODUCCION TEORICA EN GRAMSCI

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE :
LICENCIADO EN FILOSOFIA

P R E S E N T A:

MARIA LUCIA MORENO SANCHEZ

ASESORA DE TESIS
DRA. ANA MA. RIVADEO FERNANDEZ

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres: Ma. de los Angeles y Jesús

***Con especial afecto para
mis maestras y asesoras de vida***

***A la Dra. Ana Ma. Rivadeo agradezco
su infinita paciencia y sus sabios consejos***

***Gracias también a todos aquellos que de alguna manera
contribuyeron a que este trabajo culminara.***

INDICE

"LA PRODUCCIÓN TEÓRICA EN GRAMSCI"

Introducción	7
--------------	---

CAPITULO I

EL PROCESO DE CONSTITUCIÓN DEL MARXISMO GRAMSCIANO	10
1. El marxismo de la Ila. Internacional	13
1.1 El marxismo bernsteniano	15
1.2 El marxismo kautskiano	16
2. La situación del marxismo italiano	18
2.1 El marxismo de Antonio Labriola	20
2.2 Los neohegelianos: Croce y Gentile	21
2.3 El Partido Socialista Italiano (PSI)	23
2.4 La posición de Antonio Gramsci	24
3. Lenin y la revolución bolchevique	32
3.1 El impacto del leninismo en Gramsci	35
4. La experiencia política de Antonio Gramsci	39
4.1 Los Consejos Obreros en Italia	
4.2 La creación del Partido Comunista en Italia	45
4.3 El ascenso del fascismo en Italia	46
4.4 La polémica Bordiga-Gramsci	47
4.5 Hacia la construcción de un partido de masas	56

CAPITULO II

LA CONCEPCIÓN POLÍTICA DE ANTONIO GRAMSCI: El lugar de lo teórico 63

- 1. Una concepción amplia del Estado: la hegemonía 67
 - 1.1 La posición de la IIIa. Internacional y la lucha antieconomicista de Antonio Gramsci
 - 1.2 La relación sociedad política-sociedad civil 71
 - 1.3 La cuestión de la hegemonía 75

- 2. La guerra de posiciones 80

- 3. La organización revolucionaria 86
 - 3.1 El partido político 91
 - 3.2 El tema de los intelectuales y la función de la teoría 96

CAPITULO III

LA REFUNDACIÓN TEÓRICA DEL MARXISMO: La cuestión cultural en Gramsci 100

- 1. La revolución: construcción de una nueva cultura 103

- 2. La concepción gramsciana de "bloque histórico" 108
 - 2.1 La lucha por la hegemonía: los intelectuales y la teoría 112

- 3. El marxismo gramsciano: De la filosofía espontánea a la filosofía sistemática 114
 - 3.1 La cuestión de la ideología 118
 - 3.2 Ideología y filosofía 120
 - 3.3 Hacia una filosofía de la praxis 122

- CONCLUSIONES 128

- BIBLIOGRAFÍA 134

INTRODUCCIÓN

La producción teórica es acción intelectual que permite documentar el tipo de relaciones sociales establecidas por el hombre en un determinado momento histórico.

En la antigüedad, la producción teórica fue tarea exclusiva de un grupo de pensadores especialmente destinados a reflexionar sobre el mundo y el comportamiento humano.

Es hasta el siglo XIX que el marxismo destaca el vínculo existente entre la forma de explicar el mundo y los modos de actuar en él.

La revolución filosófica abierta por el marxismo al resaltar la necesaria vinculación entre la teoría y la práctica, o sea la relación existente entre las formas de pensar y las acciones que tales pensamientos generan, es retomada y profundizada por Antonio Gramsci al comenzar el siglo XX.

Gramsci describe al marxismo como un filósofo de la praxis capaz de permitir a los hombres tomar conciencia de su condición y de prepararlos para la acción tendente a modificar sus circunstancias y a sí mismos. Renueva así el vínculo de la teoría con la práctica al subrayar la capacidad del hombre para actuar conscientemente en la construcción de nuevas relaciones sociales.

La producción teórica en Gramsci refiere entonces al espacio que este filósofo otorga a la teoría como constituyente de la acción política y su examen la renovación gramsciana del marxismo, en cuanto destaca una dimensión política de la reflexión teórica.

Este trabajo apunta a demostrar que en la perspectiva gramsciana la producción teórica es un ámbito estructurante de la lucha política, o sea de la lucha hegemónica. Para ello, argumentamos de qué manera este filósofo:

- 1) Revitaliza la teoría como momento de la acción consciente
- 2) Renueva el concepto de revolución acuñado por el marxismo clásico.
- 3) Crea nuevos conceptos para explicar las formas de relación propias del capitalismo avanzado.
- 4) Vincula la teoría con la práctica política al postular que toda concepción del mundo implica formas de pensar que guían el comportamiento de los hombres.
- 5) Logra una refundación teórica del marxismo al destacar un nuevo concepto de revolución, así como nuevas formas de organización y de los medios para lograrla.

La exposición se organiza en tres grandes capítulos: El proceso de constitución del marxismo gramsciano; La concepción política de Antonio Gramsci y La refundación teórica del marxismo.

En el primer capítulo, el centro de reflexión es la historia. Se trata de una resumida exposición de los hechos históricos que dan marco de referencia a la formación del pensamiento gramsciano, haciendo especial énfasis en la influencia de los neohegelianos y de las corrientes socialistas de principios de siglo. En este capítulo se describe el proceso de constitución del marxismo gramsciano como confluencia de una lucha teórica contra los supuestos del economicismo, de la continua participación de Gramsci en las organizaciones obreras, y de su irrenunciable propósito de crear un auténtico partido de masas que no fuera la vanguardia de la clase obrera, sino una organización capaz de convocar a las clases anticapitalistas en un programa de acción nacional tendente a crear una nueva cultura.

En el segundo capítulo, el eje de reflexión es la acción política. A partir del concepto gramsciano de hegemonía, fundamento de la concepción amplia del Estado, se exponen la estrategia y la organización revolucionarias propuestas por este filósofo; se trata por tanto, de ofrecer una visión integrada de los conceptos gramscianos que han enriquecido la teoría política marxista.

En esta parte del trabajo, interesa destacar el lugar que la teoría tiene en la concepción política de Antonio Gramsci. Ella se explica como acción consciente

que promueve la autogestión de los grupos, parte medular de la organización revolucionaria y de las vías propuestas para crear una nueva cultura.

En el tercer capítulo la exposición se ordena en torno a la filosofía. Nos ocupamos fundamentalmente de describir la refundación teórica que Antonio Gramsci hace del marxismo. En este capítulo, el nexo de la teoría y la práctica cobra nuevas dimensiones, ya que alude a la necesaria vinculación de los intelectuales con las masas populares, y por esa vía a la construcción de una filosofía sistemática cuyo punto de partida sea la "filosofía espontánea" del hombre común. Según Gramsci, sólo este renovado vínculo de la teoría y la práctica puede ofrecer condiciones de posibilidad para la creación de un nuevo bloque histórico, o sea una nueva estructura social, económica, política y cultural acompañada de formas nuevas de pensar y de vivir la cotidianidad.

Esta renovación del vínculo de la teoría y la práctica obliga a plantear la acción de la filosofía en el marco de la lucha por la hegemonía, es decir, como acción tendente a lograr la dirección política y cultural de la sociedad.

Bajo esta perspectiva, la filosofía pone de manifiesto nexos privilegiados con la ideología y se encamina hacia la construcción de una nueva cultura.

Así, a lo largo de este trabajo documentamos el contexto histórico que motiva el desarrollo del pensamiento gramsciano; en segundo lugar, las aportaciones que Antonio Gramsci hace a la teoría política marxista, para finalmente describir los rasgos fundamentales del marxismo gramsciano.

La exposición intenta precisar, en cada caso, que la teoría es concebida por Gramsci no sólo como cúmulo de saberes sino fundamentalmente como un conjunto de ideas que postula cierto comportamiento ante la vida. De este modo, la producción teórica, entendida como ideas y acciones ante la vida, es necesariamente un elemento de la lucha política definida como lucha por la hegemonía.

CAPITULO I

EL PROCESO DE CONSTITUCIÓN DEL MARXISMO GRAMSCIANO

"Si se quiere estudiar una concepción del mundo que nunca haya sido expuesta sistemáticamente por el autor pensador, hay que hacer una labor minuciosa y realizarla con el máximo de exactitud y de honradez científica. Ante todo, hay que seguir el proceso de desarrollo intelectual del pensador, para reconstruirlo según los elementos que resulten ser estables y permanentes... La búsqueda del *leit-motiv*, del ritmo del pensamiento, es más importante que las citas individuales aisladas..."

Antonio Gramsci

Cuaderno 4

CAPITULO I

EL PROCESO DE CONSTITUCIÓN DEL MARXISMO GRAMSCIANO

A lo largo de este capítulo veremos que en la conformación del marxismo de Antonio Gramsci confluyen tanto elementos de su historia personal como los grandes acontecimientos sociales que abren este siglo.

Antonio Gramsci nace en Alles, Cagliari (Cerdeña), el 22 de enero de 1891, cuarto de los siete hijos de un empleado del Estado, que es destituido de su cargo y encarcelado por haber incurrido en supuestas irregularidades administrativas.

Ante la ausencia del padre, la familia Gramsci emigra a otra región de Cerdeña y padece la miseria que caracteriza a los pobladores del sur italiano, debida a la explotación que los industriales norteños hacen de esa región. En esas circunstancias, Gramsci empieza a cuestionar la forma de vida capitalista, aunque su posición no logra sustraerse a un regionalismo que convierte a los norteños en fuente de todos los males que aquejan a los italianos del sur.

En el ámbito internacional, al comenzar el siglo XX, la prensa es el medio de comunicación por excelencia. Para el proletariado de esta época, los lazos de comunicación teórica son los diarios, las revistas y algunos folletos, en tanto que las vías de acción política son los sindicatos y los partidos. En este contexto, Gramsci se forma intelectual y políticamente escribiendo artículos para la prensa socialista, y militando activamente en el Partido Socialista Italiano.¹

¹ En lo sucesivo PSI.

Gramsci piensa en las condiciones necesarias para llevar a cabo la revolución socialista desde muy joven. Ya en una de sus notas escolares puede leerse: "La revolución francesa ha abatido muchos privilegios, ha levantado a muchos oprimidos, pero no ha hecho más que sustituir una clase por otra en el dominio. Ha dejado sin embargo, una gran enseñanza: que los privilegios y las diferencias sociales, puesto que son producto de la sociedad y no de la naturaleza, pueden sobrepasarse. La humanidad necesita otro baño de sangre para borrar muchas de esas injusticias..."²

Conoce algunas obras de Marx y Engels por "curiosidad intelectual", y gracias a una beca, se instala en Turín -industrializada ciudad del norte de Italia-, donde milita en las filas socialistas y desarrolla su reflexión teórica bajo el influjo de la Primera Guerra Mundial, la Revolución Bolchevique y la instauración del Fascismo.

La militancia de Antonio Gramsci no implica, sin embargo, una aceptación pasiva de los principios teóricos y de las formas de lucha sustentados por el socialismo de inicios de siglo. La posición gramsciana dentro de las filas socialistas se caracteriza por ser fundamentalmente una crítica al economicismo y al reformismo de los partidos socialistas aglutinados en la Ila. Internacional:

² Gramsci, A., "Oprimidos y opresores" en *Antología*, Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán, México, Siglo XXI, 1980, p. 10.

1. El marxismo de la Ila. Internacional

Al comenzar el siglo XX, el capitalismo ha logrado recuperarse de la crisis de 1873, y las grandes potencias (Inglaterra, Francia y Alemania) inician una carrera armamentista con miras a disputarse los mercados para sus productos. Estos programas de rearme imprimen gran dinamismo a la industria pesada, y los trabajadores mineros y metalúrgicos son los miembros de la clase obrera que logran mejoras salariales con menos dificultades.

Al movimiento obrero se incorporan los empleados de la administración del Estado, de las comunicaciones y de las oficinas en general, lo cual es un novedoso evento en la organización proletaria, pues "Dentro de la clase trabajadora aumentó el número de los que trabajan en la administración económica y también el de los empleados técnicos con mayor rapidez que el de los obreros".³

Tenemos así que el auge capitalista, acompañado de un cierto ambiente de paz social, abre nuevas perspectivas a la revolución. El proletariado considera que el desarrollo industrial ofrece condiciones favorables para transformar el modo de vida capitalista utilizando el Parlamento, evitando así el enfrentamiento violento entre las clases.

Con esta convicción, los partidos socialistas fundan la Ila. Internacional en 1891.

Este organismo nace como una federación de partidos y de grupos nacionales autónomos que se comunican entre sí a través de congresos organizados cada tres años. Sus afiliados proponen que las conclusiones de cada congreso sean asumidas como normas de acción socialista, aunque se respeta en todo momento la autonomía de cada país para implementarlas tácticamente.

³ Abendroth, W., *Historia social del movimiento obrero europeo*, Barcelona, LAIA, 1973, p. 67.

Durante la época en que funciona este organismo internacional (1891-1914), los intelectuales renuncian a una transformación revolucionaria de la sociedad. De hecho, la Ila. Internacional, no se propone organizar la ofensiva revolucionaria sino los acuerdos negociados en el Parlamento, o bien espera que el desarrollo natural del capitalismo culmine irremediabilmente en socialismo.

La vanguardia de la Ila. Internacional es la socialdemocracia alemana, según la cual el programa de acción es la evolución necesaria de la historia, y la forma de organización el partido;⁴ fuera de éste toda acción estaba condenada al fracaso. Dentro de la socialdemocracia alemana además, se debaten dos lecturas parciales del marxismo: el reformismo bernsteniano y el evolucionismo kautskiano, que tienen en común la renuncia a la hipótesis de la revolución.

⁴ Sólo la revolución rusa de 1905 utilizó formas nuevas de combate: huelgas y soviets, y demostró la necesidad de una estrategia fundada en la lucha de clases. Sin embargo, la derrota de esta revolución confirmó, entre los dirigentes de la Ila. Internacional, la convicción de que moderando las diferencias de clase se logran mejores resultados que pugnando por el enfrentamiento violento entre las clases.

1.1 El reformismo bernsteniano

Eduard Bernstein, motivado por la recomposición del capitalismo a fines del siglo XIX, emprende una revisión de los fundamentos teóricos del marxismo con el fin de demostrar que los cárteles y los trust son instrumentos de autorregulación y control capitalistas que hacen posible una transición sin sobresaltos del capitalismo al socialismo.

En tales circunstancias, Bernstein considera que es más conveniente aprovechar las ventajas políticas que ofrece el capitalismo, como la ciudadanía y el sufragio para alcanzar el socialismo. Según este representante de la socialdemocracia alemana: "En realidad no hay ninguna idea realmente liberal que no pertenezca también al patrimonio ideológico del socialismo".⁵ De ahí que para Bernstein el acceso al socialismo transcurra por la universalización de la democracia. El socialismo bernsteniano aparece entonces como el establecimiento de relaciones pacíficas entre las clases y entre las naciones. Rechaza así el concepto marxista de revolución, en cuanto postula un largo proceso de reformas tendentes al perfeccionamiento del capitalismo y no la construcción de nuevas relaciones sociales.

El revisionismo marxista renuncia a la lucha de clases y apela al pensamiento de Kant para pugnar por la humanización de las relaciones sociales. En su opinión, el partido socialdemócrata se acerca más a este objetivo en la medida que "logra emanciparse de una fraseología ya pasada de moda y si se convence de lo que en realidad es: un partido reformista, socialista y democrático".⁶

⁵ Cfr. Fetscher, I., "Bernstein y el reto a la ortodoxia" en *Historia del marxismo. El marxismo en la época de la Ila. Internacional* Vol. IV, Barcelona, Bruguera, 1980, p. 194.

⁶ Salvadori, M., "Kautsky entre la ortodoxia y revisionismo" en *Historia del marxismo...*, op. cit., p. 237.

1.2 El marxismo kautskiano

Karl Kautsky se inicia en el marxismo con la lectura del *Anti-Dühring* de Engels. En éste encuentra que así como el darwinismo explica la evolución de la naturaleza, el marxismo explica la evolución de las sociedades, y no le resulta difícil traducir "lucha entre las especies" como "lucha de clases", y "solidaridad entre las especies" como "solidaridad entre las clases".

Según Kautsky, del mismo modo como las especies animales han evolucionado unas a partir de otras y el hombre ha sucedido al mono, así también al capitalismo sucederá el socialismo.

En sus obras históricas, Kautsky define al marxismo como ciencia del desarrollo social, ciencia que como visión global sólo puede ser elaborada por los intelectuales, encargados de hacerla llegar al proletariado. Los intelectuales aparecen así como la "conciencia anticipada" del devenir de la historia. Para este teórico, los intelectuales, gracias a que han tenido acceso a una educación superior, se vuelven sensibles a las necesidades humanas, son los sabios-políticos que ayudan al proletariado "disciplinando sus instintos".

Desde 1887, este representante de la socialdemocracia alemana difunde una lectura economicista del marxismo, pues transforma el Capítulo XXIV de *Das Kapital* en una teoría del necesario desarrollo universal del modo de producción capitalista. Así, aquello que en Marx estaba presente como tendencia, es presentado por Kautsky como una ley histórica universalmente válida.

En la lectura que Kautsky hace del marxismo, la "baja tendencial de la tasa de ganancia" fundamenta la inminencia del advenimiento socialista y el inevitable triunfo del proletariado; por ello afirma: "...las crisis se van haciendo cada vez más extensas y agudas... se aproxima el momento en que el mercado mundial ya no podrá expandirse a la par del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. En este punto, la sobreproducción se convertirá en el fenómeno típico de todos los países industrializados y el capitalismo desembocará en la "depresión crónica", como es natural, la continuación de la producción capitalista también será posible en estas condiciones, pero entonces se habrá

vuelto tan insostenible para las masas que éstas se verán constreñidas a buscar en la revolución una salida a la miseria general...".⁷

Según Kautsky, el empobrecimiento absoluto lleva al proletariado a la acción, y su triunfo está garantizado. Por lo tanto, el partido no necesita emprender acciones, sino esperar a que la crisis económica se agudice hasta que las masas trabajadoras se vean obligadas a emprender la revolución.

De modo que entre el reformismo bernsteniano y el evolucionismo kautskiano, la teoría de la Ila. Internacional destacó una política apoyada en un economicismo que esperaba que las crisis económicas inherentes al capitalismo se agudizaran lo suficiente para arrojar a las masas a la acción. De ahí que la noción de revolución se contrajera y por toma del poder se entendiera el cambio de personal en el aparato estatal. De hecho, para la Ila. Internacional el Estado es un aparato neutro que está por encima de las clases, una forma vacía maleable por cualquier contenido, y al que el proletariado utilizaría para cambiar la estructura económica, las formas de relación y la vida misma: "La Ila. Internacional era incapaz de ver la complejidad del Estado capitalista, de sus nuevas formas de hegemonía y de su función principal como reproductor de la totalidad de las relaciones sociales".⁸

El parlamentarismo imperante en esta organización le lleva incluso a proponer que en caso de guerra, el proletariado siga una estrategia prudente basada en la legalidad. En 1914, la socialdemocracia declara su apoyo al ejército alemán, y siguiendo su ejemplo el resto de los partidos socialistas votan a favor de la guerra.

Con la Primera Guerra Mundial en el horizonte europeo, la Ila. Internacional llega a su fin.

⁷ Colletti, L., *El marxismo y el "derrumbe" del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1978, p. 188.

⁸ Portantiero, J.C., *Los usos de Gramsci*, México, Follos, 1982, p. 33.

2. La situación del marxismo italiano en los albores del siglo XX

El capitalismo se instaura cabalmente en Italia en el siglo XIX; la burguesía italiana se consolida en el poder durante el Risorgimento⁹ a través de reformas, y afirmando un principio de unidad nacional que excluye a las capas populares de la sociedad.

A diferencia de la burguesía francesa, que estuvo dispuesta a apoyarse en una base social popular, y que llega al poder a través de una revolución triunfante. "... la alternativa elegida por la burguesía italiana para adueñarse del poder muestra, en su rechazo a todo compromiso con las clases subalternas, su voluntad de optar por una pura dominación... opción que mantuvo después de 1870 valiéndose del transformismo o integración de los intelectuales de las clases subalternas a la clase política, para decapitar la dirección de esos grupos..."¹⁰

La burguesía italiana es débil económica y políticamente; por tanto, preserva las instituciones feudales, respeta el poder de la Iglesia y apoyándose en los latifundistas del sur integra un Estado autoritario. De este modo, en Italia no tiene cabida el liberalismo estatal, en el cual el principio de libre concurrencia hubiera permitido alternar en el poder a grandes partidos.

Al comenzar el siglo XX, la burguesía italiana sigue siendo débil: carece de materias primas que le permitan crear una industria nacional, no tiene colonias que le posibiliten crear una incondicional aristocracia obrera, y es incapaz de detener las emigraciones campesinas. Además, por medio de un Estado proteccionista explota la producción agrícola sureña en favor de la

⁹ En el pensamiento gramsciano el Risorgimento aparece como ejemplo de "revolución pasiva", concepto que el filósofo sardo utiliza para caracterizar el proceso social a través del cual la burguesía italiana alcanzó el poder sin establecer rupturas radicales con la sociedad anterior.

¹⁰ Portelli, H., *Gramsci y el bloque histórico*, México, Siglo XXI, 1983, p. 10

industrialización del norte. De hecho, la política proteccionista encabezada por el gobierno de Giolitti (1903-1913), "es el instrumento de formación de un bloque conservador que une a los industriales del norte y a los grandes latifundistas del sur en detrimento de las poblaciones campesinas meridionales...".¹¹

En suma, en los albores del siglo XX, Italia es un microcosmos del capitalismo mundial, que contiene regiones avanzadas y atrasadas, pues la industrialización se expande lentamente y sólo alcanza el norte de la península. Las ideas socialistas por su parte, surgen diseminadas en pequeños grupos y partidos locales incapaces de hallar una estrategia y un programa común.

El marxismo llega a Italia gracias a la correspondencia que Antonio Labriola mantiene con Engels, y al esfuerzo teórico que hacen Croce y Gentile para eludir el economicismo de la Ila. Internacional.

¹¹ Coutinho, CN., *Introducción a Gramsci*, México, ERA, 1986, p. 15.

2.1 El marxismo de Antonio Labriola

Antonio Labriola - como otros teóricos de su generación - se forma en el marxismo a través de su correspondencia con Engels, y profundiza su estudio de la concepción materialista de la historia a partir de 1890,¹² gracias a la lectura de las obras de Marx y Engels traducidas al italiano. En ese mismo año celebra el derogamiento de las leyes antisocialistas, y apoya los esfuerzos de Turati para conformar al Partido Socialista Italiano. Sin embargo no milita en el PSI, pues no le reconoce claridad ideológica a sus planteamientos.

Labriola populariza al marxismo mediante sus cursos en la Universidad Romana, y lo convierte en un estímulo para la investigación del momento histórico. Este filósofo opina que "en realidad, la mayor dificultad para entender y continuar el materialismo histórico no radica en la comprensión de los aspectos formales del marxismo, sino en posesionarse de las cosas que son immanentes en aquellas formas, de las cosas que Marx supo y elaboró por su cuenta, y aquellas otras muchas cosas que a nosotros corresponde conocer y elaborar directamente."¹³

En cuanto Labriola vive el marxismo y se involucra con el movimiento obrero italiano renunciando a las filas del hegelianismo, las autoridades de la Universidad Romana deciden suspender sus cátedras.

¹² Antonio Labriola, sin tener acceso a la obra de Marx y Engels *La ideología alemana*, interpreta la vida, el mundo y la ciencia como trabajo o praxis. Sin embargo, no aparece en su pensamiento el concepto de revolución ni el análisis preciso de las condiciones objetivas y de los sujetos que la emprenderían. Cfr. Fernández Buey, F., *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*, Grijalbo, 1978, p. 42.

¹³ Cfr. Piñón, F., *Gramsci, Prolegómenos Filosofía y política*, México, Contraste, 1987, p. 105.

2.2 Los neohegelianos: Croce y Gentile

Benedetto Croce es un pensador eminentemente laico que, contra el evolucionismo y el positivismo de los intelectuales del norte de Italia, defiende un camino de la historia basado en el humanismo, el valor del espíritu, la voluntad y la acción. Este filósofo recupera la tradición hegeliana que concibe la historia como desenvolvimiento de la Idea y hace del pensamiento el eje del devenir histórico. Croce encabeza al neohegelianismo italiano, que en opinión de Valentini es "... más regreso al eticismo abstracto de Kant y Fichte que una verdadera reanudación del historicismo dialéctico y concreto de Hegel... (más bien) es un movimiento cultural antiprogresista que continúa ideológicamente a la reacción romántica."¹⁴

Pese a que su filosofía es una filosofía del espíritu, Croce reconoce que el pensamiento tiene nexos con la realidad social, y escribe acerca de los problemas de su tiempo aclarando que filosofar es unir el pasado con la problemática del presente.

El economicismo propio de la Ila. Internacional encuentra en este neohegeliano a uno de sus más grandes críticos. Croce escribe: "Muchos han imaginado que el materialismo histórico quiera decir: la historia no es otra cosa sino la historia económica, y todo el resto una simple máscara, una apariencia sin substancia. Y se afanan después por buscar cuál sea el verdadero dios de la historia, si el instrumento productivo o la tierra, con discusiones que recuerdan en todo punto aquella proverbial del huevo y la gallina."¹⁵

Contra el economicismo, Croce reivindica los hechos de cultura, y basa la acción humana en el deseo de alcanzar la libertad, constituyéndose así en el máximo representante del liberalismo italiano.

¹⁴ Citado por Coutinho, CN., op. cit., p. 17.

¹⁵ Citado por Piñón, F., op.cit., p. 153.

Otro representante del neohegelianismo italiano es Gentile. Este filósofo considera que es la acción humana y no una crisis económica la que contribuye en mayor medida a la consecución de fines revolucionarios.

En Italia, la dignificación del espíritu protagonizada por Croce y Gentile significó un resurgimiento del idealismo, pero no proveyó al proletariado de armas para la lucha. De hecho, estos neohegelianos se convertirán más tarde en teóricos hostiles a la revolución. Croce por ejemplo, se transforma en un liberal antidemocrático y anticomunista, y Gentile llegará a ser ministro de cultura del régimen fascista.

De esta manera, el marxismo que ingresa a Italia al margen del PSI se caracteriza por un esfuerzo antieconomicista que encontrará en Gramsci su máximo exponente. Durante sus cursos en la Universidad, el filósofo sardo rescata de Croce y de Gentile el énfasis que dan al factor subjetivo y volitivo en el devenir histórico, así como la valoración que hacen de los hechos de cultura. Por su parte, el materialismo histórico de Antonio Labriola incidirá en el proceso de constitución del marxismo gramsciano a partir de 1917, año en el que se publican las cartas que intercambiaron Labriola y Engels.

2.3 El Partido Socialista Italiano (PSI)

El Partido Socialista Italiano, fundado en Génova en 1892, es un miembro más de la Ila. Internacional, que surge a la vida parlamentaria como una concesión del gobierno de Giolitti a la pequeña burguesía norteaña, aunque también da cabida al proletariado urbano y rural. Sus dirigentes, Turati, Treves y Serrati, comparten la interpretación evolucionista y economicista del marxismo de la época.

El PSI - como el resto de los partidos afiliados a la Ila. Internacional -, propone una estrategia basada en la concertación y la lucha parlamentaria en el seno del aparato estatal, y postula una transición pacífica al socialismo.

El PSI nace fraccionado; en su interior conviven los reformistas comandados por Turati y Treves, y los maximalistas con Serrati a la cabeza. El ala reformista, cuya política partidaria consiste en fortalecer la organización en espera del día en el que por las leyes del desarrollo económico se acceda al socialismo, aglutina a la mayoría de los socialistas italianos durante la primera década del siglo XX.

A partir de 1912, Serrati y los defensores del programa máximo se vuelven mayoría en el partido, e imponen en el PSI una nueva línea de acción: la propaganda radical e intransigente, en franca oposición al quietismo reformista.

En ambos casos, "la lucha política, la lucha social por el poder estatal, la iniciativa del sujeto revolucionario, la función del partido permanecen ocultas",¹⁶ pues mientras los reformistas invitan al quietismo, la propaganda maximalista no pasa de ser mero verbalismo.

¹⁶ Gruppi, L., *El concepto de hegemonía en Gramsci*, México, Ed. Cultura popular, 1978, p. 43.

La dualidad en la que se debate el PSI tiene en común la confianza en que las circunstancias cambiarán por la fuerza de una evolución natural de la sociedad, y no por la participación activa de los sujetos.

El marxismo del PSI en particular, y de la Ila. Internacional en general, consiste en una lectura mecanicista del pensamiento de Marx, que ve en el desarrollo histórico leyes naturales y reconoce sólo el lado económico de los procesos sociales.

La lucha de Antonio Gramsci dentro del PSI consistirá en devolver al marxismo su carácter creador, y en hacer de la teoría un elemento estratégico que impulse a las masas a ser protagonistas de la revolución. Gramsci encarna así la lucha por librar al marxismo de una interpretación economicista, al plantear la revolución como una reforma integral de la vida, en la que el intelectual se involucra directamente con las masas y colabora con ellas en la construcción de sus medios de lucha.

2.4 La posición de Antonio Gramsci

Las diferencias existentes entre el norte y el sur italianos hacen de Cerdeña - tierra natal de Gramsci - una isla agrícola y minera cuyas carencias contrastan enormemente con el avance impulsado por la industria automotriz en Turín y el comercio milanés.

Gramsci sabe de estas diferencias por el acceso que ha tenido a la prensa socialista, y gracias a su estancia en Turín. El contraste entre el norte italiano y la zona meridional despierta en él un regionalismo crítico contra quienes detentan el poder económico, y un espíritu solidario con la lucha antiproteccionista de Salvemini. Así pues, la lucha anticapitalista gramsciana se inicia como un regionalismo sureño (sardismo) que busca acabar con la explotación que se hace de la región meridional.

Hacia 1913, en cuanto ingresa al PSI, la lucha anticapitalista de Antonio Gramsci se torna crítica a la pasividad del socialismo italiano.

En el PSI, Gramsci caracteriza al reformismo de Treves y Turati como un "cientificismo de doctos", que se olvida de la existencia de los campesinos del sur y termina por alejarse de las masas. Y aunque simpatiza con el radicalismo de Serrati no le reconoce valor subversivo, en tanto que se trata de una propaganda carente de toda dimensión material.

La inmovilidad del PSI queda demostrada cuando en 1914, en voz de Turati, declara la neutralidad absoluta del partido frente a la guerra, y se mantiene al margen de la propuesta leninista tendente a aprovechar la situación de guerra en favor de la lucha proletaria. Esta falta de iniciativa para emprender acciones revolucionarias motivó a algunos militantes del PSI a abandonar sus filas, (tal es el caso de Mussolini, director del *Avanti!*), ¹⁷ y a otros como Gramsci los obligó a buscar nuevas formas de organización para continuar la lucha por el socialismo.

A partir de 1914 Gramsci se propone como tarea central dentro del PSI rescatar al marxismo de la parálisis a la que lo había condenado la Ila. Internacional, y en polémica con Treves escribe: "La esterilización realizada por las doctrinas socialistas positivistas de la obra de Marx no ha sido, que digamos, una gran conquista cultural... La doctrina de Marx se convierte de esta forma en la doctrina de la inercia del proletariado... el voluntarismo ha sido reducido a una pequeña tempestad en el vaso de agua reformista, se convertía en algo vulgar, en el querer mangonear a nivel ministerial, en la voluntad de conquistas mínimas, de preferir el huevo hoy a la gallina mañana, aunque el huevo sea, como dice Ruta, un huevo de pijo...". ¹⁸

17 Organó de difusión del PSI.

18 Citado por Ragioneri, E., "Gramsci y el debate teórico en el movimiento obrero italiano" en F. Fernández Buey (ed.), *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*, op. cit., p. 183.

Así, en medio del conflicto bélico, Gramsci empieza a combinar su militancia en el PSI con escritos para las publicaciones socialistas de la época: *Il grido del popolo* y el *Avanti!*. Estos textos documentan sus inquietudes juveniles en torno a la revolución, sus propuestas de lucha y las formas de organización.

Contra el programa del PSI, estancado en la espera del instante óptimo para actuar, Gramsci recupera el pensamiento de Croce y destaca el valor de la voluntad humana para la acción transformadora: "El orden socialista puede ser realizado por la voluntad humana".¹⁹ En otro de sus textos escritos bajo la rúbrica "Sotto la Mole", Gramsci evidencia también el laicismo que el neohegelianismo le heredó: "Todo aquello que forma parte de la historia no puede ser sobrenatural, no puede ser el residuo de una revelación divina. Si algo es inexplicable ahora se debe a nuestras limitaciones intelectuales... Nuestra religión vuelve a ser la historia, nuestra fe es el hombre, su voluntad y su actividad..."²⁰

En suma, el quehacer teórico y político de Antonio Gramsci durante sus primeros años de militancia socialista constituye un esfuerzo por sacar a sus compañeros de partido del conformismo quietista y del "mercado de palabra" en que estaban inmersos. Escribe: "Nuestra generación deberá realizar el socialismo. Nuestros adversarios se han empeñado en defender su territorio. No obstante, sobre este trono decrepito haremos caer el golpe final de nuestro mazo y nuestra hora habrá llegado gracias a nuestra voluntad, irresistible pero reflexiva."²¹

La originalidad del pensamiento gramsciano en el seno del PSI reside en el privilegio que confiere a la cultura como espacio de la lucha socialista. Para él, el socialismo no se reduce a una nueva administración de la economía, sino que consiste fundamentalmente en una nueva visión global del mundo, es decir, exige la construcción de una nueva cultura.

19 Gramsci, A., "Tres principios, tres órdenes" en *Antologia*, op. cit., p. 18.

20 Gramsci, A., "La storia" en *Scritti politici*, a cura di Paolo Spriano, Roma Riuniti, 1978, p. 78.

21 Gramsci, A., "Vecchiezza" en *Scritti politici*, op. cit., p. 74.

Gramsci define a la cultura como la capacidad humana para la acción organizada, por ello afirma: "Yo tengo una concepción socrática de la cultura, creo que se ha de pensar bien cuando se piensa y obrar bien cuando se actúa... sé que la cultura es un concepto básico del socialismo ya que integra y concreta el concepto vago de la libertad de pensamiento, quisiera que fuera vivificada... por el concepto de organización.". 22

Considera, además, que la cultura en el siglo XX es un espacio que propicia la emancipación obrera, pues la historia demuestra que todas las revoluciones han sido precedidas por movimientos culturales. La revolución francesa, por ejemplo, tuvo como antecedente la Ilustración. Del mismo modo, puede afirmarse que el marxismo en tanto crítica al capitalismo constituye el ambiente cultural que anuncia y prepara el arribo del socialismo. De ahí que promueva la fundación de un Club de Vida Moral cuyo objetivo es cuestionar la posición ilustrada de Turati y el maximalismo verbalista de Serrati: "Hay que reaccionar contra el 'intelectualismo' que no es inteligencia sino pedantería, que la enarbolan quienes creen que la cultura es un saber enciclopédico que cabe en el hombre visto como recipiente que hay que rellenar de datos y de hechos inconexos...". 23

En el Club de Vida Moral se vive una nueva concepción de la cultura "... la cultura es organización, disciplina del yo interior, apoderamiento de la personalidad propia, conquista de superior conciencia por la cual se llega a comprender el valor histórico que uno tiene, su función en la vida, sus derechos y sus deberes.". 24

22 Citado por Garín, E., "Política y cultura en Gramsci" en F. Fernández Buey (ed.), *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*, op. cit., p. 118.

23 Gramsci, A., "Socialismo y cultura" en *Antología*, op. cit., p. 15.

24 ib.

El Club de Vida Moral surge en 1917 con el fin de educar moral y culturalmente a los jóvenes socialistas, para que superen el individualismo y construyan una conciencia solidaria. Organizado como círculo de estudios, pretende que todos los participantes se habitúen a investigar, a exponer y a debatir en forma simple sus convicciones. Según Gramsci, estas prácticas son fundamentales para preparar a las masas rumbo al socialismo, pues se trata de ejercitar habilidades que conviertan a los socialistas en sujetos de acción convencidos de sus prácticas.

El Club de Vida Moral, además de fomentar un nuevo tipo de asociacionismo en Italia, constituye una alternativa de estudio para las masas. En oposición a la tradición educativa de las Universidades Populares, el Club de Vida Moral ofrece un espacio abierto a la discusión donde es difícil advertir la barrera entre educador y educando, y es que para Gramsci: "... todo el mundo es culto porque todos piensan, todos conectan causas y efectos. Pero lo son empíricamente, visceralmente, no orgánicamente.". ²⁵

Esta organización suscitó la crítica de los socialistas tradicionales: Bordiga y Treves consideraron la creación de este club como un acto de voluntarismo. En su defensa, Gramsci define el término voluntad como forma revolucionaria de organizar a las masas: "Desde el punto de vista marxista, voluntad significa conciencia de la finalidad lo cual quiere decir, a su vez, noción exacta de la potencia que se tiene y de los medios para expresarla en acción. Significa... distinción, identificación de la clase, vida política independiente de la otra clase, organización compacta y disciplinada a los fines propios, sin desviaciones ni vacilaciones... Significa impulso rectilíneo hasta el objetivo máximo, sin excursiones por los verdes prados de la cordial fraternidad...". ²⁶

Este voluntarismo gramsciano apunta a desmitificar al marxismo, presentándolo como una vivencia, y no sólo como un principio teórico; se empeña en dar cuenta de que el socialismo es "una visión integral de la vida", y de que la lucha obrera es incompleta si se limita a las batallas económicas.

25 Citado por Garin, E., "Política y cultura en Gramsci", op. cit., p. 128.

26 Gramsci, A., "Nuestro Marx" en *Antología*, op. cit., p. 40.

Así, aquello que hace que el socialismo exista no es sólo el resquebrajamiento de la economía capitalista, sino la voluntad de los hombres que organizándose construyen una nueva cultura.

Gramsci valora la importancia del quehacer cultural para la transformación social apoyándose en el pensamiento de Croce, que le permite anteponer la acción humana a los fatídicos pronósticos del economicismo.

Entre 1914-1918, el filósofo sardo destaca como organizador, protagonista y creador de cultura proletaria. Durante este período, la posición de Gramsci dentro del PSI consiste en combatir el reformismo y el maximalismo, reivindicando la cultura como un espacio que organiza a los sujetos y que crea las condiciones ideológicas, psicológicas y emocionales necesarias para la construcción de una nueva sociedad.

Ahora bien, para que la cultura sea una práctica revolucionaria se necesitan intelectuales de nuevo tipo, o sea, pensadores dispuestos a convivir con las clases populares y a reflexionar junto con ellas. Antonio Gramsci por ejemplo, desde el momento en que pasa a formar parte de *Il Grido del popolo* y de la redacción turinesa del *Avanti!*, se involucra directamente con las masas y combina su trabajo como redactor y cronista teatral con conferencias en los círculos obreros.

Desde su inicial militancia socialista, Antonio Gramsci piensa en la relación que existe entre la cultura y la política, y trata de aclarar la posición que ocupa el intelectual en la batalla por el socialismo.

A diferencia de Kautsky, que vio a los intelectuales como los sabios-políticos depositarios de la teoría socialista, Gramsci considera que los intelectuales son todos los miembros del partido, cuya organización va construyendo una nueva cultura, una nueva forma de vida. ²⁷

27 Algunos estudiosos de la obra gramsciana consideran que el filósofo sardo desarrolló la cuestión de los intelectuales y de la cultura como espacio de lucha revolucionaria por influencia de Clarté, grupo de intelectuales franceses que mostraron una posición antimilitarista durante la Primera Guerra Mundial.

En la medida en que Gramsci reconoce a los intelectuales como forjadores de una nueva cultura, valora también la teoría como parte medular de un programa de acción; por ello se empeña en abrir el camino a una comprensión revolucionaria del marxismo.

Gramsci considera que la teoría y las ideas en general son las grandes suscitadoras de emociones colectivas. Advierte asimismo sobre la necesidad de rescatar al marxismo de la lectura economicista a la que lo habían condenado los miembros de la Ila. Internacional, con el fin de volver hacer de esta filosofía una teoría con capacidad revolucionaria. Por ello, contra la tradición socialista que había reducido el marxismo a la lectura del primer tomo de *Das Kapital*, Gramsci subraya en su artículo "La revolución contra *El capital*", que el socialismo es la sociedad construida por la acción revolucionaria de las masas; y celebra la llegada de la revolución bolchevique como una evidencia de que el marxismo es una guía para la acción revolucionaria de los hombres, y no sólo un principio teórico que privilegia los procesos económicos: "... los bolcheviques... no han levantado sobre las obras del maestro una extraña doctrina de afirmaciones dogmáticas e indiscutibles. Viven el pensamiento marxista... ese pensamiento no sitúa nunca como factor máximo de la historia los hechos económicos en bruto, sino siempre el hombre, la sociedad de los hombres, que se reúnen, se comprenden, desarrollan a través de esos contactos (cultura) una voluntad social, colectiva...".²⁸

Al proceso de constitución del marxismo gramsciano contribuyen también los hechos de la Revolución Bolchevique y la obra de Antonio Labriola, que Gramsci conoce hacia 1918. Labriola, en particular, había destacado la importancia de convertir al marxismo en una guía de interpretación nacional, que permitiera conformar un programa de acción. Su influencia está evidenciada en un texto de Gramsci que conmemora el natalicio de Marx, donde se puede leer: "Para conocer con exactitud cuáles son los objetivos históricos de un país,

²⁸ Gramsci, A., "La revolución contra 'El capital' en *Antología*, op. cit., p. 35.

de una sociedad, de un grupo, lo que importa ante todo es conocer cuáles son los sistemas y las relaciones de producción y cambio de aquel país, de aquella sociedad, Marx contribuye a que desentrañando el misterio uno se torne más fuerte en el pensar y en el hacer." 29

El leninismo por su parte, constituirá un nuevo aliciente de la convicción gramsciana de que el marxismo es una teoría útil para analizar la realidad nacional y para organizar un programa de acción revolucionaria.

29 Gramsci, A., "Nuestro Marx" en *Antología*, op. cit., p. 39.

3. Lenin y la revolución bolchevique

Lenin es el primer socialista que, contra la política de la IIa. Internacional, subraya la acción de las masas como factor determinante de la revolución. Apoyándose en el curso de la revolución rusa de 1905 demuestra, por un lado, que las transformaciones sociales son producto de diversas formas de lucha y no únicamente de la acción parlamentaria; por otro, evidencia que no es cierto que sólo el capitalismo maduro sea antesala del socialismo, pues ya la feudal Rusia zarista había sido escenario para la construcción de soviets o comunas de trabajadores auto-organizados.

La primera revolución rusa de 1905 puso en tela de juicio algunas consideraciones leninistas, tales como la necesidad de que existiera un partido centralizado. A partir de esta experiencia revolucionaria, Lenin se vería obligado a conferir mayor importancia a la acción espontánea de las masas, pues: "... los acontecimientos de la primavera de 1905 le muestran que el proletariado... es capaz de desplegar una actividad política revolucionaria (y de)... crear los órganos adecuados -Consejos Obreros- para dirigir su lucha." ³⁰

Habiendo reconocido la capacidad de los obreros para organizarse independientemente, en el pensamiento leninista el partido ya no aparece como el protagonista de la revolución, sino como una de sus organizaciones: "Lenin sabiendo que el partido no puede identificarse con la clase (sólo es su vanguardia), ni con el Estado (sus funciones se reducen a la gestión del poder), pone siempre en primer plano, en los períodos de crisis revolucionaria, una cierta práctica de la experiencia de las masas." ³¹

30 Sánchez Vázquez, A., *Filosofía de la praxis*, op. cit., p. 196.

31 Buci-Glucksmann, Ch., *Gramsci y el Estado*, México, Siglo XXI, 1979, p. 201.

La revolución rusa de 1905 resquebraja los planteamientos de la Ila. Internacional, y evidencia que la cuestión organizativa de la revolución proletaria trasciende las fronteras de un partido político organizado jerárquicamente.

En febrero de 1917 el zarismo es derrocado, y en su lugar se instala un gobierno provisional; con el fin de sustituir al gobierno recién instaurado, Lenin y los bolcheviques reaniman la organización proletaria a través de los soviets (Consejos Obreros), y fortalecen así una nueva forma de gobierno con la intención de construir un nuevo Estado.

Así, mientras que para el marxismo de la Ila. Internacional el Estado es un instrumento neutro que funciona de acuerdo a las necesidades de la clase que está en el poder, Lenin caracteriza al Estado burgués como una entidad conformada por un aparato técnico y un aparato político. Para Lenin, la clase obrera debe tomar el poder, subordinar el aparato técnico a los soviets y destruir el aparato represivo: "El proletariado no puede adueñarse del Estado y ponerlo en marcha, pero sí puede destruir todo lo que hay de opresor, de rutinario, de incorregiblemente burgués en el antiguo aparato del Estado, sustituyéndolo por uno nuevo, por su propio aparato." ³²

En 1917, el proletariado ruso transforma las instituciones representativas burguesas en corporaciones de trabajo: "En un primer momento, los soviets... se presentan con un poder embrionario, pero a medida que se fortalecen se van convirtiendo en un poder paralelo al burgués... que se resuelve en favor de los soviets el 25 de octubre con el triunfo de la insurrección... (para esta fecha) los soviets agrupan a la mayoría de los trabajadores y se hallan plenamente bajo la influencia de los bolcheviques..." ³³

32 Portantiero, JC., *Los usos de Gramsci*, op. cit., p. 32.

33 Sánchez Vázquez, A., *Filosofía de la praxis*, op. cit., p. 214.

La revolución de Octubre es el proceso a través del cual la máquina represiva del Estado burgués es sustituida por los soviets de obreros y campesinos, es decir por un Estado de transición en el que se expande la democracia, las libertades políticas y la participación popular en la cuestión pública.

Hacia 1918 la revolución bolchevique ha creado una verdadera democracia de soviets, pero el bajo nivel cultural de las masas hace que pronto éstos se conviertan más en un órgano de administración dirigido por la vanguardia que en un órgano dirigido por los obreros.

La organización socialista inaugurada en 1917 va perdiendo su carácter revolucionario, y las formas organizativas del capitalismo empiezan a ganar terreno de nueva cuenta en Rusia. Así, en el campo, luego de la nacionalización de la tierra, en lugar de la organización agrícola colectiva bajo la administración de los soviets locales, se introduce la propiedad privada y la pequeña hacienda campesina; en la industria se evidencia que no basta con expulsar a los capitalistas confiscándoles sus bienes, sino que es necesario resolver el problema de la producción a nivel nacional.

La revolución bolchevique se transforma paulatinamente; en ese proceso, Lenin va proponiendo tácticas nuevas, sin perder de vista que el objetivo es la construcción de la sociedad socialista. Estas tácticas tendrán gran influencia en el pensamiento gramsciano de la década de los veinte.

3.1 El impacto del leninismo en Gramsci

La experiencia soviética demuestra, para Gramsci, que es posible una nueva forma de organización estatal. La postguerra, además, abre un período de luchas revolucionarias en Europa, y tanto el Estado liberal creado por burguesías fuertes, como el atípico Estado italiano,³⁴ entran en crisis.

A través de los soviets se quiebra el modelo estatal liberal en el que economía y política son instancias separadas. Ahora los trabajadores se convierten en los productores de la vida material, de la vida social y de la vida política.

Gramsci reconoce en esta experiencia el restablecimiento de la unidad dialéctica entre economía y política, lo que inaugura la construcción de un nuevo orden social: "En Rusia... el proletariado ha asumido la dirección de la vida política y económica y realiza (un) orden cada vez más rico en valores colectivos... Los soviets son la organización que hay que integrar y desarrollar y los bolcheviques se convierten en partido de gobierno porque sostienen que los poderes del Estado tienen que depender de los soviets y ser controlados por ellos. El caos ruso se reorganiza alrededor de esos elementos de orden: empieza el orden nuevo." ³⁵

Los soviets hacen posible, por un lado, experimentar nuevas formas de organización, y que las instituciones que rigen la nueva vida social no aparezcan por decreto; por otro lado, contribuyen a que a la igualdad formal que el Estado liberal otorga a los ciudadanos, se sume una igualdad real entre los trabajadores.

34 "Estado polichinela", le denomina Gramsci, porque en él prevalecen la arbitrariedad y el capricho de los dirigentes, toda vez que fue creado por una débil burguesía que con tal de no arriesgar su posición, construyó este Estado privilegiando el poder Ejecutivo sobre el Legislativo y no garantizó constitucionalmente la libertad de los ciudadanos.

35 Gramsci, A., "Utopía" en *Antología*, op. cit., pp 49-50.

Los soviets eliminan la diferencia entre productores, administradores y poseedores de las condiciones de trabajo. Gracias a esta organización, los obreros también modifican su concepción de la vida y del trabajo, se reúnen con el fin de alcanzar propósitos comunes. Dejan por tanto, de ser ciudadanos administrados por un orden que les es ajeno, y se convierten en los productores de su propio orden. Los soviets son entonces, "una organización más adecuada a las necesidades de los hombres y de los grupos.". ³⁶

Este cambio de actitud de los obreros y de los campesinos con respecto a la vida y al trabajo es indicio de que entre los trabajadores se expande la conciencia revolucionaria que los lleva a la autoconstrucción del socialismo: "Rusia ha ignorado el jacobinismo, (a través) de la propaganda se forman numerosos grupos políticos, cada uno de los cuales es más audaz y no quiere detenerse... Así, la revolución no se detiene, no cierra su círculo. Devora a sus hombres, suslitye a un grupo con otro más audaz y por esta inestabilidad, por esta perfección jamás alcanzada, es verdaderamente revolución...". ³⁷

Por ello, Gramsci saluda el triunfo de la Revolución Bolchevique en 1917 como ejemplo de revolución no jacobina, ya que son los trabajadores organizados a través de los soviets quienes encabezan la construcción de un nuevo Estado y luchan por consolidar un nuevo orden social.

El filósofo sardo utiliza el ejemplo bolchevique como prueba de que la teoría marxista es la teoría de la organización revolucionaria. Gramsci encuentra en la acción leninista el más vivo ejemplo de que la teoría incide en la transformación social y por ello afirma: "Lenin con sus compañeros ha sacudido las conciencias y las ha conquistado. Su persuasión no se quedó sólo en audacia de pensamiento: se encarnó en individuos, en muchos individuos,

36 Gramsci, A., "La organización económica y el socialismo" en *Escritos políticos 1917-1933*. México, Siglo XXI, 1987, p. 88.

37 *ib.*, p. 85.

resultó fructuosa en obras... y la revolución continúa... es una actividad siempre actual, es un continuo cambio... (con esta revolución)... Nuevas energías son suscitadas, nuevas ideas fuerza propagadas. De esta manera los hombres, todos los hombres son finalmente artífices de su propio destino." 38

Así, el pensamiento y la militancia de Lenin renuevan en Gramsci la convicción de que el marxismo sirve para orientar la lucha revolucionaria. Según este filósofo, Lenin y la Revolución Bolchevique son la evidencia de que una lectura no evolucionista del marxismo contribuye a esclarecer las condiciones para llevar a cabo la revolución, sin tener que esperar a que el capitalismo "madure" y arroje a las masas a la acción: "Lenin ha podido convertir su pensamiento en fuerza operante en la historia. Ha suscitado energías que ya no morirán. Él y sus compañeros bolcheviques están persuadidos que es posible realizar el socialismo en cualquier momento, están nutridos de pensamiento marxista. Son revolucionarios, no evolucionistas." 39

A la interpretación evolucionista del marxismo, que concibe la historia como un organismo natural que atraviesa momentos de desarrollo fijos y previsibles, Lenin opone una concepción dinámica de la historia basada en la lucha de clases.

En opinión de Gramsci: "Lenin aplicando el método forjado por Marx, descubre que la realidad es el abismo profundo e insalvable que el capitalismo ha abierto entre el proletariado y la burguesía (sin perder) nunca de vista (que) el motor más potente de toda la actividad económica y política es la lucha de clases..." 40

38 Ib.

39 Gramsci, A., "Utopía" en *Antología*, op. cit., p. 48.

40 Gramsci, A., "La obra de Lenin" en *Antología*, op. cit., p. 52.

Con el triunfo de la Revolución Bolchevique, el pensamiento de Lenin circula ampliamente en el ambiente cultural europeo, e impacta el hacer teórico y político de Gramsci, quien deja atrás el regionalismo⁴¹ que sustentaba, y plantea un proyecto revolucionario que reconoce como columna vertebral a la alianza obrero-campesino.

⁴¹ Esta tendencia se centra en la lucha antiproteccionista y concibe a la lucha de clases como un antagonismo radical entre los campesinos del sur y los obreros de la zona industrial norteña.

4. La experiencia política de Antonio Gramsci

La experiencia política de Antonio Gramsci es, para nosotros, el conjunto de acciones que este filósofo protagonizó durante el período 1919-1926, y que constituyen, a nuestro juicio, las vivencias que preparan su reflexión carcelaria.

En términos generales, podemos decir que este período de formación política tiene su punto de arranque en la participación de Gramsci en los Consejos Obreros, y se continúa con la creación del partido de masas con el que habrá de enfrentarse al Fascismo; este último proceso está influido por la estancia de Gramsci en Moscú y Viena.

El hilo de continuidad entre este período y el anterior es la creencia de que el socialismo es una nueva cultura construida por la acción organizada de los hombres.

4.1 Los Consejos Obreros en Italia

La postguerra abrió las puertas a la ofensiva revolucionaria en algunos países de Europa. La explotación obrera se había agudizado en medio del conflicto bélico, y gracias a la Revolución Bolchevique el socialismo ya no aparecía como un mito, sino como la posible construcción de nuevas relaciones sociales. Estas circunstancias favorecían por tanto la combatividad de las clases populares.

Durante el bienio 1919-1920 parecía que la revolución estaba en puerta. Siguiendo el ejemplo del soviét ruso se organizaban Consejos Obreros en Finlandia, Polonia, Alemania, Austria, Hungría e Italia. Los Consejos son instituciones de masas que pese a la inmediatez de la situación social de la que parten (obreros en la fábrica, campesinos en una aldea), en cuanto se generalizan parecen preparar el camino hacia la revolución proletaria.

En los Consejos Obreros se fomenta la participación directa de los trabajadores en la producción y en la administración de lo producido; así, a través de esta organización, el proletariado se reapropia del instrumento de producción más importante, la fuerza de trabajo, y desarrolla la conciencia de su unidad orgánica para contraponerse al capitalismo.

A través de los Consejos, los obreros participan también en la elección y la revocabilidad de sus representantes, y rompen con la espera pasiva y mesiánica de la revolución.⁴²

Los Consejos Obreros son células fundamentales de la sociedad socialista, porque a través de ellos los obreros llegan a considerarse a sí mismos productores, y constituyen una forma organizativa que ya no tiene el carácter de asociación profesional sino de representación total de la clase.

A grandes rasgos se puede decir que los Consejos Obreros constituyen la base de una organización social socialista, ya que en el terreno de la economía hacen la defensa del proletariado con respecto a la burguesía, y en el terreno de la política preparan y producen los órganos técnico-productivos de una sociedad nueva, de un "orden nuevo".

Con el fin de contribuir a crear ese "orden nuevo" en Italia, Gramsci junto con Tasca, Terracini y Togliatti, fundan el semanario "L'Ordine Nuovo".⁴³ La consigna de esta publicación es dar a conocer semanalmente artículos o escritos que alienten a las masas populares a organizarse y a luchar por la fundación de un nuevo Estado.

42 Para la caracterización detallada de los Consejos Obreros, Cfr. Gerratana, V., "Temática consiliar y extinción del Estado" en *Consejos obreros y democracia socialista*, México, Siglo XXI, 1977, p. 33.

43 En lo sucesivo L'ON.

Gramsci y Togliatti animan el ambiente revolucionario surgido de la crisis postbélica, y se proponen constituir una organización laboral al estilo soviético, cuyo órgano informativo sea L'ON.

Tal propuesta motiva, por un lado, escisiones dentro de la dirección del semanario; por otro, tiene buena acogida entre el proletariado turinés, uno de los más combativos de Europa.⁴⁴

Gramsci y Togliatti asumen la dirección de L'ON a partir de junio de 1919, y hacen su declaración de principios en el artículo "Democracia Obrera". En ese texto puede leerse: "¿Cómo dominar las inmensas fuerzas desencadenadas por la guerra?... Este escrito pretende ser un estímulo para el pensamiento y para la acción; (pues) la acción concreta de construcción no nacerá sino de un trabajo común y solidario de clarificación, de persuasión y de educación recíproca."⁴⁵

Más adelante, Gramsci y Togliatti explicarán que la revolución sólo puede ser producto de la organización y de la acción de las clases populares en torno a principios comunes: "El principio de asociación y solidaridad se vuelve esencial para la clase trabajadora, cambia la psicología y la actitud de los obreros y campesinos. Surgen instituciones y organismos en los que dicho principio se encarna, sobre la base de éstos se inicia el proceso de desarrollo histórico que conduce al comunismo."⁴⁶

44 La instauración de la industria automotriz en Turín atrajo a numerosos obreros de otras regiones con características y expectativas comunes, lo que hizo que el proletariado turinés se fuera conformando como una masa compacta de trabajadores, capaz de imponer una tradición de lucha. El proletariado turinés, por ejemplo, lo mismo lucha por mejoras salariales, que se moviliza en apoyo a los soviets rusos, o protesta contra las agresiones a los socialistas italianos.

45 Gramsci, A., "Democracia obrera" en *Antología*, op. cit., p. 59.

46 Ib., p. 62.

Las prácticas organizativas promovidas por L'ON, que invitan a la autoemancipación obrera y a la construcción de un nuevo orden social, son principios que chocan con la inmovilidad propia del PSI. Este partido, acostumbrado a hacer política de "mosche cuchiere",⁴⁷ es incapaz de promover la organización proletaria, y menos aun se atreve a proyectar la creación de un nuevo Estado.

Según Gramsci, para los socialistas italianos era imposible proponerse la acción constructora de nuevas instituciones, pues habían sido absorbidos por la maquinaria estatal burguesa: "El error más grave del movimiento socialista fue (que)... participando en la actividad...general de la sociedad humana en el Estado, los socialistas olvidaron que su posición debía mantenerse esencialmente como crítica, como antítesis. Se dejaron absorber por la realidad, no la dominaron. Los comunistas marxistas deben caracterizarse por una psicología que podríamos llamar mayéutica. Su acción no es de abandono al curso de los acontecimientos determinados por la ley de la competencia burguesa, sino de expectación crítica..."⁴⁸

Gramsci empezará a romper definitivamente con el PSI luego de su participación en la experiencia consejista italiana. A través de los Consejos Obreros, Gramsci vive el autogobierno proletario y pone en marcha su concepción acerca de la cultura.

Desde su juventud, ha expresado que la cultura es un espacio a partir del cual pueden sentarse las bases de una nueva sociedad.

47 "Mosca cochera", término que Gramsci toma de una fábula de Lafontaine para caracterizar la pasividad del PSI. Se refiere a la mosca que para trasladarse de un lugar a otro, se instala sobre las bestias de un carruaje y espera a que éste llegue a su destino.

48 Gramsci, A., "La conquista del Estado" en *Escritos políticos 1917-1933*, op. cit., p. 92.

En 1919, Gramsci recomienda utilizar las organizaciones obreras ya existentes (Círculos de estudio, Comisiones internas, publicaciones y foros diversos) para fomentar entre los trabajadores un espíritu combativo que cambie la psicología de las masas y las habitúe a asumir responsabilidades directivas. Para él, sin esta educación, sin esta táctica encaminada a garantizar la existencia de hombres capaces de tomar las riendas del Estado, el entusiasmo revolucionario abierto por los bolcheviques no fructificaría.

En la historia del socialismo, la experiencia consejista gramsciana ha sido valiosa como "superación tanto de una concepción economicista y tacticista de la lucha sindical, como de la llamada teoría de los productores, que se limita a la agitación mediante 'los fuegos fatuos' de los discursos, olvidando el papel político de la educación y de la formación de las conciencias." 49

El proletariado turinés es el protagonista de la experiencia consejista en Italia. Aunque los antecedentes de este movimiento se ubican en septiembre de 1919, lo cierto es que no fue sino hasta el año siguiente que los obreros turineses de la FIAT dieron muestras de ser capaces de organizarse de manera independiente: "La huelga de Turín (en abril de 1920) verificó el caso de un proletariado que se empeña en la lucha por el control sobre la producción sin haber sido empujado a la acción por el hambre y la desocupación." 50

La huelga general promovida por los obreros de la FIAT no tuvo alcances nacionales, pues ni la burocracia sindical ni el PSI apoyaron la iniciativa turinesa. El consejo directivo del PSI, por ejemplo, huye de Turín para deliberar si apoya o no el movimiento de la FIAT. Así, mientras la patronal arremete contra los obreros, la directiva socialista discute principios teóricos en Milán.

49 Fernández Buey, F., *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*, op. cit., p. 32.

50 Gramsci, A., "El movimiento turinés de los consejos de fábrica" en *Antología*, op. cit., p. 150.

Gramsci critica la posición del PSI, y en mayo de 1920 escribe: "El PSI como organización política de la parte de vanguardia de la clase obrera, debería realizar una acción de conjunto capaz de situar a toda la clase obrera en condiciones de lograr la revolución y vencer de un modo duradero... (pero) el PSI ha seguido siendo un partido meramente parlamentario, que se mantiene inmóvil dentro de los estrechos límites de la democracia burguesa, que se preocupa sólo de las superficiales políticas de la casta de gobierno; no ha adquirido una figura autónoma de partido característica del proletariado revolucionario y sólo del proletariado revolucionario." 51

La crítica que Gramsci hace al PSI perfila ya su ruptura definitiva con este organismo, y prepara el terreno para la construcción de un auténtico partido de masas.

Pese a la inexistencia de un partido revolucionario en Italia, la lucha obrera interrumpida en abril se retoma y cobra fuerza en septiembre de 1920. Esta vez, los obreros turineses organizados mediante Consejos Obreros ocupan las fábricas y las dirigen sin perder el nivel de producción durante más de quince días.

En medio del entusiasmo revolucionario suscitado por este evento, Gramsci advierte en su columna del *Avanti!* que la ocupación pura y simple de las fábricas no es garantía de poder estatal, y destaca al mismo tiempo la necesidad de crear una defensa militar obrera.

Tras la huelga de abril, ha aprendido que el territorio de lucha para la clase obrera trasciende las fronteras de la fábrica, y que por lo tanto la organización consejista debía ser apoyada por un partido revolucionario capaz de expresar al proletariado a nivel nacional. La construcción de ese partido es la tarea que Gramsci se impone, luego de que el gobierno de Giolitti acaba con el movimiento consejista turinés.

51 Gramsci, A., "Por una renovación del Partido Socialista Italiano" en *Antología*, op. cit., pp. 72-73.

4.2 La construcción del Partido Comunista de Italia (PCd'I)

En mayo de 1919 se crea la IIIa. Internacional (Comunista), cuya finalidad es aglutinar a los partidos dispuestos a seguir el ejemplo bolchevique para acceder al socialismo en otros países. De hecho, sólo la internacionalización de la revolución haría posible que en Rusia el socialismo siguiera vivo.

El momento revolucionario abierto en la postguerra empieza a cerrarse. El año 1920 fija el límite a la ofensiva revolucionaria. La revolución producida en Rusia no se hace extensiva a otros países. La IIIa. Internacional se radicaliza, y fija 21 condiciones,⁵² que todo partido que forme parte de sus filas debe cumplir, y que apuntan a denunciar y erradicar el reformismo

El PSI se mantiene al margen de las iniciativas obreras, y esta pasividad obliga a algunos de sus militantes a buscar otras alternativas de lucha. Los campesinos, por ejemplo, crean un nuevo partido: el Partido Popular, antecedente inmediato de la Democracia Cristiana. Otro grupo de socialistas decide apoyar más bien el naciente movimiento fascista; Gramsci, por su parte, se lanza a la creación del Partido Comunista de Italia (PCd'I) junto con Bordiga y Tasca.⁵³

El 21 de enero de 1921 se crea el PCd'I en Imola. Se trata de una organización que alberga a los maximalistas de Bordiga, a los derechistas de Tasca, y al grupo L'ON encabezado por Gramsci y Togliatti. Con la creación de este partido, inicia una etapa más de la conformación del marxismo gramsciano.

⁵² Cfr. Krieger, A., *Las internacionales obreras*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, 1968, p. 65.

⁵³ En lo sucesivo PCd'I.

4.3 El ascenso del fascismo en Italia

Luego de la crisis postbélica y ante la amenaza comunista del bienio rojo (1919-1920), la burguesía italiana finca sus esperanzas de recomposición política en el fascismo.

Gramsci es el primer teórico que define al fascismo a partir de su naturaleza de clase. Desde 1921, advierte que la clase destinada a encabezar la reacción italiana es la pequeña burguesía urbana, en cuanto se trata de una clase en disolución, que con el avance del capitalismo pierde importancia en el proceso productivo y se refugia en el "cretinismo parlamentario".

Además de la pequeña burguesía urbana, que busca su seguridad en la violencia contra el socialismo, las filas fascistas se nutren con los sindicalistas, los futuristas y con aquellos excombatientes en los que se había radicalizado el nacionalismo, y que consideraron a Giolitti y a la democracia parlamentaria incapaces de sacar a Italia de la crisis económica postbélica.

Gentile se adhiere al fascismo convencido de que este movimiento es la más auténtica encarnación del liberalismo moderno, y pugna por la unificación ética del individuo con el Estado. De este modo, el idealismo gentiliano le da consistencia teórica al Estado fascista.

Con las ideas gentilianas acerca del Estado, el fascismo recrudece las medidas autoritarias del Estado "liberal" italiano, y genera un Estado que suprime todas las instituciones representativas, reduciendo las libertades políticas y civiles a su mínima expresión.

Benito Mussolini y su Gran Consejo Fascista toman las riendas de la nación italiana a partir de octubre de 1922. El gobierno de Mussolini suspende los proyectos de reforma agraria, reprivatiza el sistema telefónico, y para tranquilidad de los inversionistas extranjeros suprime el derecho de los trabajadores para convocar a huelga. A estas iniciativas fascistas se suma la orden de detención de conocidos militantes comunistas a partir de 1923.

El Estado fascista se consolida entre 1922 y 1926, y con el fin de imposibilitar las organizaciones y las movilizaciones obreras crea una amplia red de corporaciones apoyadas en los grupos patronales. Tal corporativización permite al Estado ejercer el control de todos los ámbitos de la vida social, en cuanto las corporaciones son organizaciones coordinadas directamente por el Partido Fascista.

El corporativismo se refuerza además, durante el Fascismo con notas periodísticas y mensajes radiofónicos que exaltan el heroísmo, la violencia y el carácter históricamente necesario de este régimen.

4.4 La polémica Bordíga-Gramsci

Al iniciar la década de los veinte, el capitalismo anuncia su plena recuperación económica, y el descontento de la pequeña burguesía italiana por los escasos beneficios obtenidos luego de la Primera Guerra Mundial encuentra en el fascismo una vía de desahogo.

Por su parte, la III. Internacional, haciendo caso omiso de las condiciones de recuperación económica que prevalecen en el horizonte europeo, insiste en tomar como ejemplo a la Revolución Bolchevique.

En este contexto, Gramsci emprenderá la construcción de un partido de masas como organización de la clase obrera, que le obligará a enfrentar en primer lugar, a otro de los dirigentes comunistas: Amadeo Bordíga.

Según Gramsci, el partido debía ser una organización que promoviera la acción consciente de los hombres: "...forma histórica por la cual el obrero de ejecutor deviene iniciador, de masa se torna guía, de brazo cambia a cerebro y voluntad..."⁵⁴ y no una vanguardia externa a las masas según la propuesta de Bordíga.

54 Gramsci, A., "El partido comunista" en *Antología*, op. cit., p. 109.

Bordiga - ingeniero napolitano reconocido en el ambiente socialista por su capacidad para defender sus ideas-, es uno de los herederos del marxismo economicista y evolucionista de la Ila. Internacional.

En el pensamiento de Bordiga confluyen tanto elementos de su actividad profesional, como las ideas evolucionistas que caracterizaban al socialismo de la época. Según el napolitano, la sociedad funciona como una "segunda naturaleza (en la que) el mecanismo de la producción ha generado un mundo donde sólo rigen las leyes de la mecánica racional y las relaciones cuantitativas de las fuerzas en oposición...".⁵⁵

En 1919, Bordiga y su grupo de maximalistas crean una publicación denominada *Il Soviet*, cuyo propósito es alentar el abstencionismo electoral y sentar las bases de un partido militante que no se dejara arrastrar por ilusiones parlamentarias y reformistas. Según los textos de *Il Soviet*, el PCd'I debía estar conformado por un grupo de "pocos pero buenos". Este sector comunista logró ser mayoría desde la fundación del PCd'I (enero de 1921) hasta mayo de 1924. La política inicial del PCd'I depende así de las decisiones del grupo de maximalistas comandado por Amadeo Bordiga.

En marzo de 1921, y debido a que la revolución socialista no había logrado internacionalizarse, el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) anuncia el repliegue del movimiento revolucionario al celebrar su X Congreso. Declara la Nueva Política Económica (NEP)⁵⁶ con la intención de dar fin al descontento de las masas.

⁵⁵ Citado por Magri, L., "Gramsci y la vía revolucionaria en occidente" en *El pensamiento revolucionario de Gramsci*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1978, p. 60.

⁵⁶ A través de la NEP se hicieron concesiones al campesinado, al capital y al comercio privados. La NEP constituyó un regreso a los modelos de administración e incentivación capitalistas que, por un lado, evitaron el hambre y la guerra campesina; pero por otro, propiciaron el renacimiento de los kulak o burgueses rurales, los nepman o comerciantes y los capitalistas urbanos.

El aislamiento y las debilidades de la revolución rusa, así como la recuperación del capitalismo tras la crisis postbélica, exigen nuevas tácticas para la supervivencia del socialismo. Por ello, hacia 1921 para retener el poder proletario en la URSS era necesario: "... concertar alianzas con los capitalistas nacionales en tanto que administradores, organizadores, concesionarios y arrendatarios de la producción o el comercio y con el capital internacional en tanto que factor determinante en el comercio exterior, poseedor de la tecnología y de ser posible en tanto que inversionista ". 57

Esta concertación de clases se plantea como táctica revolucionaria a través de las 24 tesis del "frente único", expuestas durante el III Congreso de la Internacional Comunista en diciembre de 1921.

De acuerdo con la política del "frente único" ideada por Lenin, los partidos comunistas debían buscar acuerdos con los partidos y sindicatos socialdemócratas para impedir que la burguesía monopolista descargara el peso de la crisis postbélica sobre el proletariado.

El "frente único" expresa una política de alianzas, a través de la cual el proletariado podría establecer las condiciones necesarias que le permitieran acceder al poder. Así, Lenin sugiere que la lucha por lograr la dictadura del proletariado está precedida por un gobierno de coalición. El "frente único" es una política necesaria, toda vez que al comenzar la década de los veinte la recuperación capitalista imposibilita la toma directa e inmediata del poder.

El Partido Comunista de Italia como miembro de la IIIa. Internacional desaprueba la política del "frente único" propuesta en el III Congreso. Sus dirigentes, Bordiga y Terracini, opinan que esa táctica leninista significa la renuncia a luchar por la revolución socialista.

57 Cfr. Díaz, J., "El marxismo de Lenin" en *Contra la burocracia*, Bs.As., Siglo XXI, 1974, p. 18.

En respuesta a la política del "frente único", Bordiga escribe las "Tesis de Roma", y las expone en el II Congreso del PCd'I (marzo de 1922). En estas tesis el dirigente comunista explica que la insurrección proletaria se aproxima y que la fase socialdemócrata en Italia está por concluir. De hecho, advierte que el PCd'I habrá de nutrirse con los militantes socialistas que cansados de esperar la acción en el PSI buscarán afiliarse a las filas comunistas.

En mayo de 1922, Gramsci - representante del PCd'I en el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista -, desde Moscú, desaprueba las tesis bordiguianas porque condenan al partido a la espera del "gran día" en el que las masas acudirán a él para dar comienzo a la revolución.⁵⁸ Ha aprendido de Lenin que en lugar de esperar ese momento, el partido debe luchar cotidianamente utilizando todos los medios posibles para debilitar al enemigo antes de enfrentarlo.

Estas discrepancias entre Bordiga y Gramsci en torno a la organización revolucionaria son expuestas de diversas maneras y en múltiples foros durante el periodo 1921-1924. Ambos comunistas se disputan la dirección del partido, y en esta polémica se evidencia que su acción política está orientada por la forma de concebir el partido.

Amadeo Bordiga rechaza la propuesta leninista del "frente único", y acusa a la IIIa. Internacional de haber caído en el reformismo. Promueve una política radical que busca alcanzar el socialismo a toda costa, aunque para lograrlo admite en el partido sólo a comunistas dispuestos a enfrentar un supuesto régimen que se está disgregando.

⁵⁸ Antonio Gramsci permanecerá en Moscú hasta 1923 y su estancia en ese país le permitirá evadir la inicial represión fascista.

En opinión de Gramsci la política bordiguiana "encapsula al partido", y su sectarismo lo único que logra es crear un partido que se aleja de las masas populares.

A diferencia de Bordiga, la intención gramsciana es hacer del PCd'I un auténtico partido de masas, y así lo expresa: "Yo tengo otro concepto del partido, de su función, de las relaciones que deben fundarse entre el partido y las masas sin partido, entre el partido y la población en general... no se puede de ninguna manera llegar a compromisos con Amadeo... hoy se va a las masas, no es cuestión de discutir acuerdos en un círculo reducido ni de llegar a compromisos individuales, se trata de determinar formaciones de masa que tengan vida propia, que sean permanentes; formaciones que le den organicidad y puedan desarrollarse y convertirse en la totalidad del partido...".⁵⁹

Desde Moscú, Gramsci establece comunicación con sus camaradas comunistas; sus cartas plantean la necesidad de ajustar la línea del PCd'I con los acuerdos de la Internacional, lo cual implica además la necesidad de que Bordiga y su grupo de maximalistas abandonen la dirección del partido. En una de sus comunicaciones epistolares puede leerse: "Sostengo que ha llegado el momento de darle (al partido) una orientación distinta de la que ha tenido hasta ahora. Empieza una nueva fase de la historia del partido de Italia. Hay que entrar en la fase de mayor claridad en las relaciones internas del partido y de la Internacional Comunista."⁶⁰

Según Gramsci, construir un partido auténticamente revolucionario significa tener presente que el objetivo de este organismo es contribuir a la transformación social y a la construcción de un nuevo Estado. Y en virtud de las condiciones históricas, la conquista del poder obrero sólo podía lograrse considerando la táctica leninista expuesta en el III Congreso de la Internacional

⁵⁹ Gramsci, A., "Carta a Scoccimarro" en *Antología*, op. cit., p. 134.

⁶⁰ *ib.*, p. 144.

Comunista. Puede decirse entonces que "Gramsci... va a percibir con claridad que la clave del 'frente único' remite a la necesidad de construcción de la unidad política de las clases populares, cualquiera que fuese su encuadramiento partidario a través de la creación de organizaciones de masa capaces de superar las divisiones ideológicas." ⁶¹

Contra la acción sectaria de Bordiga, que había hecho de la organización un fin en sí mismo, Gramsci escribe: "El error del partido ha consistido en poner en primer plano y abstractamente el problema de la organización, lo cual, además ha significado sólo la creación de un aparato de funcionarios ortodoxos para con la concepción oficial. Se creía y se sigue creyendo que la revolución depende solo de la existencia de un aparato así y se llega incluso a creer que esa existencia puede crear la revolución." ⁶²

Gramsci es nombrado delegado de la Internacional Comunista, y sale de Moscú rumbo a Viena para llevar a cabo la coordinación de los partidos afiliados a ese organismo, a partir de junio de 1923 y hasta mayo de 1924. Desde Viena, Gramsci dirige una tercera época de *L'Ordine Nuovo*, publicación que Togliatti se encarga de editar en Roma.

El filósofo sardo anuncia la aparición de esta publicación quincenal como el inicio de una nueva era que se propone la "conquista de la mayoría", en clara oposición a la consigna maximalista de "pocos pero buenos".

Según Gramsci, crear una auténtica organización de masas requiere reactivar las escuelas de partido, de modo que , *L'Ordine Nuovo* (L'ON) está encaminada también a abrir cursos por correspondencia que fomenten un proceso educativo destinado a "...formar organizadores y propagandistas con cerebro y no sólo con pulmones y garganta " ,⁶³ y en los que se aproveche además la experiencia de los veteranos

61 Portantiero, JC., *Los usos de Gramsci*, op. cit., p. 98.

62 Gramsci, A., "Carta a Togliatti" en *Antología*, op. cit., p. 132

63 Gramsci, A., "El programa de L'ON" en *Antología*, op. cit., p. 160.

Los organizadores comunistas debían constituirse en elementos capaces de extender la influencia comunista en las fábricas y en los sindicatos, pues otro aspecto del sectarismo de Bordiga había sido su renuncia a formar células comunistas en las fábricas, por considerarlas germen de tendencias reformistas fácilmente asimilables por el capitalismo. En opinión de Gramsci, la dirección bordiguiana era incapaz de concebir al partido "...como resultado de un proceso dialéctico en el cual convergen el movimiento espontáneo de las masas revolucionarias y la voluntad organizativa del centro... (más bien el partido era para Bordiga) un algo en el aire que se desarrolla por sí mismo y en sí mismo y al cual llegarán las masas cuando la situación sea propicia y la cresta de la oleada revolucionaria alcance su altura, o bien cuando el centro del partido considere que debe abrir una ofensiva y se incline hasta las masas para estimularlas y llevarlas a la acción." 64

Con el fin de acelerar los cambios en la dirección del PCd'I, y de construir un partido de masas cuyos cuadros se preparen para hacer frente a las luchas futuras, Gramsci repite sin descanso a sus compañeros de L'ON: "Nosotros podemos construir el centro de una fracción que tiene todas las probabilidades de devenir el partido entero..." 65 y sugiere a Togliatti que elabore un diagnóstico de la situación italiana para construir la plataforma de acción de la nueva dirección del partido.

Para él, la batalla contra el fascismo exigía que el movimiento revolucionario entablara la lucha anticapitalista a partir de la construcción de la unidad de las clases populares: "Una alianza de clases según el concepto leninista, es decir, basada en un nexo fundamental, orgánico que se convierte en la base de un nuevo bloque histórico. Se trata de una nueva unidad de fuerzas de clase, que se afirma en la lucha contra la actual clase dirigente y se realiza con la toma del poder por parte de la clase obrera aliada con las amplias masas campesinas."66

64 Ib.

65 Gramsci, A., "Carta a Scocciomarro" en *Escritos políticos 1917-1933*, op. cit., p. 188.

66 Togliatti, P., "El leninismo de Gramsci" en Fernández Buey (ed.), *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*, op. cit., p. 52.

Con el fin de superar la escisión masas-partido propia de la política bordiguiana, Gramsci propone retomar la forma de trabajo de L'ON durante la ocupación de las fábricas turinesas: "Debemos intentar reconstruir entre nosotros un ambiente como aquel de 1919-1920 con los medios que tenemos a disposición: entonces no se tomaba ninguna iniciativa si no estaba comprobada con la realidad, si antes no se había sondeado con medios múltiples, la opinión de los obreros..."⁶⁷

Finalmente, estando fuera de su país, Gramsci afirma que la única actitud del partido que garantiza el acceso a los fines revolucionarios es aquella que "siente el impulso de las masas", o sea, que conoce las necesidades y la disposición de las masas para la lucha.

Al comenzar 1924 se afianza en occidente la economía capitalista. Este hecho y la muerte de Lenin en enero de ese año, desvanecen en el ámbito socialista la esperanza de que la revolución alcanzara a otros países. Sin embargo, la Internacional Comunista se aferra a la ilusión de que una nueva crisis capitalista hará posible la revolución internacional.

La Internacional Comunista, en su V Congreso realizado entre junio y julio de 1924, promueve la confianza de que una nueva crisis económica anunciará el arribo del socialismo. Así: "La revolución rusa fue transformada en el mito de la infalibilidad de la URSS... en lugar de desarrollar una estrategia política propia, se esperaba pasivamente la revolución..."⁶⁸

Gramsci regresa a Italia en mayo de 1924, y encuentra que son ya 20 mil los militantes comunistas. Por primera vez en su historia, el PCd'I cuenta con un mayor número de afiliados que el PSI.

Al tiempo que el número de comunistas va en aumento, empieza a legalizarse la violencia fascista; prueba de esto último es el caso Matteotti, diputado socialdemócrata que es secuestrado y asesinado por las escuadras de

67 Gramsci, A. "Carta a Ercoli" en *Escritos políticos 1917-1933*, op. cit., p. 192

68 Abendroth, W., *Historia social del movimiento obrero europeo*, op. cit., p. 99.

Mussolini, luego de denunciar la manipulación electoral fascista en el Parlamento.

Algunos sectores sociales de la sociedad italiana se organizan para protestar por el asesinato del diputado Matteotti; ésta es la última movilización popular contra el régimen de Mussolini. En lo sucesivo, la violencia fascista se radicalizaría.

En opinión de Gramsci el PCd'I debía continuar un arduo camino para constituirse en un auténtico partido de masas, capaz de dirigir el "torrente popular desbordado", toda vez que a propósito del caso Matteotti: "El fascismo concentró sus fuerzas y éstas aunque algo reducidas, demostraron que seguirían dominando gracias al apoyo de todo el aparato estatal pero fundamentalmente, a las condiciones de increíble dispersión y desorganización en que se encuentran las masas." ⁶⁹

69 Gramsci, A., "Carta a Julia Schucht" en *Antología*, op. cit., p. 165.

4.5 Hacia la construcción de un partido de masas

Antonio Gramsci, fuera de su país, era ya consciente de que la situación impuesta por el fascismo exigía que los comunistas tuvieran un partido bien organizado. En enero de 1924. escribe: "... estoy seguro de que la situación de nuestro partido desde el punto de vista de la legalidad se irá agravando... Los fascistas buscarán resolver todas las situaciones con la cacería de comunistas... Se convierte para nosotros en razón de vida o muerte construir un buen aparato técnico, poner en sus engranajes a elementos seleccionados, de gran experiencia, disciplinados, con la sangre fría necesaria para no perder la cabeza ante ningún peligro. Para obtener esto es necesario liquidar verdaderamente mucho de la situación pasada del partido, con sus hábitos de indiferentismo, de no fijación precisa y neta de las responsabilidades, de no control y solución inmediata de los actos de debilidad y ligereza...". 70

El partido que propone, sin embargo, no supone una mera organización jerárquica, sino la tarea de constituir al PCd'I en un auténtico partido de masas, que rompiera con el carácter sectario que lo había caracterizado, y con la distancia entre dirigentes y dirigidos.

El PCd'I debía proponerse la creación de células comunistas en las fábricas, y dar auge a las escuelas de partido hasta que lograran tener influencia incluso entre los italianos que habían emigrado.

El filósofo sardo concentra sus energías en estos aspectos, y sienta las bases de una nueva estrategia revolucionaria, pues la recuperación económica del capitalismo en los veinte le evidencia que "... en occidente la presencia de superestructuras creadas por el desarrollo del capitalismo hace más lenta y más prudente la acción de las masas y exige del partido revolucionario una estrategia y una táctica más complejas y un plazo más largo que los que necesitaron los bolcheviques en el período comprendido entre marzo-octubre de 1917.". 71

70 Gramsci, A., "Carta a Togliatti" en *Escritos políticos 1917-1933*, op. cit., p. 186.

71 Gramsci, A., "Carta a Togliatti" en *Antología*, op. cit., p. 146.

Mediante las escuelas de partido, apunta también a afianzar un nuevo socialismo en Italia, y a crear una tradición teórica que no existía hasta ese momento: leer las obras de Marx directamente, y no las interpretaciones del marxismo. Gramsci sugiere leer los textos de Marx analizándolos "párrafo por párrafo, capítulo por capítulo, estudiando la conexión de una afirmación con otra, el razonamiento que se desenvuelve armónicamente", ⁷² de modo tal que en las escuelas de partido pudieran hacerse exposiciones elementales de marxismo.

Según Gramsci, este esclarecimiento teórico era vital para erradicar los vicios en que había incurrido el PSI, y que había heredado a su vez al PCd'I. "Hemos visto que en el PSI conviven pacíficamente las tendencias más dispares; hemos visto que el partido mantenía como opiniones oficiales las concepciones más contradictorias. Nunca se le ocurrió a la dirección del partido que para luchar contra la ideología burguesa, para liberar a las masas del capitalismo, tuviese que difundirse la doctrina marxista y defenderla de toda deformación." ⁷³

A su regreso a Italia, en mayo de 1924, Gramsci recupera su posición como dirigente del PCd'I, e instruye a Togliatti para hacer de *L'Ordine Nuovo* una publicación empeñada en promover la construcción de un gobierno obrero-campesino. La tarea de esta publicación dentro del partido consistiría, fundamentalmente, en fomentar el desarrollo de las escuelas de partido, en abrir cursos por correspondencia para capacitar a sus lectores hasta lograr conformar grupos de estudio y política; esta formación intelectual era necesaria toda vez que de acuerdo a la posición gramsciana: "estudio y cultura significan conciencia teórica de los fines inmediatos y supremos y del modo como habrán de realizarse." ⁷⁴

⁷² Citado por Garin, E., "Política y cultura en Gramsci" en *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*, op. cit., p. 133.

⁷³ ib., p. 134.

⁷⁴ ib.

Así, vuelve a aparecer la preocupación gramsciana respecto al trabajo cultural como medio para alcanzar el socialismo presente en sus escritos juveniles, ahora con el fin de promover la construcción de un partido de masas.

Gramsci considera que las escuelas de partido son un instrumento para formar y educar a las masas populares con miras a lograr la revolución: "La escuela de partido debe colmar el vacío que existe entre lo que debería ser y lo que es... Sin conciencia teórica... sin doctrina revolucionaria como armas, el partido no existe."⁷⁵

En este esfuerzo por construir un partido de masas italiano, es vital destacar la importancia que tiene para Gramsci la labor cultural en la conformación de los cuadros comunistas; por eso, otra de las constantes en sus escritos de la época consiste en restablecer las publicaciones que habían sido órganos de difusión de las ideas comunistas. Esta preparación teórica y cultural era necesaria como parte de la creación de condiciones favorables a la revolución: "... el problema se convierte en el de la vitalidad del marxismo, de su ser o no ser la interpretación más segura y profunda de la naturaleza y de la historia, de la posibilidad que dé a la intuición genial del hombre político un método infalible, un instrumento de precisión extrema para explorar el futuro, para prever los acontecimientos de masa, para dirigirlos y hacerse dueños de ellos."⁷⁶

En la obra gramsciana, estudiar y reconocer la teoría marxista no significa almacenar datos para citar fuentes en los discursos, sino que es un trabajo que habilita a los hombres para emprender acciones que modifiquen sus circunstancias y a sí mismos. Dirigente del PCd'I, Gramsci se ocupa de invitar a todos los militantes a que lean, discutan y aprendan a ser los dirigentes de sus propios destinos.

75 Ib.

76 Gramsci, A., "Jefe" en *Antología*, op. cit., p. 170.

Gramsci enfrenta a Mussolini en el Parlamento hacia 1925. Lo acusa de haber convertido la ley Mussolini-Rocco, contra la masonería y las sociedades secretas, en instrumento de represión contra cualquier iniciativa comunista: "La masonería es la pequeña bandera negra que sirve para que pase la mercancía reaccionaria".⁷⁷

Más tarde, en el III Congreso del PCd'I, realizado en Lyon del 20 al 26 de enero de 1926, Gramsci y su grupo aglutinado en torno a *L'Ordine Nuovo* obtienen la mayoría de los votos, y alcanza así la dirección general del partido.

Las tesis para el III Congreso (Tesis de Lyon), redactadas por Gramsci y Togliatti, son la primera tentativa de dotar al PCd'I de una línea y de un programa orgánico basado en el análisis de la realidad italiana. Las tesis se inician con una breve síntesis de la historia del marxismo y la situación del socialismo italiano, para luego pasar al análisis de la estructura social italiana y la política burguesa que incluye a la política fascista. En estas tesis puede leerse: "El fascismo lleva al extremo el sistema de explotación y opresión de las masas meridionales, lo que facilita la radicalización incluso de las categorías intermedias como cuestión que sólo puede resolver la insurrección de los campesinos aliados al proletariado en la lucha contra los capitalistas y los terratenientes."⁷⁸

Respecto al partido comunista, las tesis reconocen que se encuentra en la fase de la preparación política de la revolución; destacando su objetivo fundamental en tres puntos, a saber:

⁷⁷ Gramsci, A., "Intervención en la Cámara de diputados el 16 de mayo de 1925" en *Antología*, op. cit., p. 181.

⁷⁸ Gramsci, A., "La situación italiana y las tareas del PCd'I (Tesis de Lyon)" en *Escritos políticos 1917-1933*, op. cit., p. 237.

1. Organizar y unificar al proletariado industrial y agrícola para la revolución.
2. Organizar y movilizar alrededor del proletariado a todas las fuerzas necesarias para la victoria revolucionaria y para la fundación del Estado obrero.
3. Plantear al proletariado y a sus aliados el problema de la insurrección contra el estado burgués, y de la lucha por la dictadura proletaria, y conducirlo política y materialmente para la resolución de esa tarea mediante una serie de luchas parciales.

Las tesis de Lyon sientan las bases de un partido que funciona en contacto con las masas en cualquier circunstancia. En su redacción, Gramsci y Togliatti consideran los defectos del PCd'I, y sugieren la forma de empezar a deshacerse de ellos.

Estos dirigentes fincan la base del partido en células en los lugares de trabajo , aglutinadas en un Comité coordinado por el partido. De modo que mediante esa malla organizativa se garantiza la solidaridad de los obreros calificados con los no calificados, con los peones, hasta conformar un grupo amplio de dirigentes.

Los autores de las tesis de Lyon demandan con urgencia romper con la estructura tradicional del partido, y con el fin de evitar la dirección "desde arriba", proponen que todos los miembros del partido asuman un trabajo específico, y que los dirigentes sean capaces de tomar decisiones sin alejarse de las demandas de las masas populares. Por ello, los dirigentes debían ser elegidos considerando su participación solidaria y su experiencia como militantes comunistas.

Según las tesis de Lyon, el partido estaba encaminado a organizar y dirigir a las masas a través de un Comité Central, que podría funcionar como organismo cohesionado una vez que las fracciones dentro del partido desaparecieran. Por tanto, se afirma: "las divergencias producto de los diversos grupos que han conformado al PCd'I deben desaparecer mediante la profundización de la común ideología marxista y leninista".⁷⁹

Finalmente, las tesis consignan que " la estrategia y la táctica del PCd'I consisten en luchar por alcanzar el gobierno obrero-campesino o fórmula política que indica incluso a las masas más atrasadas la necesidad de la conquista del poder para la solución de los problemas vitales...".⁸⁰

En suma, el III Congreso del PCd'I (1926) pone fin a las crisis internas del partido, y optimiza su capacidad directiva y de acción revolucionarias.

Gramsci concluye el informe sobre el Congreso de Lyon sugiriendo que el partido se mantenga unido, que no permita desarrollar en su seno ningún germen de disgregación ni de pesimismo, menos aún de pasividad.

Luego del III Congreso del PCd'I en enero de 1926, Gramsci y su grupo establecen la línea política que habría de seguir el partido: la construcción del gobierno obrero-campesino.

En vías de convertirse en un partido de masas, el PCd'I se encamina también a crear las condiciones para la lucha revolucionaria. En este terreno, resulta indispensable un diagnóstico de la realidad italiana, en particular de la situación meridional. Este estudio permitiría comprender las condiciones que en Italia posibilitaban, o bien dificultaban la acción revolucionaria.

⁷⁹ ib.

⁸⁰ ib.

En ese orden de ideas cabe mencionar que hacia 1926, el PCd'I había logrado desarrollar entre sus militantes una gran capacidad de análisis de la situación italiana, de iniciativa política y de fuerza dirigente. Además, pese a las restricciones impuestas por el fascismo a las organizaciones obreras, el PCd'I contaba ya con 27 mil militantes, y su lucha anticapitalista tendía a convertirse en lucha antifascista.

De ahí que la decisión de Mussolini de limitar la actividad política de Gramsci encarcelándolo puede ser interpretada como una medida de seguridad fascista.

Antonio Gramsci es detenido el 8 de noviembre de 1926, y permanecerá encarcelado hasta 1937, cuando a escasos días de su muerte abandona la cárcel de Formia para ser internado en un hospital romano.

En opinión de Coutinho, durante el periodo 1923-1926 el pensamiento gramsciano recibe una amplia influencia de Lenin, y empiezan a tomar cuerpo los conceptos de hegemonía, bloque histórico y el problema de los intelectuales. Estas son las cuestiones que Gramsci desarrollará más tarde en su reflexión carcelaria, y que habrán de constituir "su contribución específica y original al desarrollo y la renovación del marxismo".⁸¹

⁸¹ Coutinho, CN., *Introducción a Gramsci*, op. cit., p. 63.

CAPITULO II

LA CONCEPCIÓN POLÍTICA DE ANTONIO GRAMSCI:

El lugar de lo teórico

"Autoconciencia crítica significa histórica y políticamente creación de una élite de intelectuales: una masa humana no se distingue y no se vuelve independiente "por sí misma" sin organizarse (en sentido lato) y no hay organización sin intelectuales, o sea sin que el aspecto teórico del nexo teoría-práctica se distinga concretamente en un estrato de personas "especializadas" en la elaboración conceptual y filosófica".

Antonio Gramsci
Cuaderno 11

CAPITULO II

LA CONCEPCIÓN POLÍTICA DE ANTONIO GRAMSCI:

El lugar de lo teórico.

Antonio Gramsci inaugura una nueva práctica y una nueva teorización de la política, pues demuestra que ésta no atañe exclusivamente a la acción de los funcionarios del aparato estatal, sino que la política se vive cotidianamente, y alcanza por lo tanto al conjunto de la sociedad. Esto ocurre así porque para Gramsci el Estado no es un aparato por encima de las clases, sino que penetra en todos los rincones de la realidad social, a través de los componentes de la sociedad civil.

De este modo, la concepción política gramsciana implica formas nuevas de organización y una visión más amplia de la revolución, que exige la transformación de la conciencia, la producción de sujetos constructores de su propia historia, y no simplemente la toma del poder estatal. Para Gramsci, la revolución es un largo proceso que prepara las condiciones para adueñarse del Estado, y que continúa hasta que la sociedad civil reabsorbe a la sociedad política haciendo desaparecer al Estado.

El pensamiento político gramsciano se centra así en las cuestiones cruciales de la revolución socialista en la sociedad burguesa de occidente, constituyendo una precisa alternativa teórica frente a la "bolchevización" de los partidos comunistas promovida por la Internacional Comunista.

Según Gramsci, la revolución es un largo proceso preparado y dirigido por la voluntad consciente de los hombres organizados, y la política es la actividad humana central que permite a la conciencia individual entrar en contacto con todas las formas del mundo natural y social. En otras palabras, la política es acción humana consciente.

En esta nueva visión acerca de la política, la producción teórica tiene un lugar privilegiado como momento de la organización revolucionaria. Gramsci reanima así la vitalidad del marxismo, y hace de la teoría una actividad central en la acción y en la producción de la conciencia. Establece de este modo una nueva forma de entender la teoría vinculada a la práctica en tanto forma de organización.

En su teorización de la política, Gramsci toma como punto de partida los enunciados de Marx:

1. La sociedad no se plantea problemas para cuya solución no se hayan ya producido las condiciones necesarias y suficientes.
2. Ninguna forma de sociedad desaparece antes de haber agotado todas sus posibilidades de desarrollo.¹

Gramsci además, en ningún momento, dejó de creer en la vitalidad que el trabajo teórico infunde entre los hombres; aún encarcelado se dio a la tarea de organizar círculos de estudio y espacios de discusión con antiguos camaradas. Es autorizado a escribir sus reflexiones hacia 1929, y este hecho le permitirá hacer de la vida carcelaria un espacio de reflexión política que documenta en sus *Cuadernos*.

1 En el prefacio de Marx a la *Contribución a la crítica de la economía política*, el enunciado exacto dice así:

"Una sociedad no desaparece nunca antes de que sean desarrolladas todas las fuerzas productivas que pueda contener, y las relaciones de producción nuevas y superiores no se sustituyen jamás en ella antes de que las condiciones materiales de existencia de esas relaciones hayan sido incubadas en el seno de la vieja sociedad. Por eso la humanidad no se propone nunca más que los problemas que puede resolver, pues, mirando más de cerca, se verá siempre que el problema mismo no se presenta más que cuando las condiciones materiales para resolverlo existen o se encuentran en estado de existir". Cfr. Marx-Engels, *Obras completas*, Vol III, México, Progreso, 1978, p. 186.

Gramsci asume estos enunciados como base de la ciencia política (Q 2 Tomo I p. 167); como eje de su lucha contra el mecanicismo (Q 7 Tomo 3 p. 159); y como principios de metodología histórica (Q 4 Tomo p. 167).

Cfr. Gramsci, A., *Cuadernos de la cárcel*, Edición crítica de Instituto Gramsci a cargo de Valentín Gerratana, Vol. I, p. 167; Vol III, p. 159 y Vol. IV, p. 167.

Los *Cuadernos de la Cárcel* gramscianos son la síntesis de sus inquietudes juveniles, de su formación teórica, y fundamentalmente de su experiencia como dirigente político, actividades en las que subrayó el papel revolucionario del marxismo como teoría que se propone la emancipación de las masas populares.

Así es que podemos afirmar que el régimen fascista congeló la militancia de este comunista, pero no logró exterminar su capacidad creadora; durante su estancia en la cárcel, Gramsci caracteriza al Estado que habrá de enfrentar el proletariado; diseña una estrategia revolucionaria acorde a las condiciones que ofrece una sociedad de capitalismo avanzado, y que reconoce al proletariado como dirigente político y cultural de la lucha anticapitalista; y sienta las bases para una refundación teórica del marxismo.

La concepción gramsciana de la política es el espacio de la formulación de sus conceptos principales: el Estado y la hegemonía. Estos conceptos le permiten plantear, además, las condiciones que harán posible la revolución en los países de occidente. Todo el vigor de este pensador se centra en armar una nueva estrategia de acción revolucionaria. No en vano la "guerra de posiciones" es para Gramsci la cuestión de teoría política más importante de la postguerra, y el asunto de la organización la novedad de su pensamiento. Esta nueva categorización conceptual de la política es la que nos ocupa a lo largo de este capítulo.

1. Una concepción amplia del Estado: la hegemonía

La cuestión del Estado es central en la teorización y la práctica revolucionarias. Para algunos aparece como una instancia que debe ser "ocupada", para desde ahí reorganizar la sociedad. Para otros, se trata justamente de desmantelarlo y crear nuevas relaciones sociales en las que la existencia del Estado resulte obsoleta.

La teorización en torno al Estado es, por tanto, necesario punto de partida para pensar la revolución y fundamentar las acciones para lograrla.

Autorizado a escribir sus notas en 1929, Gramsci asume la cuestión del Estado como punto de arranque de su reflexión teórica en contra del economicismo, y de su reflexión política opuesta a la posición de la IIIa. Internacional.

1.1 La posición de la IIIa. Internacional y la lucha antieconomicista de Antonio Gramsci.

Al comenzar el siglo XX, los socialistas de la IIa. Internacional habían caracterizado al Estado como un aparato neutral, y a la revolución como la transformación social tendente a lograr el paso de una economía organizada por los capitalistas a una economía planificada por los trabajadores con ayuda del Estado.

En esas circunstancias, la estrategia revolucionaria se reducía a luchar por la toma del poder estatal, lo que garantizaría el surgimiento de un nuevo modo de organizar la vida en su conjunto.

Esa concepción del Estado y de la revolución permanece en el ámbito socialista de la IIIa. Internacional, y constituye el centro de la crítica gramsciana.

En el marco de la crisis capitalista de 1929, la IIIa. Internacional comandada por Stalin abandona la política leninista del "frente único", asegurando que esa crisis económica es la antesala del socialismo. Sobre esta base descarta las alianzas y promueve una estrategia revolucionaria basada en el ataque frontal "clase contra clase".

Así, en 1929, todo partido comunista afiliado a la IIIa. Internacional debía erradicar de sus filas a aquellos militantes que no estuvieran dispuestos a enfrentar directamente a la burguesía con el fin de arrebatarse el poder estatal.

La política emanada de la IIIa. Internacional encuentra tierra fértil entre los comunistas italianos, que vislumbran una pronta disgregación del fascismo en su país. Así, al comenzar 1930, Togliatti expulsa a Leonetti, Tresso y Ravazoli del PCd'I, y pone a la orden del día el asalto insurreccional al poder.

A diferencia de esta perspectiva, Gramsci considera que entre la caída del fascismo y el advenimiento del socialismo hay una etapa intermedia en la que es una tarea ineludible trabajar por la conquista de la mayoría en favor de la lucha proletaria.²

En su opinión, el PCd'I lograría conquistar el poder estatal si y sólo si retomaba la política de alianzas del "frente único", pues desde antes de su ingreso a la cárcel, Gramsci había reconocido que "... en los países de capitalismo avanzado, la clase dominante posee reservas políticas y organizativas que no poseía por ejemplo, Rusia. Esto significa que ni siquiera las gravísimas crisis económicas tienen repercusiones inmediatas en el campo político..."³

2 Cfr El tema de la "Constituyente" en Athos Lisa, "Discusión política con Gramsci en la cárcel" en *Escritos políticos 1917-1933*, op. cit., pp. 378-385

3 Gramsci. A., "Un examen de la situación italiana" en *Escritos Políticos 1917-1933*, op. cit., p. 212.

Gramsci considera, por tanto, que el enfrentamiento "clase contra clase" propuesto por la IIIa. Internacional en 1929 es, además de erróneo, suicida

Discute la posición de la IIIa. Internacional y la política de expulsión de socialdemócratas asumida por el PCd'I con sus camaradas encarcelados. Luego de esa discusión tratará de fundamentar su posición personal, ante el hecho de que los comunistas encarcelados al igual que los militantes del PCd'I consideran que la crisis de 1929 significa que la burguesía agoniza, y que por tanto el proletariado puede instaurar su gobierno inmediatamente, sin tener que pasar por un período de transición ni de objetivos intermedios

Gramsci ha combatido el economicismo desde su inicial militancia socialista; la derrota consejista y la consolidación del fascismo en Italia le hicieron evidente que las crisis económicas son un elemento necesario pero no suficiente para cambiar el orden social. En una de sus notas carcelarias escribe: "En política, las crisis ni permiten que las tropas asaltantes se organicen fulminantemente y adquieran el espíritu agresivo, ni desmoralizan a los asaltados, pues éstos aún entre los escombros tienen confianza en sus propias fuerzas y en su propio futuro". 4

Recuerda una vez más que las crisis económicas no bastan para que las relaciones sociales cambien; éstas sólo pueden ser modificadas por la acción humana: "El automatismo histórico da cierta premisa y es potenciada políticamente por los partidos y los hombres 'capaces', la ausencia o deficiencia de éstos últimos... hace estéril el propio automatismo: existe la premisa, pero las consecuencias no se realizan" (Q 9 Tomo 4 p. 44). 5

4 Gramsci, A., *Cuadernos de la cárcel*, Edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana, Tomo 3, México, Ed. ERA, 1984, p. 151.

5 En lo sucesivo, todas las referencias a la edición de los *Cuadernos de la cárcel*, se abrevian así: (Q es el número del cuaderno/ Tomo/ Página).

Consolida así su historicismo al atacar de nueva cuenta al economicismo, y al demostrar una vez más que son los hombres organizados los protagonistas de la historia: "El subalterno deja de ser una cosa, para transformarse en persona histórica, agente necesariamente activo y emprendedor". (Q 11 Tomo 4 p. 255).

Además, con el fin de erradicar todo catastrofismo económico en la historia, Gramsci asume como principios de investigación los enunciados de Marx señalados en páginas previas:

1. La sociedad no se plantea problemas para cuya solución no se hayan producido ya las condiciones (premisas) necesarias y suficientes.
2. Ninguna forma de sociedad desaparece antes de haber agotado todas sus posibilidades de desarrollo.

A través de estos enunciados Gramsci explica, primero, que los hombres no se plantean hacer la revolución arbitrariamente; y segundo, que el análisis de las tendencias de desarrollo de la estructura social permite anticipar un futuro en cuanto producto de la acción humana.

Y es justamente en virtud de este análisis de la estructura social que el historicismo gramsciano no se reduce a mero voluntarismo. Gramsci reconoce que estudiar las fluctuaciones de la estructura social es útil para identificar los elementos menos variables del desarrollo histórico, y para anticipar el esqueleto del futuro, toda vez que "El conjunto de las fuerzas materiales de producción es al mismo tiempo una cristalización de toda la historia pasada y la base de la historia presente y futura, es un documento y al mismo tiempo una activa fuerza actual de propulsión". (Q 11 Tomo 4 p. 298.).

El historicismo gramsciano, entonces, no es reductible al voluntarismo, en tanto que su punto de partida es siempre el análisis de las condiciones materiales existentes. Pero sobre esa base, Gramsci inaugura un historicismo cuyo fundamento es la capacidad humana para dirigir acciones revolucionarias; por

ello, sugiere al hombre del siglo XX recuperar las cualidades del hombre renacentista: "... fundamentalmente olfato para las oportunidades y medida de las propias posibilidades". (Q 11 Tomo 4 p. 327).

Bajo esta perspectiva, el hombre es un ser eminentemente político, que al transformar el mundo externo se desarrolla y potencia a sí mismo: " cada cual se cambia a sí mismo, se modifica todo el conjunto de relaciones de las que es el centro de conjunción". (Q 10 Tomo 4 p. 219). El historicismo gramsciano se define, por tanto, como la negación total de un destino fijado por la trascendencia. Gramsci propone como forma de combatir al economicismo que sustenta un desarrollo natural de las sociedades, fortalecer la convicción de que cuanto ocurre en la historia es producto de la voluntad y de la acción humanas. Por otro lado, asegura que el economicismo debe ser combatido teórica y políticamente "desarrollando el concepto de hegemonía" (Q 4 Tomo 2 p. 176) núcleo de su concepción amplia del Estado.

1.2 La relación sociedad política-sociedad civil

A la versión de la IIIa. Internacional, que considera al Estado como espacio neutral que se disputan la burguesía y el proletariado, y que asume la revolución como producto de las crisis económicas del capitalismo, Gramsci opone una teoría ampliada del Estado y una nueva manera de plantear las relaciones entre lo social y lo político. En ella se evidencia la estructura contradictoria del Estado y el despliegue de su actividad política e ideológica mediante los aparatos de hegemonía: "El Estado no es el conjunto de instituciones públicas encargadas de dictar leyes y hacerlas cumplir. El Estado es un Estado hegemónico producto de determinadas relaciones de fuerza sociales".⁶

⁶ Portantiero, op. cit., p. 113.

Según Gramsci, la Internacional Comunista subestima al adversario, y enarbola el ataque frontal "clase contra clase" porque no tiene siquiera una remota idea acerca de la complejidad del Estado burgués y de su capacidad de recomposición ante las crisis económicas: "En política, el error se produce por una inexacta comprensión de lo que es el Estado (dictadura + hegemonía)" (Q 6 Tomo 3 p. 113)

Su teorización del Estado en los países de occidente tiene como meta poner en evidencia que la dominación y las formas de control estatal se habían completado hasta el punto de imposibilitar la toma directa del poder.

Gramsci define al Estado de las sociedades de capitalismo avanzado como la suma de sociedad política y sociedad civil, donde éstas constituyen "planos superestructurales" con funciones específicas: "Se pueden establecer dos grandes planos superestructurales : el de la sociedad civil, o conjunto de organismos vulgarmente llamados 'privados', que cumple la función de hegemonía que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad; y el de la sociedad política o Estado, cuya función es el dominio directo o de mando que se expresa en el Estado y en el gobierno 'jurídico' "(Q 12 Tomo 9 p. 357).

Por sociedad política Gramsci entiende también al Estado en sentido estricto, o Estado-coerción, constituido por los mecanismos de la clase dominante para ejercer el control mediante la represión legalizada; tales mecanismos son aparatos de coerción controlados por la burocracia ejecutiva, policíaca y militar.

La sociedad civil está constituida por los organismos responsables de elaborar y difundir las ideologías, de la creación del consenso y del ejercicio de la hegemonía o dirección política y cultural de una sociedad construida históricamente; estas organizaciones son la escuela, la iglesia, los sindicatos, los partidos, etc: "En la noción de sociedad civil (Estado = sociedad política + sociedad civil, o sea hegemonía acorazada de coerción)" (Q 6 Tomo 3 p. 76).

Es así que la sociedad civil cumple la función social de la hegemonía o de construcción del consenso de los gobernados, pues está constituida por los organismos de participación política voluntaria, que no se caracterizan necesariamente por el uso de la represión.

Gramsci enriquece la teoría marxista del Estado privilegiando la función directiva de la sociedad civil, como proceso a través del cual se lleva a cabo "la hegemonía política y cultural de un grupo social sobre la sociedad entera" (Q 6 Tomo 3 p. 28).

Así, el Estado es un "complejo de actividades teóricas y prácticas con las cuales la clase dirigente no sólo justifica y mantiene su dominio, sino también logra obtener el consenso activo de los gobernados".⁷

Por tanto, al definir al Estado en occidente,⁸ Gramsci destaca la acción de los aparatos de hegemonía de la sociedad civil como forjadores de una cultura, de un ambiente intelectual y moral que garantiza la permanencia o reestructuración de la clase dirigente en el Estado: "Entre la estructura económica y el Estado con su legislación y su coerción está la sociedad civil y ésta debe ser radicalmente transformada en concreto y no sólo sobre el papel de la ley y de los libros de los científicos" (Q 10 Tomo 4 p. 149).

7 Citado por Rivadeo, A. M., "La actualidad del pensamiento de Antonio Gramsci", en *Cuadernos de Investigación* No. 11, Universidad Nacional Autónoma de México, ENEP-Acatlán, México, 1989, p. 128.

8 Es importante advertir que en el pensamiento gramsciano la distinción oriente-occidente no corresponde estrictamente a la ubicación geográfica de los países a los que hace referencia, sino a la menor o mayor complejidad de las relaciones que se establecen entre la sociedad y el Estado.

Cfr. Portantiero, "Gramsci para latinoamericanos", en *Gramsci y la política*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978, p. 39.

De este modo, el concepto gramsciano de Estado no se agota en el ámbito del dominio clasista coactivo del Estado moderno, sino que se extiende a todas aquellas articulaciones a través de las cuales la hegemonía de una clase se ejerce sobre la sociedad: "Por Estado debe entenderse además del aparato gubernamental también el aparato "privado" de hegemonía o sociedad civil". (Q 6 Tomo 3 p. 155)

Así, el Estado deja de ser un instrumento meramente coercitivo y se vuelve un espacio de "desarrollo de equilibrios inestables entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados" (Q 4 Tomo 2 p. 109).

La concepción gramsciana del Estado ofrece una nueva dimensión de la práctica política, pues concibe a la sociedad como un amplio sistema hegemónico en el que las relaciones entre la economía y la política están mediadas por la sociedad civil, y la lucha de clases es siempre lucha por alcanzar la hegemonía, es decir, la dirección de la sociedad en su conjunto.

La sociedad civil, entonces, es un complejo organizativo en el que se construye la hegemonía de la clase dirigente, pero también es el espacio en donde se expresa el conflicto social: "las instituciones de la sociedad civil son el escenario de la lucha política de clases".⁹

Además, el concepto de sociedad civil permite a Gramsci especificar la teoría clásica del fin del Estado: "El elemento Estado coerción se puede imaginar extinguido a medida que se afirman elementos cada vez más conspicuos de sociedad regulada o Estado ético o sociedad civil" (Q 6 Tomo 3 p. 53). Ello permitiría pugnar por la creación de una sociedad nueva, que actúe de acuerdo a "un sistema de principio que afirma como fin del Estado su propio fin, su propia desaparición, o sea la reabsorción de la sociedad política en la sociedad civil" (Q 5 Tomo 2 p. 346).

⁹ Portantiero, J. C., op. p. 114.

Según lo anterior, el proceso revolucionario exige la construcción de un Estado ético por parte de las clases anticapitalistas: "...sólo el grupo social que postula el fin del Estado y de sí mismo como fin a alcanzar, puede crear un Estado ético, tendiente a poner fin a las divisiones internas de los dominados y crear un organismo social unitario técnico-moral" (Q 8 Tomo 3 p. 307).

Finalmente, en el pensamiento gramsciano el Estado aparece como modo de organización de las masas, y no como una instancia neutral por encima de ellas: "En realidad todo elemento social homogéneo es Estado, representa al Estado, en cuanto se adhiere a su programa: de otro modo se confunde al Estado con la burocracia estatal" (Q 3 Tomo 2 p., 61).

A su vez, es importante subrayar que debido a que en el pensamiento gramsciano todo miembro de la sociedad es un funcionario "no en cuanto empleado a sueldo del Estado...sino en cuanto que 'actuando espontáneamente' su actividad se identifica con los fines del Estado" (Q 8 Tomo 3 p. 289), la concepción amplia del Estado permite también desmitificar la acción política. Esta ni concierne sólo a los encargados del aparato estatal, ni se vive exclusivamente en el plano reconocido como tal. La política es la actitud cotidiana que cada uno de los miembros de la sociedad asume frente a la relación gobernantes-gobernados.

1.3 La cuestión de la hegemonía

Gramsci había comprendido, luego de la derrota consejista, que la lucha revolucionaria debía trascender las fronteras de la fábrica hasta plantearse como una lucha a nivel nacional.

Vislumbraba que la clase dirigente de la revolución no podía limitarse sólo a controlar la producción económica, sino que debía generar también un movimiento que fuera expresión económica, política y cultural de las clases

anticapitalistas. Por ello declara: "Si los campesinos italianos encuentran una explicación para el mundo en la religión católica, es preciso que en la dirección se manifieste también la lucha para comprender las raíces profundas de esa escuela cultural, para encontrar en ella los elementos capaces de ser orientados en el sentido de los objetivos centrales de la transformación social y cultural".¹⁰

Y días antes de su arresto, escribe a propósito del principio y la práctica de la hegemonía "...el proletariado no podrá cumplir su función dirigente más que si abunda en espíritu de sacrificio y se ha liberado completamente de todo residuo de corporativismo...".¹¹

La gran conquista teórica de Gramsci en libertad es entonces, haber concebido que la hegemonía es una acción anticorporativa, y que la clase hegemónica es aquella que logra ser reconocida como clase nacional: "Plantear el problema de la hegemonía significa para Gramsci, plantear el problema de la función nacional de la clase obrera".¹²

Y tal conquista teórica es la que habrá de desarrollar en sus *Cuadernos de la cárcel*, haciendo de la hegemonía el punto medular de su concepción ampliada del Estado.

Por esta razón, se vuelve necesario caracterizar puntualmente el concepto gramsciano de hegemonía que: "Aunque muy próximo al de Lenin, se separa en un punto capital: la preeminencia de la dirección cultural e ideológica...".¹³

10 Coutinho, CN., *Introducción a Gramsci*, op., p. 73.

11 Gramsci, A., "Carta a Togliatti. Al comité Central de PCUS" en *Escritos político 1917-1933*, op., p. 293.

12 Gruppi, L., *El concepto de hegemonía en Gramsci*, op. cit., p. 83.

13 Portelli, H., op. cit., p. 70.

Las opiniones que hacen de la hegemonía el nexo vital entre el pensamiento gramsciano y el de Lenin son numerosas. Sin embargo, es importante advertir que mientras en Lenin la hegemonía es sinónimo de dictadura del proletariado, en Gramsci, en virtud del nuevo enfoque de este concepto, implica la dirección política y cultural del movimiento revolucionario: "Se trata de llegar a ser dominante: Superando la fase económico-corporativa para elevarse a la fase de hegemonía político-intelectual en la sociedad civil y volverse dominante en la sociedad política" (Q 4 Tomo 2 p. 172)

La hegemonía es, pues, un concepto originalmente leninista, enriquecido y transformado por Gramsci hasta indicar un proceso que contempla la lucha económica, política y cultural, tendente a hacer del proletariado una clase nacional, capaz de subvertir el orden burgués antes de conquistar el poder estatal. De ahí que: "es necesario que el proletariado abandone su mentalidad corporativista... que deje de defender únicamente sus intereses inmediatos, grupales, que se convierta, por tanto, en una clase nacional, por ser una clase que asume y hace suyas las reivindicaciones de (todas) las capas trabajadoras" ¹⁴

De hecho, Gramsci reconoce que "en el desarrollo de una clase nacional, junto al proceso de su formación en el terreno económico, hay que tener en cuenta el desarrollo paralelo en los terrenos ideológico, jurídico, religioso, intelectual y filosófico, debe decirse incluso que no hay desarrollo en el terreno económico sin estos otros desarrollos paralelos" (Q 6 Tomo 3 p. 125)

En el pensamiento gramsciano el rasgo fundamental de la hegemonía es su carácter anticorporativo, en tanto trasciende las fronteras de la calificación profesional y se convierte en el programa y la organización de todos los grupos anticapitalistas.

¹⁴ Coutinho, CN., op. cit., p. 74.

La hegemonía, por tanto, es un proceso de construcción del pueblo-nación, en el que se supera el momento de la determinación económica, porque se ha alcanzado el más alto grado de conciencia política, o momento "en el cual se llega a la conciencia de que los mismos intereses corporativos propios, en su desarrollo actual y futuro, superan el ambiente corporativo, de grupo meramente económico, y pueden y deben cambiarse en los intereses de otros grupos subordinados..." (Q 4 Tomo 2 p. 170).

La hegemonía implica así, la construcción de los sujetos que habrán de llevar a cabo la revolución. Es un proceso en el cual confluyen los diversos grupos anticapitalistas, dirigidos política y culturalmente por el proletariado. Por ello, se habla de la construcción del pueblo-nación, y de los sujetos que organizados son protagonistas de la acción y constituyen la voluntad popular.

En cautiverio, Gramsci insistirá continuamente en que el PCd'I retome la táctica leninista del "frente único", como condición de posibilidad para que las clases anticapitalistas conformen un bloque social alternativo desde antes de la toma del poder estatal. En el bloque de clases anticapitalistas destaca, asimismo, la función dirigente del proletariado, que en cuanto orienta política y culturalmente la lucha revolucionaria puede convertirse en clase hegemónica: o "clase que representa los intereses políticos del conjunto de los grupos que dirige".¹⁵

Pero la posibilidad que tiene el proletariado de llegar a ser la clase hegemónica depende de su capacidad "para dirigir a los otros grupos y fracciones subalternas, a través de la producción de programas y organizaciones aptas para estimular y abarcar sus reivindicaciones y movilizaciones espontáneas".¹⁶

¹⁵ Portantiero, J. C., op. p. 117.

¹⁶ Rivadeo, AM., op. cit., p. 13.

La concepción gramsciana de la hegemonía implica, por tanto, la superación del corporativismo, y la construcción de un amplio bloque social anticapitalista capaz de fundar un nuevo Estado.

En este orden de ideas, la hegemonía proletaria supone un amplio proceso democrático, y la participación del conjunto de las clases populares como dirigentes de la acción revolucionaria.

Para Gramsci, la hegemonía es un concepto realista de democracia, porque implica un proceso a través del cual se desarrolla el hombre colectivo y se supera el tradicional conformismo autoritario: "Entre tantos significados de democracia, el más realista y concreto me parece que se puede extraer en conexión con el concepto de hegemonía. En el sistema hegemónico, existe democracia entre el grupo dirigente y los grupos dirigidos, en la medida en que (el desarrollo de la economía y, por tanto, la legislación que expresa tal desarrollo), favorece el paso (molecular) de los grupos dirigidos al grupo dirigente". (Q 8 Tomo 3 p. 313).

Ahora bien, en la medida en que el proletariado se transforma en clase nacional y emprende una lucha económica, política y cultural tendente a construir una nueva sociedad, se revela constructor de una voluntad colectiva nacional-popular. De este modo podemos afirmar que: "La hegemonía en el sentido más profundo, es concepto de unificación de todos los sujetos revolucionarios de una sociedad y desemboca en la formación de una voluntad colectiva y popular...".¹⁷

Tal acción hegemónica está en el centro de la estrategia revolucionaria propuesta por Gramsci, pues para emprender la guerra de posiciones: "es necesaria una concentración inaudita de hegemonía" (Q 6 Tomo 3 p. 106)

¹⁷ Buccl-Glucksman, Ch., *Gramsci y la política*, op. cit., p. 26.

2. La guerra de posiciones

Según Gramsci, la revolución es subversión de la forma en que está organizada la vida, y la construcción de nuevas relaciones sociales que superen la escisión entre gobernantes y gobernados.

Por tanto, llevar a cabo la revolución en los países donde las relaciones entre el Estado-gobierno y las masas son más complejas que aquéllas que había enfrentado y superado el movimiento bolchevique, sería una tarea más política que militar.

De ahí que durante las discusiones que mantiene con sus camaradas comunistas en la cárcel, advierte la necesidad de que el PCd'I retome la táctica leninista del "frente único", pues a su juicio: "Ilich comprendió que era preciso un cambio de la guerra de maniobras, aplicada victoriosamente en el 17, a la guerra de posiciones, que era la única posible (en occidente) donde... en un breve espacio los ejércitos podrían acumular inmensas cantidades de municiones..." (Q 7 Tomo 3 p. 157).

Gramsci advierte además, que el pasaje de la guerra de movimiento a la guerra de posiciones no es una elección arbitraria o personal, sino que : "Es impuesta por las relaciones generales de las fuerzas que se enfrentan" (Q 8 Tomo 3 p. 244).

La guerra de posiciones, que retoma la táctica del "frente único" leninista, es la estrategia revolucionaria que Gramsci propone contra aquélla defendida por la IIIa. Internacional en su VI Congreso (1928), y que postula la táctica "clase contra clase" como premisa de la revolución.

Al contrario de esta última, Gramsci postula como estrategia revolucionaria un proceso a través del cual se construya una nueva hegemonía capaz de cambiar

las relaciones sociales de fuerza en favor del proletariado: "La guerra de posiciones, en política, es el concepto de hegemonía..." (Q 8 Tomo 3 p. 244).

La guerra de posiciones es un término napoleónico que Gramsci utiliza con el fin de caracterizar la lucha revolucionaria en los países donde la función hegemónica del Estado es cumplida por una compleja red de instituciones insertas en la sociedad civil. Se trata de la única estrategia revolucionaria posible, dada la complejidad que el Estado ha adquirido en occidente, donde: "... entre Estado y sociedad civil había una justa relación y en el temblor del Estado se discernía de inmediato una robusta estructura de la sociedad civil" (Q 7 Tomo 3 p. 157).

A través de su concepción amplia del Estado, Gramsci había comprendido que la revolución no podía limitarse al asalto insurreccional del poder, porque éste "no está concentrado en una sola institución: el Estado-gobierno, sino que está diseminado en infinidad de trincheras...".¹⁸ El Estado es un bloque social contradictorio, en el que hay relaciones de fuerza en conflicto permanente. Bajo esta perspectiva, Gramsci dice metafóricamente que el Estado en occidente, es el centauro maquiavélico con una doble función en la vida estatal y en la acción política: "Fuerza y consenso, dominio y hegemonía, violencia y civilización; agitación y propaganda, táctica y estrategia". (Q 8 Tomo 3 p. 259).

Por ello, la estrategia revolucionaria encaminada a desestructurar esta forma de organizar la vida, no puede ser ni el asalto insurreccional, ni la espera pasiva del derrumbe capitalista, sino un trabajo continuo en el seno de la sociedad civil, tendente a modificar las relaciones de fuerza en favor de la clase trabajadora: "La guerra de posiciones consiste en conquistar las trincheras de la sociedad civil, en conquistar a los intelectuales de masas en los aparatos de hegemonía; en reunificar en un bloque nuevo a la clase obrera, a los campesinos, a los

¹⁸ Portantiero, J. C., *Los usos de Gramsci*, op. cit., p. 73.

intelectuales y, (por tanto)... modificar las relaciones entre masa-Estado y las relaciones de fuerza en la sociedad",¹⁹

El supuesto teórico que sustenta la posición política de la IIIa. Internacional es el economicismo: la creencia de que la crisis económica anuncia casi inmediata y directamente una crisis política.

Al respecto, Gramsci escribe que "en política, las crisis ni organizan fulminantemente la revolución, ni desmoralizan a los dominantes... (pues) cuando aparecía que todo estaba derrumbado, se desmoronaba sólo la superficie de la defensa y en el momento del avance los asaltantes se encontraban frente a una defensa todavía más eficaz..." (Q 7 Tomo 3 p. 151).

El ordenador teórico de la estrategia gramsciana es la conceptualización ampliada del Estado: sociedad política + sociedad civil. En esta concepción del Estado se destaca la función de los aparatos de hegemonía en la sociedad civil: "En los Estados más avanzados donde la sociedad civil se ha convertido en una estructura muy compleja y resistente a las irrupciones catastróficas del momento económico inmediato (crisis): las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de trincheras de la guerra moderna" (Q 7 Tomo 3 p. 151).

Es por ello indispensable "estudiar con profundidad cuáles son los elementos de la sociedad civil que corresponden a los sistemas de defensa de la guerra de posiciones" (Q 7 Tomo 3 p. 152)

A la conceptualización amplia del Estado (sociedad política + sociedad civil), corresponde la consideración gramsciana de la crisis como desajuste económico, político y cultural, pues en la medida que para Gramsci "la sociedad no es una yuxtaposición de economía, clases sociales y política, sino un bloque

¹⁹ Bucchi-Glucsksmann, Ch., op. cit., p. 24.

histórico implementado a través de un sistema hegemónico",²⁰ la crisis no es solo crisis económica o política sino "crisis orgánica", de desajuste y de desagregación del bloque histórico.

Al respecto, es importante advertir que la crisis orgánica ofrece condiciones propicias al movimiento revolucionario sólo si la clase trabajadora se constituye en hegemónica, y aprovechando una serie de crisis políticas logra transformar a su favor las relaciones de fuerza "El criterio central para la decisión de la crisis es la iniciativa de los sujetos políticos colectivos, la capacidad de hacer política, de envolver a grandes masas en la solución de sus problemas, de luchar cotidianamente por la conquista de espacios y posiciones, sin perder de vista el objetivo final de promover transformaciones de estructura que pongan fin a la formación económico-social capitalista".²¹

Para que esto ocurra es necesario que los grupos tradicionalmente considerados "masa de maniobra" se vuelvan dirigentes de sus propios destinos, y el proletariado llegue a ser verdaderamente el grupo hegemónico de las clases subalternas, en tanto grupo que dirige política y culturalmente a todas las clases anticapitalistas, creando así la organización capaz de construir una nueva sociedad: "... cuando el subalterno, se vuelve dirigente y responsable, los límites y el dominio de la "fuerza de las cosas" se restringen. El subalterno no es más una cosa sino una persona histórica. Se produce una revisión de todo el modo de pensar porque ha ocurrido un cambio en el modo de ser" (Q 9 Tomo 3 p. 321).

El proceso revolucionario exige, de este modo, la desagregación del bloque dominante, una crisis política del bloque hegemónico que se vive como pérdida de consenso y legitimidad, y la capacidad de las clases subalternas para aglutinar desde sí mismas las energías desbordadas del bloque opositor. La revolución es, entonces, la transformación de las relaciones de fuerza: "Esta

²⁰ Portantiero, J. C., op. p. 104.

²¹ Coutinho, CN., op. cit., p. 137.

transformación tiene como matriz la conformación de un bloque político de las clases subalternas, bajo la hegemonía del proletariado...".²²

Así, en el centro de la estrategia gramsciana destaca un intento persistente de "aprender a hacer política", entendida ésta como la capacidad de considerar la particularidad de las fuerzas enfrentadas, y el empleo de las tácticas más adecuadas para desplazar la relación de fuerzas en favor de la clase trabajadora.

Por esto, Gramsci postula la guerra de posiciones como eje de la estrategia revolucionaria. Ésta consiste en la construcción de una nueva hegemonía desde antes de la toma del poder, que se continúa hasta crear una nueva sociedad, es decir, un nuevo equilibrio entre las clases, un bloque hegemónico tendente a hacer desaparecer la escisión gobernantes-gobernados: "La guerra de posiciones supone un proceso de ruptura amplia a largo plazo que combina la conquista simultánea del consenso de las masas, la hegemonía, con nuevas formas de democracia de base, con una dialéctica de la dirección política, el problema del partido y del movimiento social como un proyecto de Estado alternativo, de Estado-proceso de transición...".²³

Al plantear esta estrategia revolucionaria, Gramsci insiste en considerar los momentos de las relaciones de fuerza sociales y políticas, es decir, las condiciones económicas, de conciencia y organización revolucionaria de las clases subalternas. Esto no significa que no contemple el enfrentamiento violento entre las clases toda vez que alude a un tercer momento: el de las fuerzas militares: "que es el inmediatamente decisivo en cada caso..." (Q 4 Tomo 2 p. 171).

²² Rivadeo, AM., op. cit., p. 132.

²³ Buccì-Glücksman, Ch., *Gramsci y la política*. op. cit., p. 24.

La guerra de posiciones, por tanto, no sustituye a la guerra de movimiento o enfrentamiento militar frontal, sino que éste se subordina a una estrategia política más amplia: "mientras se conquistan posiciones no decisivas y por lo tanto, no son movilizados todos los recursos de la hegemonía y del Estado, se tiene una guerra de movimiento, pero cuando quedan sólo posiciones decisivas se pasa a una guerra de posiciones compleja, difícil en la que se exigen cualidades excepcionales de paciencia y de espíritu inventivo" (Q 6 Tomo 3: p. 105)

Para decirlo con Bucci-Glucksmann, la guerra de posiciones implica momentos de ruptura y momentos de guerra de movimiento; por tanto, no es reducible a "una estrategia reformista de ocupación parlamentaria del poder que no cambia las estructuras materiales, institucionales en la base de clase del Estado capitalista" ²⁴

En suma, la guerra de posiciones es la estrategia revolucionaria propuesta por Gramsci considerando la complejidad del Estado en los países de Occidente. Es un proceso que se vive como construcción de una nueva hegemonía tendente a superar la escisión gobernantes-gobernados, y por lo tanto a expandir la democracia. Como estrategia de larga duración retoma la táctica de frente único leninista, y asume como consigna política la construcción de la república de los consejos obreros y campesinos.

Por ello, Gramsci considera que la guerra de posiciones "es el problema político más importante de la postguerra y justamente el más difícil de resolver" (Q 6 Tomo 3 p. 105).

²⁴ Bucci-Glucksmann, Ch., op. cit., p. 24.

3. La organización revolucionaria

Al plantearse la revolución como un evento posible, Gramsci insiste en estudiar las relaciones de fuerzas imperantes en una sociedad, con el fin de armar la estrategia encaminada a construir un nuevo modo de vida. Según Gramsci, caracterizar las relaciones de fuerza sociales, políticas y militares de una sociedad es tanto como hacer una "exposición elemental de ciencia política" (Q 7 Tomo 3 p. 37).

En tal caracterización, reconoce que la relación de fuerzas sociales está estrechamente vinculada al factor económico, pues depende del desarrollo de las fuerzas materiales de producción, y por tanto "da la posibilidad de estudiar si en la sociedad existen las condiciones suficientes y necesarias para su transformación..." (Q 4 Tomo 2 p. 169).

Las fuerzas políticas, por su parte, están estrechamente vinculadas al problema de la organización de los diversos grupos sociales, de ahí que a las relaciones de fuerza política Gramsci las denomine también "de hegemonía o de partido" (Q 7 Tomo 3 p. 37).

La concepción gramsciana acerca de la organización revolucionaria es una reiterada propuesta de que las masas populares se transformen en dirigentes y experimenten nuevas formas de establecer relaciones sociales, creando así una nueva cultura. Para que esto ocurra es necesario que superen su conciencia económico-corporativa o de grupo profesional, hasta llegar a plantearse la construcción de una nueva hegemonía: "El tercer grado²⁵ de la conciencia política colectiva es aquel en que se llega a la conciencia de que los intereses propios, 'corporativos' en su desarrollo actual y futuro, superan los límites 'corporativos', esto es, de agrupamiento económico, y pueden y deben pasar a ser los intereses de otros agrupamientos subordinados..." (Q 4 Tomo 2 p. 170).

²⁵ El primer grado de conciencia colectiva es de nivel económico-corporativo, el segundo es aquél en que se alcanza "la solidaridad de intereses entre todos los miembros del grupo social, pero todavía en el terreno puramente económico (Q 4 Tomo 2 p. 169).

Es así que la concepción gramsciana de la organización se centra en la acción hegemónica, o proceso mediante el cual: "una clase se produce a sí misma como sujeto político (y llega a) crear una voluntad colectiva, de modo tal que a partir de su función en la economía se eleva a clase nacional, universal, capaz de dirigir al pueblo-nación, trascendiendo su propio corporativismo".²⁶

Lejos de crear una élite de dirigentes, la concepción gramsciana de la organización pugna por conformar hombres capaces de reconocer los fines que quieren alcanzar y los medios para lograrlos. Por ello Gramsci opina que en Italia el proceso revolucionario exigiría tener una Reforma y un Renacimiento al mismo tiempo; en otras palabras, se requeriría que todos -no sólo una élite- rompieran con las ligas de la trascendencia y fincaran la base de la producción de lo real en la voluntad humana.

Hacia 1931, Gramsci aprovecha las horas de paseo dentro de la cárcel para discutir con sus camaradas el asunto de la "Constituyente", o proceso mediante el cual el proletariado debía conquistar a sus aliados y alcanzar el poder. La "Constituyente" es así marco de la reflexión gramsciana en torno a la organización, y por tanto su punto de ruptura más radical con la tradición teórico-política de la IIIa. Internacional.

Mientras que para la IIIa. Internacional la organización revolucionaria surgiría espontáneamente gracias a la crisis económica, para Gramsci constituye un proceso dentro de la lucha de clases, que depende de la dinámica social que las relaciones de fuerza imprimen a los grupos en un momento histórico determinado. Por tanto, la producción de la organización revolucionaria se vincula a la dinámica de las organizaciones existentes en una sociedad, pues contra el mito de que un hombre pueda ser apolítico o estar al margen de las organizaciones sociales, Gramsci advierte que: "nadie está desorganizado y sin partido. Si se entiende 'organización' y 'partido' en sentido amplio... las

²⁶ Rivadeo, AM., op. cit., p. 136.

personas aisladas pertenecen a más de una sociedad en particular..." (Q 6 Tomo 3 p. 104).

De este modo, todo miembro de la sociedad, en cuanto asiste a la iglesia, a la escuela, o a algún club, participa ya en una organización política, y puede por tanto empezar a construir una nueva forma de establecer las relaciones sociales y contribuir así a conformar una nueva cultura.

A lo largo de esta exposición hemos tratado de evidenciar que la permanente intención gramsciana es contribuir a hacer posible la revolución. De hecho, Gramsci da cuenta de la complejidad del Estado no para plantear la imposibilidad de la revolución, sino al contrario, para señalar los espacios de la sociedad civil a través de los cuales puede apuntarse la construcción de una nueva sociedad; de ahí que en el pensamiento gramsciano el Estado exista "como una relación de fuerzas sociales que debe ser modificada".²⁷

Según Gramsci, pese a que sus instituciones constituyen las fortalezas de las clases en el poder, el Estado no es invulnerable, pues abarca también las iniciativas discontinuas y fragmentadas de las clases subalternas: "La unificación de las clases dirigentes está en el Estado... Para las clases subalternas la unificación no se produjo: su historia está entrelazada con la de la "sociedad civil"; es una fracción disgregada de ésta..." (Q 3 Tomo 2 p. 89).

En el entendido de que la revolución es un hecho de masas tendente a construir una nueva cultura, el centro propulsor de la organización revolucionaria lo constituyen las mismas organizaciones que las clases subalternas han construido a lo largo de su historia: "el partido vive un vínculo orgánico con las masas en la medida que va penetrando en todas las organizaciones en las que se agrupa la masa trabajadora y realizando en ella y a través de ella una sistemática concentración de energías sobre la base del programa de la lucha

27 Rívadeo, AM., op. cit., p. 127.

de clases y de una acción tendiente a que la mayoría se adhiera a las directivas comunistas" 28

En este mismo orden de ideas, es importante advertir que las iniciativas de lucha de las clases subalternas no están documentadas, y por ello parecen ser movimientos espontáneos. Gramsci sostiene al respecto que: "no existe en la historia la espontaneidad 'pura'. ésta coincidiría con la "pura" mecanicidad. En el movimiento "más espontáneo" los elementos de "dirección consciente" son simplemente incontrolables, no han dejado ningún documento verificable. Puede decirse que el elemento de la espontaneidad es, por ello, característico de la "historia de las clases subalternas"... que no han alcanzado la conciencia de clase "por sí misma", y que por ello no sospechan siquiera que su historia pueda tener alguna importancia y que tenga algún valor dejar rastros documentales de ella". (Q 3 Tomo 2 p. 51).

Gramsci combate el espontaneísmo, pero su posición no lo lleva a creer que la organización revolucionaria deba ser un proceso absolutamente consciente. Argumenta que en la historia no hay procesos "puros", esto es, movimientos puramente espontáneos, o sólo acciones conscientes, racionales, toda vez que, "en cada instante de la historia *in fieri* hay una lucha entre lo racional y lo irracional, entendiendo por irracional aquello que no triunfará en último análisis... pero que en realidad es racional también porque está necesariamente ligado a lo racional, y es un momento imprescindible de aquél..." (Q 6 Tomo 3 p. 17).

Gramsci intenta así superar la supuesta distancia entre espontaneidad y conciencia. Por ello escribe: "Esta unidad de la espontaneidad y de la dirección consciente, o sea de la disciplina, es precisamente la acción política real de las clases subalternas en tanto política de masa y no simple aventura de grupos que pretenden representar a la masa..." (Q 2 Tomo 2 p. 52).

28 Gramsci, A., "Tesis de Lyon" op., p. 253.

De este modo, ni es partidario del espontaneísmo, ni cree que la fuerza social sea siempre una acción consciente, ya que : "Entre espontaneidad y conciencia hay diferencias pero también continuidad... (pues) los programas, las organizaciones revolucionarias, la concepción crítica surgen de la superación y condensación de la propia historia de las clases subalternas".²⁹

En la medida en que Gramsci aclara que el Partido no vive al margen de las otras organizaciones de las clases, rechaza la dicotomización entre lucha reivindicativa (espontánea) y lucha política (consciente). Por tanto, en su pensamiento la organización revolucionaria refiere al conjunto de las acciones sociales, de las que el partido no es más que una de sus expresiones: "Gramsci reivindica una forma de organización tendente a agrupar una voluntad política nacional que puede ser el partido y que considera además a los sujetos colectivos en los que se conjuntan las demandas de los barrios, de los sectores populares, de los estudiantes, de las mujeres, etc."³⁰

Así, Gramsci mantiene su posición revolucionaria en la medida que acredita la participación y las iniciativas de lucha que emprenden las clases subalternas. Además, hemos dejado apuntado con anterioridad que en su pensamiento la revolución no es producida exclusivamente por una crisis económica, sino por la conjunción de las fuerzas sociales, políticas y culturales del proletariado en tanto clase hegemónica. La revolución, entonces, sólo es posible con la participación y la permanente organización de las fuerzas populares: "El elemento decisivo de toda situación es la fuerza permanentemente organizada... (por esto) hay que formar, desarrollar, homogeneizar cada vez más y hacer cada vez más compacta y consciente de sí a esa fuerza...". (Q 4 Tomo 2 p. 172).

29 Rivadeo, AM., op. cit., p. 134.

30 Pereyra, C., "Pensar la política" en *La Jornada semanal*, México, domingo 2 de agosto de 1987.

Gramsci plantea la cuestión organizativa como una construcción cultural dentro de la sociedad civil, que se propone fundar una nueva sociedad. El partido, entonces, se vuelve un laboratorio de experimentación de nuevas ideas, el lugar donde se vive la capacidad autogestionaria de las masas, el espacio en el cual se forja una reforma intelectual y moral y una voluntad colectiva nacional-popular. Pues en la medida en que mantiene un vínculo orgánico con el resto de las instituciones que conforman la sociedad civil contribuye a crear la fuerza necesaria para lograr la revolución: "La especificidad del partido y lo que le confiere peso decisivo en la transformación de la sociedad, es su capacidad de operar como unificador de esa rica y compleja trama social, como lugar de cristalización de la contrahegemonía".³¹

3.1 El partido político

Desde la creación del PCd'I, Gramsci advertía sobre la necesidad de concebir al Partido político como una "parte de la clase obrera", y no como una vanguardia externa a ella: "No se ha concebido al partido como resultado de un proceso dialéctico en el cual convergen el movimiento espontáneo de las masas revolucionarias y la voluntad organizativa y directiva del centro, sino como un algo en el aire que se desarrolla por sí mismo y en sí mismo y al cual llegarán las masas cuando... la cresta de la oleada revolucionaria alcance su altura..."³²

Como dirigente del PCd'I escribe: "Afirmamos que la capacidad de dirigir a la clase no está en relación con el hecho de que el partido se 'proclame' órgano revolucionario de la misma sino con que 'efectivamente' logre, como una parte de la clase obrera, ligarse con todos los sectores de la clase e imprimir a la masa un movimiento en la dirección deseada y favorecida por las condiciones objetivas".³³

31 Pereyra, C., *El sujeto de la historia*, México, Alianza Universidad, 1988, p. 204.

32 Gramsci, A., "Carta a Togliatti, Terracini y otros" en *Antología* op. cit., p. 144.

33 Gramsci, A., "Tesis de Lyon" en *Escritos* op., p. 252.

De este modo, las formas de relación entre el Partido y las masas: "se regulan a partir de la hipótesis de que el Partido revolucionario no es un órgano sino parte de la clase obrera".³⁴

En los *Cuadernos de la Cárcel*, Gramsci utiliza la imagen de *El Príncipe* de Maquiavelo para referirse al partido político, lo que no significa que exalte la figura de un líder, ya que repetidamente aclara que : "El moderno Príncipe, el mito-Príncipe no puede ser una persona real, un individuo concreto; puede ser sólo un organismo, un elemento social en el cual ya tenga inicio el concretarse de una voluntad colectiva reconocida y afirmada parcialmente en la acción. Este organismo ha sido ya dado por el desarrollo histórico y es el partido político" (Q 8 Tomo 3 p. 226).

La referencia a Maquiavelo pone de manifiesto, también, el esfuerzo gramsciano por considerar al pueblo como centro propulsor de las iniciativas revolucionarias, contra la tradición elitista y libresca de los intelectuales italianos que se hallaban separados del pueblo-nación.

Al comenzar la década de los treinta, a Gramsci le resulta por demás evidente que el PCd'I posee una deficiente concepción del quehacer partidario, en tanto lanza la convocatoria para emprender la revolución sin considerar la especificidad de la crisis económica de 1929, ni las condiciones que prevalecen entre las masas italianas.

Según Gramsci, el partido debía centrarse en dos acciones fundamentales:

a) La reforma intelectual y moral como construcción de los sujetos de la acción revolucionaria; y b) La formación de una voluntad colectiva nacional-popular, que para el caso italiano exigía la vinculación de los trabajadores del norte con

³⁴ Portantiero, J. C., *Los usos de Gramsci*, op. cit., p. 87.

los campesinos del sur: "El moderno príncipe debe tener una parte dedicada al jacobinismo entendido como vinculación ciudad-campo" (Q 7 Tomo 3 p. 235).

En opinión de Gramsci, el PCd'I habiendo retomado la política "clase contra clase" de la IIIa. Internacional se había convertido en un partido maximalista que "... piensa la revolución proletaria como una cosa... que se presenta toda acabada... (y) habla de revolución sin tener una noción precisa de lo que es necesario para llevarla a cabo y de los medios para alcanzar ese fin".³⁵

Desde la cárcel, critica severamente la posición del que fuera su partido, y queda prácticamente aislado; el resto de los presos comunistas apoya la política del PCd'I.

Su aislamiento se agudiza aún más cuando en 1932 le prohíben recibir visitas. En medio de su soledad, encamina todas sus energías a completar su concepción del partido como intelectual colectivo; es decir, como organización que constituye una fuerza verdadera si y sólo si es capaz de mantener el nexo orgánico entre la dirección y las masas.

La teorización gramsciana del partido político se inscribe en el marco de las relaciones de fuerza políticas, como momento que supera la conciencia corporativa de las clases anticapitalistas. Es el momento en que se alcanza una nueva universalidad, porque se reivindican los intereses de todos los grupos que constituyen el bloque social alternativo: "En el partido político, los elementos de un grupo social económico superan este momento de su desarrollo histórico y se convierten en agentes de actividades generales de carácter nacional e internacional" (Q 12 Tomo 4 p. 360). El partido político cumple así una función hegemónica, organizativa y directiva o de "educación política", razón por la cual Gramsci lo reconoce también como "escuela de la vida estatal" (Q 7 Tomo 3 p. 200).

³⁵ L'isa. A., op. cit., p. 379.

Según Gramsci, el partido político es la construcción de una voluntad colectiva que ha superado la fase económica corporativa, y que logra postularse en términos de universalidad; por tanto, es un proceso largo que requiere ir adoptando diversas modalidades según se desarrollen las relaciones de fuerza globales.

Así que para lograr que el partido sea una organización flexible, capaz de transformarse de acuerdo a las diversas fases históricas, conviene combatir a "la burocracia (que) es la fuerza consuetudinaria más peligrosa (y que) si se organiza como cuerpo en sí misma, solidaria e independiente, el partido acaba por anacronizarse" (Q 7 Tomo 3 p. 193).

Gramsci considera que la función fundamental del partido político consiste en "elaborar sus propios componentes, elementos de un grupo social nacido y desarrollado como "económico", hasta hacerlos convertirse en intelectuales políticos calificados, dirigentes, organizadores de todas las actividades y las funciones inherentes al desarrollo orgánico de una sociedad integral civil y política" (Q 12 Tomo 4 p. 359).

El partido, por tanto, es la posibilidad de estructurar orgánicamente las demandas de las clases anticapitalistas, y de generar los organizadores de la lucha revolucionaria, pues: "Para algunos grupos sociales, el partido político es el modo de elaborar su propia categoría de intelectuales orgánicos..." (Q 12 Tomo 4 p. 359).

El partido, además, cumple en la sociedad civil la misma función que al Estado le corresponde cumplir en la sociedad política, a saber: "la fusión de los intelectuales orgánicos de un grupo dado... con los intelectuales tradicionales" (Q 12 Tomo 4 p. 529). Pues conviene no olvidar que toda clase que aspire al poder enfrenta un doble problema: al mismo tiempo que construye sus propios intelectuales debe conquistar para su causa a los intelectuales tradicionales.

Con el fin de combatir el evolucionismo de la IIIa. Internacional, Gramsci ha asumido como principios de acción política, los enunciados de Marx citados con anterioridad.³⁶ Tales principios le sirven también para caracterizar al partido político, y por ello recomienda analizar críticamente el significado de "la proposición de que 'la sociedad no se plantea problemas para cuya solución no se hayan ya realizado las condiciones necesarias y suficientes'... (pues) implica investigar exactamente cómo se forman las voluntades colectivas permanentes, y cómo es que tales voluntades se proponen fines inmediatos y mediatos concretos, o sea una línea de acción colectiva" (Q 8 Tomo 3 p. 314).

En otras palabras, Gramsci define al Partido político como la construcción de una voluntad colectiva en la que todos los sujetos participan como dirigentes de sus propios destinos: "Por eso puede decirse que los partidos tienen la misión de crear dirigentes para que la masa... se articule y convierta, de caos tumultoso, en ejército político orgánicamente predispuesto" (Q 9 Tomo 4 p. 44).

Puesto que en el pensamiento gramsciano la revolución implica la transformación de las condiciones materiales y de la conciencia de los hombres, la construcción de una voluntad colectiva nacional-popular es un proceso consciente del conjunto de la sociedad, y no sólo de un grupo. De ahí que para lograrla las masas deban abandonar su tradicional posición como "masa de maniobra", y transformarse en protagonistas de la historia; por tanto: "Todos los miembros de un partido político deben ser considerados como intelectuales" (Q 12 Tomo 4 p. 360). O sea como organizadores de la voluntad colectiva y dirigentes de las acciones tendentes a construir nuevas relaciones sociales.

³⁶ Cfr. la nota 1 de este capítulo.

3.2 Los organizadores y el programa de acción: El tema de los intelectuales y la función de la teoría.

Desde su militancia juvenil Gramsci trabajó por la creación de una cultura viva, ocupada de los intereses y necesidades de las masas populares. De ahí que su reflexión teórica siempre estuviera encaminada a resolver las cuestiones propias de las grandes mayorías, y a nutrirse de ellas.

El problema de los intelectuales aparece así como un tema constante en su reflexión teórica y en sus acciones políticas. Sin embargo, no es sino hasta 1926 que intenta organizar sus ideas respecto a tal problema.

En su ensayo escrito en 1926, titulado *La cuestión meridional*, Gramsci describe la historia de los intelectuales italianos como expresión del núcleo de ideas que dominan en un período determinado, estudio que le permite comprender las dificultades italianas para la producción de "intelectuales orgánicos" de las clases populares.

En ese estudio afirma que el trabajo del intelectual italiano se ha caracterizado por ser eminentemente libresco, en cuanto nunca ha tenido por objeto contribuir a la consociación de Italia como nación. La historia de los intelectuales en Italia evidencia en general que el origen de los intelectuales depende de procesos históricos concretos, y en particular permite comprender que la herencia de una concepción libresca de la cultura en Italia dificulta el surgimiento de los "intelectuales orgánicos" que suscitan las pasiones y las acciones de las clases populares.

Gramsci continúa su reflexión en torno a este problema en prisión, en cuanto le es permitido escribir. En su primer Cuaderno (1929-1930), aclara que "Por intelectuales hay que entender... en general toda la masa social que ejerce funciones organizativas en sentido lato tanto en el campo de la producción,

como el de la cultura, así como en el campo administrativo-político..." (Q 1 Tomo 1 p. 103). Asume como criterio de investigación histórico-político, la idea de que "No existe una clase independiente de intelectuales, sino que cada clase tiene sus (propios) intelectuales..." (Q 1 Tomo 1 p. 107).

Según Gramsci, un intelectual es aquel sujeto que organiza y dirige un movimiento social. Esto significa que: "no hay organización sin intelectuales, o sea sin organizadores y dirigentes..." (Q 8 Tomo 3 p. 300).

Así, la concepción gramsciana de los intelectuales supera la idea decimonónica del intelectual como sujeto desclasado y estudioso de libros, e inaugura un nuevo modo de ser del intelectual, que consiste en: "... mezclarse activamente en la vida práctica como constructor, organizador y persuasor permanente". (Q 12 Tomo 4 p. 385).

El intelectual se involucra con las masas y vive sus pasiones, hasta lograr una conexión "orgánica" que le lleva a comprenderlas, explicarlas y justificarlas en una determinada situación histórica. Por el contrario, si los intelectuales no comprenden ni sienten "sus relaciones con el pueblo-masa se convierten en una casta o en un sacerdocio" (Q 4 Tomo 2 p. 164).

Por esto, el "intelectual orgánico" que lucha por la hegemonía proletaria es un organizador que apunta a convertir a las masas en dirigentes de sus propios destinos. Es un organizador que actúa "como jefe político de gran ambición que tiende a alcanzar fines políticos, y a suscitar un estrato intermedio entre él y las masas (pues además) piensa según los intereses de las masas y busca crear elementos que lo puedan sustituir". (Q 6 Tomo 3 p. 83).

El "intelectual orgánico" de las clases populares es capaz de luchar por la conquista del Estado y por la transformación de las formas de pensar y de vivir, hasta llegar a crear una nueva relación de fuerzas sociales. Establece, por

tanto, una conexión directa con las masas. No es un representante externo a ellas, sino que además de pensar con cierto rigor, es sensible y capaz de involucrarse en el trabajo directo con las masas, hasta conformar un proceso cuyos elementos constitutivos son: "El paso del saber al comprender, al sentir y viceversa del sentir, al comprender, al saber...". (pues) El error del intelectual consiste en creer que se pueda saber sin comprender y especialmente sin sentir y estar apasionado, es decir, que el intelectual pueda ser tal siendo distinto y estando alejado del pueblo..." (Q 4 Tomo 2 p. 164).

Así, Gramsci asume como característica fundamental de los organizadores de la hegemonía revolucionaria su vínculo con las masas populares, y subraya la función organizativa de la teoría en tanto proyecto de acción que orienta las acciones del grupo social alternativo: "...el proyecto debe ser entendido por cada elemento activo, de modo que vea cuál debe ser su obligación en su realización y actuación; que sugiriendo un acto hace prever sus consecuencias positivas y negativas, de adhesión y de reacción, y contiene en sí las respuestas a estas adhesiones o reacciones, esto es, ofrece un terreno de organización. Este es un aspecto de la unidad de la teoría y la práctica". (Q 8 Tomo 3 p. 308).

Esta organicidad de los intelectuales con las masas populares, y la teoría como elemento de la organización revolucionaria, son producto, sin duda, del vínculo necesario y vital entre la teoría y la práctica que postula el marxismo, pues en virtud de este vínculo orgánico que los intelectuales establecen con las masas, las ideas, las formas del pensamiento y en general, la teoría, se producen aunadas a la práctica.

Así, si bien es cierto que ya desde 1845, en las *Tesis sobre Feuerbach*, Marx había planteado la necesaria vinculación entre la teoría y la práctica, entre filosofía y política, es Gramsci quien retoma y profundiza esta relación en las primeras décadas del siglo XX.

En sus notas carcelarias, enfatiza la vitalidad y la importancia del hacer teórico como condición del proceso revolucionario, que incluye además del paso a una nueva economía, una transformación radical de la conciencia de los hombres.

La constante reflexión gramsciana en torno a la construcción de una nueva sociedad como proceso amplio y prolongado, que incluye tanto modificaciones materiales como espirituales, obliga a construir un nuevo tipo de intelectual, y a destacar la función de la teoría en la construcción del programa de acción y de la organización que orientan las acciones de las masas.

La teoría tiene una función programática y organizativa. No se presenta sólo como documento de lo que ha ocurrido, sino fundamentalmente como todo aquello que puede producir la acción del hombre. De este modo, la teoría es capacidad de armar un programa de acción que organice y oriente las acciones de las masas y llegue incluso a anticipar el futuro posible.

Según Gramsci, la teoría es un elemento vital de la fortaleza política. Ella nos ayuda a ser creativos, y a reconocer el campo de batalla: "una verdad teórica se convierte en estímulo para conocer mejor la realidad efectiva en un ambiente distinto a aquél en el que fuera descubierta... habiendo estimulado y ayudado a esta mejor comprensión de la realidad efectiva, se incorpora a esta realidad misma como si fuere expresión originaria..." (Q 9 Tomo 4 p. 45).

Esta vitalidad de la teoría está garantizada por el hecho de no constituir una elucubración individual, sino ser el producto de una permanente vinculación con la práctica, ya que: "las ideas no nacen de otras ideas... (sino que) son la expresión siempre renovada del desarrollo histórico real..." (Q 9 Tomo 4 p. 45).

Esta nueva manera de plantear el vínculo de la teoría con la práctica material permite a Gramsci apuntar hacia una refundación teórica del marxismo.

CAPITULO III

LA REFUNDACIÓN TEÓRICA DEL MARXISMO

La cuestión cultural en Gramsci

"Buscar, estudiar y criticar las diversas formas en que se ha presentado en la historia de las ideas el concepto de unidad de la teoría y la práctica"

Antonio Gramsci

Cuaderno 8

CAPITULO III
LA REFUNDACIÓN TEÓRICA DEL MARXISMO:
La cuestión cultural en Gramsci

El hilo conductor de la concepción política gramsciana es su definición amplia del Estado: sociedad política + sociedad civil. Con esta definición Gramsci supera la versión de que el Estado es exclusivamente represivo, y destaca que las formas empleadas por el Estado para reproducir las relaciones sociales descansan también en la dirección hegemónica y la obtención del consenso.

Esta concepción amplia del Estado implica dos categorías centrales: el bloque histórico y la lucha por la hegemonía. La primera es una fórmula nueva para comprender la articulación interna de una situación histórica dada; la segunda, implica la lucha por la dirección política y cultural del conjunto de la sociedad, el apoderamiento del aparato estatal y su desmantelamiento, hasta llegar a construir una nueva cultura, es decir, la construcción de nuevas relaciones sociales que superen el binomio gobernantes-gobernados.

Mediante las categorías de bloque histórico y de lucha por la hegemonía, Gramsci replantea en el marxismo la cuestión de la relación entre teoría y práctica material. La teoría se produce aquí en el seno de la lucha por la hegemonía. La producción teórica, entonces, guarda profundos nexos con la historia, y se vuelve acción política en tanto logra concretar un programa de acción y una organización que lucha hasta crear nuevas relaciones sociales, un nuevo modo de pensar y de sentir la vida; esto es, una nueva cultura.

La gran aportación teórica de Gramsci al marxismo consiste en plantear que la revolución es posible siempre y cuando se viva como un proceso que además de cambiar la organización económica tiende a modificar la conciencia de los hombres y con ello el pensamiento y las formas de pensar.

En ese contexto, la producción teórica implica un constante hacer político, pues se produce vinculada a una acción en el interior de la lucha de clases.

Este último capítulo tiene como propósito demostrar la unidad orgánica que liga en el pensamiento gramsciano la producción teórica a la política, y la expansión y resignificación de ambos, y particularmente de ésta, en cuanto la cultura y la filosofía resultan un tejido central de la hegemonía.

La primera parte está destinada a exponer la concepción gramsciana de la revolución como creación de una nueva cultura. Luego, exponemos el concepto de bloque histórico, que en cuanto alude a la vinculación orgánica de la estructura y la superestructura, los intelectuales y las masas y por esta vía a la vinculación de la teoría y la práctica, apunta a una refundación teórica del marxismo.

La relación de los intelectuales y las masas populares, que Gramsci reivindica, origina una forma particular de producir la filosofía. Por ello, asumimos en la tercera parte que el marxismo gramsciano es una invitación a que la filosofía sistemática se ocupe de los pensamientos y las acciones de las masas populares.

La filosofía, entonces, se vuelve espacio de reflexión que orienta la acción consciente de los hombres, estableciendo un nexo privilegiado con la ideología, concebida ésta en sentido orgánico.

Finalmente, y como parte de la refundación teórica que Gramsci hace del marxismo, señalamos las consideraciones de este filósofo en torno al marxismo como filosofía de la praxis.

1. La revolución: construcción de una nueva cultura

Al comenzar los años treinta, al igual que todos los partidos de la IIIa. Internacional, el PCd'I propone la estrategia del ataque frontal "clase contra clase", confiado en que la crisis económica de 1929 había logrado debilitar las relaciones de fuerza impuestas por el fascismo.

Desde la cárcel, Gramsci critica la posición del que fuera su partido, acusándole de una gran debilidad ideológica por no considerar la vida colectiva y los modos de pensar de los trabajadores. Por esto, hacia 1932, Gramsci retoma sus reflexiones acerca de la cultura como parte de su crítica al PCd'I, que empeñado en promover el ataque contra una supuesta burguesía italiana agonizante, olvidaba considerar las creencias y los sentimientos de las masas populares para comprobar si efectivamente la crisis de 1929 había abierto el camino hacia la revolución.

La crítica gramsciana al PCd'I apunta a demostrar que la revolución no es un derivado de la crisis económica, y menos aún un movimiento protagonizado por un grupúsculo de comunistas, sino un arduo trabajo de organización de las masas populares empeñadas en modificar la relación de fuerzas a su favor.

Hemos visto que desde su juventud Gramsci defiende una concepción de la cultura vinculada a la organización revolucionaria, y con ello a los necesarios momentos de toma de conciencia a partir de los cuales los hombres modifican sus acciones y sus actitudes, ya que: "Esa toma de conciencia, social e histórica es, al mismo tiempo, construcción de sí mismo y de los otros." ¹

¹ Garin, E., "Política y cultura en Gramsci" en Fernández Buey, F., *Actualidad de pensamiento político de Gramsci*, México, Grijalbo, 1977.

La postura gramsciana evita así los fatalismos, y reivindica la ruptura revolucionaria deliberada gracias a la influencia decisiva de la conciencia, pues: "una toma de conciencia activa hace cambiar no sólo las concepciones del mundo y las formas del pensamiento, sino también las formas de actuar".²

La gran virtud del pensamiento gramsciano es señalar el espesor ideológico y cultural del proceso revolucionario, en oposición al economicismo, que postula el advenimiento de una nueva sociedad como producto inmediato de la crisis económica.

Gramsci hace de la cuestión cultural un elemento fundamental de la transformación social, lo que se constituye en "el desarrollo más importante del marxismo contemporáneo ya que el momento de la hegemonía o de la dirección cultural es sistemáticamente revalorizado en oposición a las concepciones mecánico fatalistas del economicismo".³

Esta contribución al marxismo es, sin duda, producto de la comprensión de una sociedad más compleja, en la que "La estandarización del modo de pensar y de actuar es más extendida y más profunda que en el pasado" (Q 7 Tomo 3 p. 152).

Gramsci -a diferencia de Marx y Engels- vivió la época de los grandes partidos, conoció la radio, el cinematógrafo y supo de los propósitos "gorilesco" del taylorismo. Tal sofisticación del modo de vida exigía tener una visión más amplia del proceso revolucionario.

² Garín, E., *op. cit.*, p. 143.

³ Portelli, H., *Gramsci y el bloque histórico*, *op. cit.*, p. 85.

De ahí que el proceso revolucionario sea caracterizado como una "guerra de posiciones", o proceso social mediante el cual el poder se conquista a través de una sucesión de crisis políticas que hacen que el sistema de dominación se vaya disgregando, perdiendo apoyo y legitimidad. Mientras esto sucede, las masas populares van acumulando fuerza y ganando aliados, hasta lograr cambiar las relaciones de fuerza a su favor.

Bajo la perspectiva gramsciana, la revolución es un proceso que se inicia desde antes de la toma del poder estatal, y continúa hasta llegar a cancelar la distinción entre gobernantes y gobernados. Para producirlo se requiere que las clases subalternas constituyan un sistema hegemónico que sienta las bases de un nuevo Estado, y con ello de una nueva sociedad: "... desde el momento en que un grupo subalterno se vuelve realmente autónomo y hegemónico suscitando un nuevo tipo de Estado, nace concretamente la exigencia de construir un nuevo orden intelectual y moral, o sea un nuevo tipo de sociedad." (Q 12 Tomo 4 p. 349).

En esta línea de ideas, las masas populares encaminadas hacia la transformación social hacen de la cultura un proceso de autoeducación que las lleva a asumirse como protagonistas de la historia.

La revolución exige aquí la participación consciente de las masas populares, y se vive como construcción de una nueva cultura tendente a superar las relaciones de dominación entre gobernantes y gobernados: "La revolución es realización de una voluntad colectiva expresada en instituciones propias, a cargo del ejercicio del poder, porque el objetivo del socialismo consiste en liquidar la separación entre gobernantes y gobernados, a través de la progresiva reabsorción de la sociedad política en la sociedad civil".⁴

4 Rívadeo, A. M., "La actualidad de pensamiento de A. Gramsci" en *Cuadernos de investigación* No. 11, Universidad Nacional Autónoma de México, ENEP-Acatlán, 1989.

Puesto que la construcción de una nueva cultura es necesariamente un proceso en el que las masas populares asumen un papel protagónico, es de vital importancia valorar su capacidad organizativa y la superación que logran de la tradicional organización jerárquica. Así, debe reconocerse que "El poder revolucionario se apoya en la capacidad autogestionaria de las masas, en la unidad entre poder social y político, producida a través de una lucha prolongada en que se despliega la hegemonía obrera como construcción del bloque popular, superando la oposición entre lucha cotidiana y lucha revolucionaria".⁵

Cabe resaltar una vez más que Gramsci advierte que la revolución es construcción de una nueva cultura porque además de una reorganización económica, se crean nuevas formas de pensar y de actuar en la cotidianidad. Se trata sin duda, de un proceso largo y contradictorio, pues "los cambios en los modos de pensar, en las creencias y en las opiniones, no suceden por explosiones rápidas y generalizadas, suceden comúnmente por 'combinaciones sucesivas' según fórmulas sumamente variadas...". (Q 1 Tomo 1 p. 100).

En el pensamiento gramsciano, en cuanto la revolución es construcción de una nueva hegemonía, implica una nueva dirección política y cultural que incluye modificaciones en las formas de pensamiento, así como en los métodos utilizados para conocer: "La realización de un aparato hegemónico, en cuanto que crea un nuevo terreno ideológico, determina una reforma de las conciencias y de los métodos de conocimiento, es un hecho de conocimiento, un hecho filosófico...". (Q 10 Tomo 4 p. 146).

Así, la revolución es un hecho filosófico. Implica nuevas formas de producir y explicar la vida, y de proceder en ella. Y por tratarse de la construcción de un nuevo modo de pensar y de actuar en la vida, es también creación de una nueva cultura: "Se debe hablar de luchar por una nueva cultura o sea por una nueva vida moral que no puede dejar de estar (íntimamente) ligada a una nueva

5 Ib.

concepción de la vida, hasta que ésta se vuelva un nuevo modo de sentir y de intuir la realidad" (Q 9 Tomo 4 p. 97).

En suma, la revolución es la construcción de una nueva cultura. Un proceso que incluye la modificación de la organización económica, así como nuevas formas de pensar y de proceder en la cotidianidad.

Por tratarse de un proceso integral exige la construcción de una nueva hegemonía, de una nueva dirección política y cultural que modifique las relaciones de fuerza en favor del bloque social alternativo.

Así concebida, la revolución implica necesariamente la construcción de un nuevo bloque histórico, es decir la construcción de nuevas relaciones económicas, políticas y sociales.

2. La concepción gramsciana de "bloque histórico"

El "bloque histórico" es una categoría que Gramsci utiliza en los *Cuadernos de la cárcel* para caracterizar la estructura de una situación histórica dada: "el bloque histórico es un concepto en el cual contenido económico y forma ético-político se identifican concretamente en la reconstrucción de los diversos períodos históricos..." (Q 10 Tomo 4 p. 137).

Gramsci utiliza este concepto para explicar que en toda situación histórica, la estructura económica y las superestructuras se articulan orgánicamente: "La relación estructura-superestructura se vuelve así unidad del proceso de lo real que el concepto de 'bloque histórico' construido por Sorel ⁶ captó plenamente." (Q 12 Tomo 4 p. 186).

Así, tenemos que "Si en tanto concepto, el bloque histórico implica la unidad entre estructura y superestructura, cuando alude a la realidad histórica que recorta en el tiempo, un bloque histórico es el resultado de un juego de relaciones de fuerzas sociales, articulado sistemáticamente a través de la hegemonía que un grupo social ejerce sobre el conjunto". ⁷

Según Gramsci, el bloque histórico es combinación permanente y contradictoria de la estructura y las superestructuras. Esto es, articulación de la producción económica y las ideologías: "La estructura y las superestructuras forman un bloque histórico, o sea que el conjunto complejo y discordante (contradictorio) de las superestructuras son el reflejo del conjunto de las relaciones sociales de producción..." (Q 8 Tomo 3 p. 309).

⁶ El concepto de bloque histórico no está literalmente en los escritos de Sorel aunque puede estar vinculado a su concepto de "mito" a través del cual, se plantea la posibilidad de tomar en bloque los sistemas de imágenes como fuerzas históricas. Cfr. Q 4 Tomo 2 p. 149.

⁷ Portantiero, J.C., *Los usos de Gramsci*, op. cit., p. 183.

Por ello, Gramsci advierte que no podría producirse la modificación de la estructura económica sin proponerse también la transformación superestructural, toda vez que la distinción entre estructura y superestructura es artificial, sólo se establece con fines de estudio y de análisis, pero en realidad las fuerzas materiales y las ideologías son una unidad, constituyen un bloque histórico donde: "las fuerzas materiales son el contenido y las ideologías la forma, distinción de forma y de contenido meramente didascálica, porque las fuerzas materiales no serían concebibles históricamente sin forma y las ideologías serían caprichos individuales sin las fuerzas materiales". (Q 7 Tomo 3 p. 160).

En la medida en que Gramsci propone que la revolución es un proceso integral, que supone modificaciones de la estructura tanto como creación de nuevas formas políticas y culturales, la revolución implica la construcción de un nuevo bloque histórico. O sea, una reorganización de las estructuras económica, política e ideológica.

Para llegar a conformar un nuevo bloque histórico es necesario que los grupos anticapitalistas se integren en un bloque social alternativo, y que el proletariado se constituya en clase hegemónica: "El bloque político de las clases subalternas incluye como principio ordenador de su estructura, la capacidad hegemónica de la clase obrera industrial sobre el conjunto del pueblo".⁸

El bloque social alternativo dirigido por el proletariado, en cuanto asume el poder del Estado, conforma un nuevo bloque histórico, es decir, nuevas relaciones económicas, políticas y culturales. Por tanto, "la realización del bloque histórico sólo es pensable desde el poder, como construcción de un nuevo sistema hegemónico en el que una clase dirige y domina a la totalidad social desde las instituciones de la sociedad política y las instituciones de la sociedad civil".⁹

⁸ Portantiero, J.C., op. cit., p. 118.

⁹ Ib.

Puede afirmarse entonces que el concepto de "bloque histórico" es "la categoría histórica de totalización de lo real... unidad contradictoria entre estructura y superestructura, (que) tiende a mediar el concepto general de modo de producción por la lucha de clases. De ese modo,... permite definir la 'determinación en última instancia por la economía' en términos de una articulación concreta entre economía y política que tiene su matriz en la lucha de clases, y particularmente en la estructuración de ésta como lucha por la hegemonía".¹⁰

El "bloque histórico" es un concepto que Gramsci utiliza para combatir al economicismo, pues advierte que la relación entre economía y política está mediada por la lucha de clases. Esto implica que la estrategia revolucionaria es formulación de nueva hegemonía.

De ahí que la concepción gramsciana de "bloque histórico" aluda también a la función de los intelectuales como organizadores de la hegemonía proletaria, ya que: "Si la relación entre los intelectuales y el pueblo nación..., es dada por una adhesión orgánica en la que el sentimiento pasión se convierte en comprensión y por tanto en saber..., la relación es de representación y se produce el intercambio de elementos individuales entre dirigentes y dirigidos.. se realiza la vida de conjunto que es la única fuerza, se crea el bloque histórico". (Q 11 Tomo 4 p. 347).

Según Gramsci, la función de los intelectuales consiste en organizar la reforma intelectual y moral del bloque social alternativo, el que una vez tomado el poder estatal conformará un nuevo bloque histórico.

¹⁰ Rivadeo, A. M., *Epistemología y política en Kant*, op. cit., p. 28.

Así, los intelectuales son pilares de una nueva cultura, en tanto son capaces de documentar, de analizar y de explicar el sentir de las masas populares, hasta conformar con ellas un programa de acción y una organización tendente a construir nuevas relaciones sociales. Son intelectuales orgánicos del bloque social alternativo si logran "elaborar y hacer coherentes los principios y los problemas que las masas plantean con su actividad práctica...". (Q 11 Tomo 4 p. 250).

De modo que si el intelectual piensa y actúa involucrado con el sentir de las masas, entonces contribuye a forjar la organización social capaz de subvertir el orden establecido, y de cambiar la relación de fuerzas en favor del bloque social alternativo.

Y en cuanto organizadores de la hegemonía, los intelectuales realizan el vínculo de la teoría con la práctica. De hecho, Gramsci considera que la unidad entre teoría y práctica debería ser explicada "históricamente", "como un aspecto de la cuestión política de los intelectuales". (Q 11 Tomo 4 p. 253).

Esto es así porque si los intelectuales son capaces de pensar de acuerdo a las necesidades de las masas populares y de participar en su organización para modificar las circunstancias, la teoría se convierte en guía para la acción revolucionaria. La teoría y la práctica se vinculan en el proceso de construcción de una nueva hegemonía.

2.1 La lucha por la hegemonía: Los intelectuales y la teoría

Hemos visto que la concepción política gramsciana tiene como centro la cuestión del Estado, en cuanto complejo campo de relaciones constituido por la sociedad política y la sociedad civil. En el pensamiento gramsciano "El análisis del Estado no se agota en la descripción de su funcionamiento como modelo de acumulación sino (que es) pensado como modelo de hegemonía. El Estado aparece así como el espacio en que se organizan las relaciones entre dominantes y dominados y esa función mediadora la cumplen los intelectuales"¹¹

Los intelectuales apuntan a homogeneizar la conciencia de las clases a las que están orgánicamente ligados, organizando su hegemonía sobre el conjunto de la sociedad: "... los intelectuales tienen la función de organizar la hegemonía social de un grupo y su dominio estatal, esto es, el consenso dado por el prestigio de la función en el mundo productivo, y el aparato de coerción para aquellos grupos que no 'consientan' ni activa ni pasivamente, o para aquellos momentos de crisis de mando y de dirección en los que el consenso espontáneo sufre una crisis". (Q 4 Tomo 2 p. 188).

Por tanto, los intelectuales son "las células vivas de la sociedad civil y de la sociedad política, ellos son quienes elaboran la ideología de la clase dominante, dándole así conciencia de su rol y transformándola en una "concepción del mundo" que impregna todo el cuerpo social".¹²

Por ello es imperativo que el bloque social alternativo cuente con intelectuales capaces de amar los programas y las organizaciones propias de las masas populares: "Las clases subalternas (por tanto) deben crear los intelectuales

11 Portantiero, J.C., *Los usos de Gramsci*, op. cit., p. 47.

12 Portelli, H., *Gramsci y el bloque histórico*, op. cit., p. 98.

orgánicos que le darán su propia concepción del mundo y que organizarán un sistema hegemónico sobre las otras clases..."¹³

Recordemos, además, que la concepción gramsciana de los intelectuales rompe con la visión iluminista que los hace depositarios del saber especializado. Se trata más bien, de organizadores capaces de pensar vinculados a las masas populares, y que por ello resulten aptos para orientar a las clases subalternas en sus posiciones críticas y en la construcción de la conciencia de su propio poder.

Puesto que todo "hombre activo de masas actúa prácticamente, pero no tiene una clara conciencia teórica de este su actuar que, sin embargo, es un conocer el mundo en cuanto que lo transforma" (Q 11 Tomo 4 p. 252), la misión del intelectual es contribuir a que las masas populares actúen conscientemente en la construcción de un programa de acción nacional capaz de subvertir el orden establecido.

El proceso revolucionario es, como dijimos, largo y contradictorio, puesto que "La comprensión crítica de sí mismos se produce a través de una lucha de hegemonías políticas, de direcciones contrastantes, primero en el plano de la ética, luego de la política, para llegar a una elaboración superior de la propia concepción de lo real" (Q 11 4 p. 252).

La vinculación de los intelectuales con las masas populares, así como la especificación de que la teoría se produce en la acción política tendente a crear una nueva hegemonía, dan lugar a una forma particular de concebir y de producir la filosofía.

13 Portelli, H., op. cit., p. 135.

3. El marxismo gramsciano: De la filosofía espontánea a la filosofía sistemática

A diferencia de otras tradiciones filosóficas para las que la filosofía es el estudio de las esencias, el marxismo gramsciano concibe a la filosofía como una actitud ante la vida, como una forma de vivir la cotidianidad. Por ello, Gramsci sitúa como inicio de su filosofía la reflexión en torno al "sentido común", o filosofía espontánea de las multitudes: "... concepción desagregada, incoherente que corresponde a determinada posición social y cultural..." (Q 11 Tomo 4 p. 261).

Gramsci afirma que el sentido común es "... la concepción tradicional y popular del mundo que determina la experiencia cotidiana..." (3 Tomo 2 p. 53), y que por tanto todo intento que proyecte la acción consciente y política de las masas, debe comenzar por analizar y criticar al "sentido común que es la filosofía de los no filósofos..." (6 Tomo 3 p. 6).

Según Gramsci, hacer consciente la manera de ser y de pensar que caracteriza al "hombre de la calle" es el punto inicial de una marcha encaminada a transformar el modo de vida de la sociedad, y por ende a crear un nuevo sentido común. Para lograr esto conviene reivindicar los "rasgos de buen sentido" que surgen en el horizonte del hacer cotidiano de las masas: "Buen sentido es la parte del sentido común que tiene el buen tino de destruir prejuicios y pugnar por superar falsos problemas..." (Q 8 Tomo 3 p. 331).

Pero ¿cómo reconocer los rasgos de "buen sentido" que propician la acción política de las masas?

A manera de ejemplo, Gramsci explica que el enunciado popular "tomar las cosas con filosofía" (Q 9 Tomo 4 p. 154), cuando se convierte en la convicción de que todo cuanto ocurre en realidad es producto de la acción humana, y no la espera pasiva ante el destino, es un síntoma de "buen sentido" que conviene

pulir con actividad educativa sistemática y consciente, hasta convertirlo en norma activa de conducta.

Así, el "buen sentido" coincide con el hacer filosófico, en tanto se asume como una actividad crítica que supera las concepciones del mundo propias de la religión y el "sentido común". Según Gramsci, no es posible separar la filosofía sistemática del conjunto disgregado de ideas y opiniones que constituyen la filosofía popular, o filosofía "vulgar" que sostienen las grandes multitudes. De hecho, Gramsci afirma que "todos los hombres son filósofos" pues todos participan de una concepción de mundo y actúan acorde a ella: "... en cada profesión no se puede nunca excluir una cierta actividad intelectual y... cada hombre, fuera de su profesión, manifiesta una cierta actividad intelectual, es un filósofo, participa de una concepción del mundo y en consecuencia contribuye a mantenerla, a modificarla, o sea a crear nuevas concepciones..." (Q 4 Tomo 2 p. 201).

Por tanto, la filosofía espontánea materializada en el lenguaje, el sentido común, la religión y hasta el folklor, es la plataforma sobre la cual se debe promover el ejercicio de la crítica, o sea el esfuerzo que lleva a "... participar activamente en la producción de la historia del mundo, (a) ser guía de sí mismos y (a) no aceptar pasivamente, desde el exterior, el sello de la propia personalidad". (Q 11 Tomo 4 p. 245).

Por eso, Gramsci propone también "destruir el prejuicio muy difundido de que la filosofía es algo muy difícil por el hecho de que es la actividad intelectual propia de una determinada categoría de científicos especialistas o de filósofos profesionales sistemáticos". (Q 11 Tomo 4 p. 245).

El inicio de la elaboración crítica de cuanto uno es, equivale aquí a una nueva versión del "conócete a tí mismo" socrático. Tal elaboración crítica significa también "hacer el inventario" de la concepción del mundo de la que desprendemos nuestros valores y normas de acción. Pero hacer ese inventario

no es tarea fácil, pues ocurre que ni somos conscientes de la concepción del mundo que traemos con nosotros, ni es una sola concepción del mundo la que nos orienta en todos los casos. Por estas razones, Gramsci afirma que: "La comprensión crítica de sí mismo se produce a través de una lucha de hegemonías políticas, de direcciones contrastantes, primero en el plano de la ética, luego en el de la política, para luego llegar a una elaboración superior de la propia concepción de lo real..." (Q 11 Tomo 4 p. 253).

En estas circunstancias, la crítica al "sentido común" y la conciencia en torno a las concepciones del mundo que nos mueven a actuar, constituyen un hecho político: "La relación entre filosofía superior y sentido común está asegurada por la política..." (Q 8 Tomo 3 p. 335). Pues en realidad "... cuando un elemento de la masa supera críticamente el sentido común acepta por este mismo hecho, una filosofía nueva..." (Q 11 Tomo 4 p. 261). Quien supera críticamente el "sentido común", asume una nueva actitud ante la vida y esto es un hecho político.

La filosofía sistemática no existe al margen de las creencias del pueblo, o del "sentido común" de las masas. De hecho, Gramsci reconoce que "La filosofía de una época... es el conjunto de todas las filosofías individuales y de grupo, las opiniones científicas, la religión y el sentido común. (Q 8 Tomo 3 p. 326).

La "filosofía sistemática" se expresa como producto de "la actividad de individuos aislados singularmente dotados... y puede considerarse (también) como los 'puntos' de progreso del sentido común de los estratos más cultos de la sociedad". (Q 8 Tomo 3 p. 335).

Sin embargo, no por ser producción individual, la filosofía se mantiene al margen de las masas populares, pues "si es verdad que cada Filosofía es la expresión de una sociedad... determina ciertos efectos positivos y negativos; (y) precisamente la medida en que reacciona es la medida de su alcance histórico de su no ser 'elucubración' individual, sino hecho histórico" (Q 7 Tomo 3 p. 180).

Por tanto, es necesario tener presente que "un movimiento filosófico es tal en cuanto, en el trabajo de elaboración de un pensamiento superior... no olvida nunca el permanecer en contacto con los 'simples' e incluso halla en estos contactos la fuente de los problemas a estudiar y resolver" (Q 8 Tomo 3 p. 237).

Bajo esta perspectiva, el hacer filosófico tiene como punto de arranque la reflexión en torno al "sentido común", no para confirmarlo, sino fundamentalmente para criticarlo y cimentar así la construcción de un "nuevo sentido común". Construir una nueva cultura implica la creación de un nuevo sentido común, por donde "si se quiere modificar el sentido común (y) crear un 'nuevo sentido común'... se impone la exigencia de tomar en cuenta a los "simples" (Q 8 Tomo 3 p. 237).

El vínculo entre el "sentido común" y la "filosofía sistemática" es la evidencia de que en el pensamiento gramsciano la filosofía asume como compromiso inicial la comprensión de las concepciones del mundo del "hombre de la calle", con el fin de encaminar a los sujetos a una posición crítica que les invite a protagonizar acciones tendientes a modificar sus circunstancias.

La filosofía es, entonces, espacio de reflexión que hace conscientes a los hombres de su capacidad creadora para transformar las circunstancias y a sí mismos, y en esa medida se inscribe en el terreno de la ideología.

3.1 La cuestión de la ideología

Gramsci desarrolla su concepción acerca de la ideología combatiendo las interpretaciones que Croce y Bujarin hacen del pensamiento de Marx. Tenemos así que: "rompiendo resueltamente con una concepción de la ideología-ilusión (Croce) o como simple sistema de ideas (Bujarin), Gramsci extiende el análisis y pasa de los aspectos más conscientes de las ideologías a su aspectos inconscientes, materializados en las prácticas y las normas culturales aceptadas o sufridas".¹⁴

Según Gramsci, la ideología es una "concepción del mundo que se manifiesta implícitamente en el arte, en el derecho, en la actividad económica, (y en general) en todas las manifestaciones de vida individuales y colectivas..." (Q 11 Tomo 4 p. 249).

Por ello, invita a recuperar la concepción marxista según la cual "... las ideologías son una realidad objetiva y operante..." (Q 4 Tomo 2 p. 148) porque constituyen el espacio "en el que determinados grupos sociales toman conciencia de su propio ser social, de su propia fuerza, de sus propias obligaciones, de su propio devenir..." (Q 10 Tomo 4 p. 201).¹⁵

Según Gramsci, las ideologías llegan a ser una fuerza material en tanto constituyen el lugar donde los hombres toman conciencia de su situación

14 Bucí-Glucksmann, Ch., *Gramsci y el Estado*, op. cit., p. 79.

15 Gramsci se refiere a la concepción acerca de las ideologías apuntada por Marx en el *Prólogo de la Contribución a la crítica de la economía política*. El texto marxiano dice:

"Al cambiar la base económica, se revoluciona más o menos rápidamente toda la superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas revoluciones hay que distinguir entre: los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción que pueden apreciarse con la exactitud de las ciencias naturales y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo". Cfr Marx, K., "Prólogo de la contribución..." en Marx, K., Engels, F., *Obras escogidas*, op. cit., Vol II, p. 518.

histórica, y se organizan para luchar por su modificación. Las ideologías así concebidas son una forma de conocer el mundo y de actuar en él, por ello Gramsci afirma que: "La proposición... de que los hombres toman conciencia de los conflictos de la estructura en el terreno de las ideologías, debe ser considerada como una afirmación de valor gnoseológico y no puramente psicológico y moral...". (Q 10 Tomo 4 p. 146).

Gramsci retoma esta concepción marxista para caracterizar a las "ideologías orgánicas", que "En cuanto históricamente necesarias tienen una validez 'psicológica' (ya que) 'organizan' las masas humanas, forman el terreno en el que los hombres se mueven, adquieren conciencia de su posición, luchan..." (Q 7 Tomo 3 p. 159).

Y distingue a las ideologías orgánicas de aquellas formas de pensamiento que suelen ser elucubración personal, o que generan polémicas individuales. A estas últimas Gramsci las denomina "ideologías arbitrarias".

Gramsci reivindica el concepto marxista de ideología en sentido orgánico, es decir, como conjunto de ideas, pensamientos y normas de conducta que hacen posible y orientan la organización de las masas, toda vez que fungen como espacios en los que se toma conciencia de los conflictos y se proyecta actuar por su modificación.

Por donde la ideología deviene fuerza material en la lucha política: "Si desde Marx la ideología es el ámbito donde los hombres cobran conciencia de los conflictos de su vida social y tienden a resolverlos, (la ideología) constituye una instancia de organización donde la conciencia deviene siempre ya poder material en la lucha política... En ese sentido, la ideología conforma para Gramsci un bloque cultural que tiende a unificar el bloque social material e idealmente." ¹⁶

16 Rivadeo, A. M., *Epistemología y política en Kant*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, ENEP-Acatlán, 1987, p. 33.

3.2 Ideología y filosofía

Si, como hemos visto, la ideología es el espacio en el que los hombres toman conciencia de los problemas de la vida social y se organizan para luchar por su solución, la filosofía forma parte de la ideología en cuanto que hace posible que los hombres lleguen a "elaborar la propia concepción del mundo consciente y críticamente y por lo tanto, ... (lleguen a) elegir la propia esfera de actividad, y a participar activamente en la producción de la historia del mundo." (Q 11 Tomo 4 p. 245).

Por esto, la filosofía puede llegar a constituir parte de una ideología en sentido orgánico, en cuanto que logra situar la reflexión teórica en el centro del proceso de la organización y la acción transformadoras.

Bajo la perspectiva gramsciana, la filosofía es ideología en la medida en que se torna norma de acción para las masas. O sea que "las ideologías serán la 'verdadera' filosofía, porque resultarán ser aquellas "vulgarizaciones" filosóficas que llevan a las masas a la acción concreta, a la transformación de la realidad". (Q 10 Tomo 4 p. 140).

Por tanto, ideología y filosofía -según Gramsci- son categorías históricas no disociables. No son idénticas, sin embargo, por cuanto: "es ideología cada concepción particular de los grupos internos de la clase que se proponen ayudar a la resolución de problemas inmediatos y circunscritos... es filosofía la concepción del mundo que representa la vida intelectual y moral de un grupo social entero concebido en movimiento y visto por tanto, no sólo en sus intereses actuales e inmediatos, sino también en aquellos futuros y mediatos..." (Q 10 Tomo 4 p. 132).

La función específica de la filosofía consistiría en "procurar una combinación de todo el campo ideológico destinada a producir la unidad ideológica del bloque social en conexión con sus intereses actuales y futuros". ¹⁷

La filosofía encara la problemática del bloque social en términos de totalidad, y en cuanto momento de la lucha hegemónica, "realiza una permanente mediación ideológico-político del conjunto de la producción teórica". ¹⁸

Así, bajo la perspectiva que ofrece la filosofía de la praxis, "... la historia es siempre historia contemporánea, o sea política..." (Q 10 Tomo 4 p. 140), y el "filósofo real es y no puede ser distinto del político, o sea del hombre activo que modifica el ambiente..." (Q 10 Tomo 4 p. 201).

Debido a que la filosofía se vincula con la historia al procesar conceptualmente los problemas que el momento histórico propone, y se vuelve política al apuntar líneas de acción para superarlos, la filosofía se produce en el interior de la lucha de clases, en la lucha por lograr la hegemonía de un grupo sobre el resto de la sociedad: "... la filosofía misma es una parte de la política y de la historia... la filosofía no tiene un objeto que la separe de la lucha de clases, sino que tiene un lugar en juego en esa lucha..." ¹⁹

La filosofía forma parte de la lucha por la hegemonía, pues postula un modo de ser y de pensar que lleva a los hombres a actuar en determinada dirección, de hecho: "La lucha de clases se hace decisiva cuando se llega al nivel de conciencia completa, de plano 'filosófico'. Las contradicciones estallan en este

17 Rivadeo, AM., op. cit., p. 33

18 Ib., p. 34.

19 Bucl-Glucksmann, Ch., *Gramsci y el Estado*, op. cit., p. 244.

plano y los conflictos se resuelven con la constitución de nuevas hegemonías" 20

En este orden de ideas, "la filosofía... es un ámbito que se inscribe en lo ideológico en tanto tiende a producir una modificación de la conciencia y la acción colectivas en el marco de la lucha hegemónica". 21

En esta línea, la distinción entre ideología y filosofía es posible sólo por grados, y su vinculación con la historia y la política deviene decisiva.

3.3 Hacia una filosofía de la praxis

Durante su militancia juvenil, Gramsci recibe la influencia del historicismo croceano y postula la revolución como una gran reforma intelectual y moral. Aunque reconoce su deuda teórica con Benedetto Croce por ser un pensador que había "... llamado enérgicamente la atención sobre el estudio de los hechos de cultura y pensamiento como elementos de dominio político..." (Q 10 Tomo 4 p. 116), estando en cautiverio se propone profundizar en los componentes fundamentales del marxismo que Croce no había logrado captar en toda su plenitud, a saber, la relación entre la historia, la filosofía y la política.

Según Gramsci, en tanto que Croce "no llega a la identidad de historia y política, (tampoco puede postular) la identidad entre la política y la filosofía". (Q 10 Tomo 4 p. 140).

Para Gramsci "la parte esencial del marxismo está en la superación de las viejas filosofías y también en el modo de concebir la filosofía..." (Q 4 Tomo 2 p.

20 Ib.

21 Rivadeo, AM., op. cit., p. 33.

137). La clave teórica residiría en que "Marx continúa la filosofía de la inmanencia,²² pero la depura de todo su aparato metafísico y la conduce al terreno concreto de la historia..." (Q 4 Tomo 2 p. 150).

Marx da al término "inmanencia" un sentido histórico de lo real que le permite reconocer sus condiciones de regularidad y autotransformación, liquidando así la creencia en un destino trazado por una fuerza divina.

De acuerdo con lo anterior, el marxismo apuntaría a una teoría de lo humano y de la vida centrada en la creatividad, "en el sentido de que enseña que no existe una 'realidad' válida por sí misma, en sí y por sí, sino en relación histórica con los hombres que la modifican" (Q 11 Tomo 4 p. 332).

De este modo, según lo entiende Gramsci, el marxismo sería un historicismo, un neohumanismo, en cuanto: "no reconoce elementos trascendentes... sino que se basa toda ella (la filosofía marxista) en la acción concreta del hombre que por sus necesidades históricas actúa y transforma la realidad" (Q 5 Tomo 2 p. 342).

Como concepción del mundo apoyada en la creatividad humana, el marxismo no puede ser un sistema acabado y perfecto, sino una constante práctica crítica encaminada a construir un nuevo modo de vida: "Una de las razones por las cuales el materialismo histórico se redujo a materialismo metafísico tradicional, debe buscarse en el hecho de que el materialismo histórico no podía ser sino una fase predominantemente crítica y polémica de la filosofía, mientras se tenía necesidad de un sistema ya completo y perfecto". (Q 11 Tomo 4 p. 272).

²² Para profundizar sobre la inmanencia como categoría propia de la filosofía moderna, Cfr. Rivadeo, AM., *Epistemología y política en Kant*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, ENEP-Acatlán, 1987.

Definido el marxismo como un historicismo, su denominación en cuanto "materialismo histórico" debe subrayar el término "histórico" más que el de "materialismo", toda vez que "Marx es esencialmente un historicista..." (Q 4 Tomo 2 p. 144). Todo estudio sistemático del materialismo histórico debe exponer el nexo orgánico existente entre la historia, la política y la economía "... (y estudiar) cómo la historia y la política se reflejan en la economía, cómo la economía y la política se reflejan en la historia, cómo la historia y la economía se reflejan en la política". (Q 11 Tomo 4 p. 337).

El marxismo, además de haber establecido la necesaria vinculación entre la historia, la política y la economía, es una nueva forma de pensar y de hacer filosofía, pues a diferencia de las filosofías que la precedieron: "es una filosofía que trata de liberarse de todo elemento unilateral y fanático, es la conciencia plena de las contradicciones, en las que el mismo filósofo, entendido individualmente o como grupo social, comprende las contradicciones y se postula a sí mismo como elemento de la contradicción, eleva este elemento a principio de conocimiento y por lo tanto de acción..." (Q 11 Tomo 4 p. 333), definiéndose así como una filosofía de la praxis.

En los primeros cuadernos escritos en la cárcel, Gramsci denomina marxismo a la filosofía inaugurada por Marx y Engels. A partir de 1931, Gramsci habla de "Filosofía de la praxis" y nunca más de marxismo. Algunos estudiosos de la obra gramsciana aseguran que este cambio de denominación se debe a que este filósofo busca evadir la censura carcelaria.

Nosotros -lo mismo que Sánchez Vázquez²³ creemos que Gramsci utiliza el término "Filosofía de la praxis" porque está empeñado en devolver al marxismo su estatuto político, o sea su carácter de filosofía de la acción: "... Filosofía de la acción (praxis), pero no de la 'acción pura', sino precisamente de la acción 'impura' o sea real en el sentido profano de la palabra" (Q 4 Tomo 2 p. 157).

23 Sánchez Vázquez, A., *La filosofía de la praxis*, México, Grijalbo, 1980.

Se trata de una concepción del mundo que incluye una moral, una forma de proceder, o sea de una teoría que promueve la acción hasta llegar a "... vivificar una organización práctica total de la sociedad,... para convertirse en una civilización integral, total". (Q 4 Tomo 2 p. 147).

Para referirse a esta nueva forma de hacer filosofía, Gramsci comienza por explicar que el término "filosofía de la praxis" deriva de una particular comprensión de la historia para la cual: "... las igualdades y las desigualdades que valen en cuanto se tiene conciencia de ellas individualmente o como grupo permiten llegar a la ecuación entre filosofía y política, entre pensamiento y acción, o sea, a una filosofía de la praxis. Todo es política, incluso la filosofía o las filosofías y la única 'filosofía' es la historia en acción, o sea la vida misma" (Q 7 Tomo 3 p. 174).

El vínculo orgánico entre la filosofía y la política se produce en el cuerpo de la historia.

Sin la historia, la filosofía no tiene materia prima, se queda sin sustancia sobre la cual reflexionar, pues: "La filosofía no se desarrolla de otra filosofía, sino que es una continua solución de problemas que el desarrollo histórico propone... (así) si la filosofía se desarrolla es porque se desarrolla la historia general del mundo (y, esto es, las relaciones sociales en las que viven los hombres) y no ya porque a un gran filósofo sucede un filósofo aun mayor y así sucesivamente... trabajando prácticamente en hacer historia, se hace también filosofía, 'implícita' que será explícita en cuanto los filósofos la elaboren coherentemente" (Q 3 Tomo 2 p. 36).

Por ello, toda reflexión teórica encuentra su fuente de inspiración en el devenir histórico, y su forma de manifestarse en la acción política.

La historia es la fuente de la reflexión filosófica: "El filósofo entra en relación directa con su ambiente cultural y extrae de él los problemas que se ha de plantear e intentar resolver..." (Q 10 Tomo 4 p. 210) y en la medida que el filósofo reconoce los procesos que conforman el devenir histórico, y es capaz de transformar y de prever sus tendencias de desarrollo, hace política, pues

"tiene conciencia de tales relaciones y trabaja para modificarlas, une sus esfuerzos con otros hombres que prevén los cambios" (Q 10 Tomo 4 p. 219).

En este sentido, es importante destacar que las previsiones o programas de acción, en tanto que están referidos a procesos vivos, equivalen a proponer el rumbo de los acontecimientos. Pero no hay que olvidar que "en las ciencias sociales en realidad se puede prever 'científicamente' sólo la lucha, pero no los momentos concretos de ésta, que no pueden ser sino resultado de fuerzas contrastantes en continuo movimiento, no reductibles nunca a cantidades fijas, porque en ellas la cantidad se convierte continuamente en cualidad" (Q 11 Tomo 3 p. 267).

Gramsci entiende por previsión el esfuerzo que se hace por mantener en tensión la voluntad humana, el modo práctico de crear una voluntad colectiva. De tal modo que el filósofo, además de analizar las circunstancias o conjunto de relaciones necesarias y voluntarias de las que cada individuo forma parte, programa acciones y suscita una voluntad colectiva.

La filosofía de la praxis es, en suma, una nueva forma de conocer y producir el mundo, y una nueva forma de hacer filosofía, ya que obliga permanentemente a plantear las cuestiones filosóficas "históricamente y al mismo tiempo poner en la base de la filosofía la voluntad o actividad práctico-política..." (Q 11 Tomo 4 p. 331).

Por ello, y con el fin de clarificar el nexo orgánico que la filosofía de la praxis establece entre la filosofía, la historia y la política, Gramsci advierte que: "La filosofía de la praxis entiende la historia superándola con la acción y no escinde historia y filosofía sino que, volviendo a poner a los hombres sobre sus pies hace de ellos los artífices conscientes de la historia y no juguetes de la fatalidad... (así) en cuanto sus principios, sus ideales son chispas que brotan de las luchas sociales se vuelven estímulos para la praxis, que por obra de (los mismos hombres) se transforma..." (Q 11 Tomo 4 p. 239).

Gramsci es un "historicista", en el sentido de que postula la acción humana como fuente de la transformación social. Se trata de la acción consciente y organizada de las masas populares.

Por ello, Gramsci subraya la necesidad de reconocer la capacidad organizativa y los rasgos de "buen sentido" que los hombres manifiestan en su vida cotidiana, como necesario punto de partida de la transformación social.

Así, reivindica el carácter revolucionario del marxismo que las discusiones parlamentarias y las interpretaciones economicistas habían congelado. Revitalizando sus nexos con la historia y con la política, lo denomina "filosofía de la praxis", o teoría con capacidad para analizar la circunstancia histórica y promover acciones tendentes a la creación de una nueva cultura.

La refundación teórica que Gramsci hace del marxismo apunta, por un lado, a clarificar los nexos de la filosofía con la historia y con la política. Por otro, permite postular la acción revolucionaria como construcción de una nueva cultura. Esto es, creación de una organización económica, política y cultural en la que tienda a desaparecer el tradicional binomio gobernante-gobernados.

CONCLUSIONES

La teoría es una forma de expresión humana que se produce de acuerdo con las condiciones históricas que prevalecen en un momento determinado. En todos los momentos de la historia se ha producido la teoría con el fin de explicar el mundo y ha jugado un importante papel para orientar las acciones de los hombres.

En el siglo XIX, los creadores de la teoría marxista se afanan por explicar el modo de vida que impera en la época y las condiciones que propician su transformación. Esta forma de hacer teoría promueve la modificación consciente de las circunstancias y del hombre; resalta así la necesaria vinculación de la teoría con la práctica, el pensar y el hacer, con miras a la transformación total de la organización social.

La vinculación de la teoría con la práctica que hace el marxismo lo convierte en una "filosofía de la praxis" o teoría encaminada a orientar la lucha para la transformación de la vida. Guarda nexos privilegiados con la historia porque documenta y explica las condiciones prevalecientes en un momento determinado y se vuelve política en cuanto promueve la transformación del modo de vida .

Al llegar la última década del siglo XIX, la recuperación del capitalismo y la recomposición del proletariado hicieron que el espíritu revolucionario se contrajera. Parecía que ya no era necesario pugnar por la transformación total de la sociedad, los obreros obtuvieron ciertas prerrogativas y los teóricos de la época abandonaron el propósito de contribuir a la construcción de una forma nueva de organizar la vida arguyendo la necesaria "revisión" de los principios del marxismo y renunciando de hecho al compromiso de la teoría con la práctica revolucionaria.

Al comenzar el siglo XX, la socialdemocracia alemana, vanguardia del proletariado y columna vertebral de la IIa. Internacional, abandona prácticamente, la lucha revolucionaria tendente a la transformación del capitalismo; teóricamente, renuncia a la praxis como categoría fundamental del marxismo.

Sin embargo, tras la Primera Guerra Mundial se abre un periodo revolucionario del que emergen la revolución soviética de 1917, así como diversos procesos revolucionarios en Europa entre 1918 y 1921, en cuyo contexto se sitúa el pensamiento y la acción política de Antonio Gramsci. Entre esa fase, y el avance del fascismo triunfante, la reflexión de este pensador se orienta a repensar la vena revolucionaria del marxismo y a reivindicarlo como filosofía de la praxis, unión de la teoría y la práctica encaminada a lograr la transformación del modo de vida y de la conciencia de los hombres.

La renovación revolucionaria que Gramsci hace de esta teoría supone una crítica a la lectura economicista y "revisionista" que los dirigentes de la Ila. Internacional hacen del marxismo. Aunque en él destaca una importante influencia leniniana, el pensamiento gramsciano implica, no obstante, una transformación teórica que la trasciende de modo cualitativo. Ella apunta a la construcción de nuevas categorías, centradas en la hegemonía como sustento de una concepción amplia del Estado, en la guerra de posiciones en cuanto armazón del proyecto de construcción de una nueva estrategia revolucionaria.

Bajo la nueva perspectiva que Gramsci ofrece a la práctica política, la lucha de clases se convierte en lucha por la hegemonía; es decir, lucha por lograr la dirección política y cultural de la sociedad en su conjunto. La sociedad es entonces un sistema hegemónico en constante movimiento, y el grupo hegemónico lo es en tanto logra superar sus intereses corporativos y aglutina al conjunto de las clases y sectores anticapitalistas en un programa de acción universal, nacional. El grupo hegemónico es, por tanto, aquel que logra dirigir política y culturalmente al conjunto de la sociedad.

Gramsci caracteriza al Estado en un sentido amplio. Esto es, como una estructura contradictoria en la cual se organizan los diversos grupos sociales; su funcionamiento depende no sólo de los tradicionales instrumentos de coerción, sino fundamentalmente de los aparatos de hegemonía, de las estructuras que construyen la conciencia de los hombres, sus formas de organización y comportamiento, y sus proyectos de vida social.

A partir de la categoría de hegemonía emerge un concepto de Estado en sentido amplio (sociedad política + sociedad civil), que permite superar la visión instrumentalista, según la cual éste constituye una instancia neutra que se amolda a los intereses de quienes lo administran. Gramsci demuestra que el Estado es no sólo un aparato de dominio, sino que destaca una dirección política, cultural y moral, un complejo de relaciones sociales que incluye a todos los miembros de la sociedad. El Estado es entonces el conjunto de

relaciones sociales que permite a un grupo acceder al poder y lograr el consenso activo de los gobernados.

Gramsci ofrece así una nueva teorización y una nueva práctica de la política, en tanto relación global entre gobernantes y gobernados que interviene en todos los niveles de la sociedad civil y del Estado.

Bajo esta perspectiva, la revolución trasciende al acto de la toma del poder estatal. Ella implica la construcción de una nueva cultura, de nuevas formas de organización social que contribuyan al resquebrajamiento del Estado entendido como instrumento de dominio. Así, el propósito socialista gramsciano se centra en la construcción de una sociedad en la que desaparece el tradicional binomio gobernantes-gobernados, y supone que desde antes de la toma del poder estatal las organizaciones existentes construyen y desarrollan un amplio sentido de la democracia.

La democracia implica aquí la auto-organización de las masas, la aparición de nuevas formas de conciencia anti-autoritaria, y el surgimiento de nuevos sujetos históricos, de modo que en la medida que los trabajadores se convierten en los dirigentes de sus propios destinos, se va forjando una nueva cultura. El socialismo es así un proceso de transición antiestatal, de construcción a largo plazo de una nueva hegemonía.

Según Gramsci, sólo con la participación activa y consciente de todos los miembros de una sociedad se construye una nueva forma de organizar la vida. Esto es así porque para este pensador la revolución implica la creación de nuevas relaciones sociales acompañadas de nuevas formas de pensar y de vivir la cotidianeidad; es una reorganización de la economía, de las creencias y de las formas habituales de comportamiento.

La producción teórica cobra especial relevancia en la acción revolucionaria, puesto que resulta imprescindible en el proceso de elaboración de los sujetos, las conciencias y las organizaciones sociales transformadoras.

Gramsci renueva el vínculo de la teoría con la práctica; establece que la teoría tiene un papel fundamental en la organización revolucionaria y que por tanto, es un elemento central de la lucha política concebida como lucha hegemónica.

La producción teórica es un momento estructurante de la hegemonía, pues contribuye a conformar la dirección política y cultural de una sociedad en un momento histórico determinado.

De allí que ella exista permanentemente vinculada a la acción política, en cuanto lucha global por la hegemonía.

La gran aportación de Gramsci a la filosofía de la praxis consiste en sentar las bases de una nueva teorización para la transición al socialismo, fundada en la construcción de una nueva hegemonía. Esto implica formas nuevas de concebir la lucha revolucionaria y la construcción de los sujetos que habrán de emprenderla. Por eso la teoría acompaña a la organización revolucionaria en tanto espacio de reflexión que genera acción consciente y promueve la transformación de las relaciones sociales existentes.

En la medida que Gramsci asume el proceso revolucionario como un proceso social global que apunta a la construcción de una nueva hegemonía, la teoría engarza con las demandas de las masas populares: ella contribuye a la construcción del pueblo-nación, y debe partir, por tanto, del llamado "sentido común" de las masas populares.

Desde el análisis de éste, que orienta las creencias y las acciones cotidianas de las masas populares, la teoría avanza hacia un proceso de transformación cultural capaz de orientar la producción de una hegemonía alternativa.

Así, actuar revolucionariamente implica -bajo la perspectiva gramsciana- contribuir a la transformación de las circunstancias y de los sujetos que conforman una sociedad; es un proceso largo que requiere una reorganización económica y fundamentalmente la producción y circulación de una nueva concepción del mundo y de la vida. Para lograrlo, es fundamental valorar y transformar al hombre común y corriente, motivarlo a que se convierta en organizador de un nuevo orden social.

Con estas propuestas, Gramsci promueve también una forma distinta de ser del intelectual. Éste es un pensador vinculado al sentir de las masas, que fomenta la acción y la creación de un "nuevo sentido común" hasta llegar a conformar un nuevo bloque histórico, o sea un nuevo haz de relaciones económicas, sociales, políticas y culturales.

Desde su inicial militancia socialista, Gramsci define a la revolución como un proceso tendente a producir una "reforma intelectual y moral" de la sociedad. En ese camino, sugiere que los intelectuales deben fungir como organizadores de una nueva cultura. Esa perspectiva se nutre y se enriquece con su militancia política, y en sus notas carcelarias, Gramsci asume que la revolución supone la construcción de una nuevo bloque histórico; es decir, la creación de nuevas relaciones económicas, sociales, políticas y culturales. Esto se alienta sobre la creación de una nueva hegemonía, y los intelectuales en tanto forjadores de una nueva concepción del mundo se tornan organizadores de esa hegemonía.

En tanto que tales, los intelectuales son creadores de una nueva filosofía. Y es en ese terreno donde la filosofía existe como espacio que contribuye a construir una nueva hegemonía.

En la medida en que renueva formas de proceder en el mundo o genera nuevas formas de pensar y de actuar en la vida, la filosofía es elemento de lucha por la hegemonía.

Así, la producción teórica en general, y la filosófica en particular, se inscriben en el ámbito de la lucha hegemónica, articulándose en un espacio político que se estructura en torno a una dimensión ético-cultural de carácter fundante.

BIBLIOGRAFÍA

Abendroth, W., *Historia social del movimiento obrero europeo*, Traducc. Justo Pérez del Corral, 6a. ed., Barcelona, Laia, s/f.

Anderson, P., *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Traducc. Néstor Miguez, 3a. ed., México, Ed. Siglo XXI, 1993.

Andreucci, F., "La difusión y la vulgarización del marxismo" en *Historia del marxismo* vol. III, Barcelona, Bruguera, 1980.

Betances, E., "La concepción ampliada del Estado en Gramsci" en *Filosofía y política en el pensamiento de Gramsci*, México, Ed. Cultura popular, 1988.

Boggs, V., *El marxismo de Gramsci*, Traducc. Juan Carlos Lorente, 4a. ed., México, Premiá ed., 1985.

Boron, A., "A través de las rejas" en *Minimalia, Nexos* No. 23, México, octubre de 1981.

Broccoli, A., *Antonio Gramsci y la educación como hegemonía*, Traducc. Fernando Mateo, 4a. ed, México, Ed. Nueva Imagen, 1984.

Bucci-Glucksmann, Ch., *Gramsci y el Estado. Hacia una teoría materialista de la filosofía*, Traducc. Juan Carlos Caravaglia 4a. ed., México, Ed. Siglo XXI, 1979.

Bucci-Glucksmann, Ch., "Gramsci y la política" en *Gramsci y la política*, Carlos Sirvent (coord.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980.

Castellanos, C., "Antonio Gramsci: Un hombre medio, poco común y nada corriente" en *Revista Foro* No. 3, Bogotá, julio de 1987.

Cerroni, U., "Cosmopolitismo y vías nacionales" en *El pensamiento revolucionario de Gramsci*, Ed. Martín Pérez Zenteno, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1978, (Colección filosófica, serie mayor).

Cerroni, U., *Introducción al pensamiento político*, Traducc. Arnaldo Córdova, 13a. ed., México, Ed. Siglo XXI, 1982. (Colección mínima No. 4).

Cerroni, U., *Teoría política y socialismo*, Traducc. Ana Ma. Palos, 2a. ed., México, Ed. ERA, 1980.

Colletti, L., *El marxismo y el derrumbe del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1978.

Córdova, A., "Política e ideología dominante" en *Cuadernos políticos No. 10*, México, Ed. ERA, 1976.

Córdova, A., "Hacia Gramsci. La larga marcha de la izquierda mexicana" en *Nexos*, México, enero de 1986.

Coutinho, C. N., *Introducción a Gramsci*, Traducc. Ana Ma. Palos, México, Ed. ERA, 1986. (Serie popular).

Coutinho, C. N., "Gramsci en Brasil" en *Cuadernos Políticos No. 46*, Traducc. Miguel Martí Solé, México, Ed. ERA, abril-junio de 1986.

Fernández Buey, F., "Introducción" en Fernández, Buey, F. (ed.) *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*, Traducc. Margarita Latorre et. al., España, Grijalbo, 1977. (Colección Teoría y realidad No. 13).

Fernández Buey, F., "Antonio Gramsci y los orígenes del fascismo" en *Materiales*, Extraordinario No. 2, Barcelona, s/f.

Fetscher, I., "Bernstein y el reto de la ortodoxia" en *Historia del marxismo* Vol. IV, Barcelona, Bruguera, 1980.

- Foa, L., "Los soviets y octubre" en *Consejos obreros y democracia socialista*, México, Siglo XXI, 1977 (Pasado y presente No. 33).
- Garin, E., "Política y cultura en Gramsci" en F. Fernández Buey (ed), *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*, Barcelona, Grijalbo, 1977. (Teoría y realidad No. 13).
- Gerratana, V., "Antonio Labriola y la introducción del marxismo en Italia" en *Historia del marxismo*, Vol. III, Barcelona, Bruguera, 1980.
- Gerratana, V., "Gramsci como pensatore rivoluzionario" en F. Ferri, (ed), *Politica e storia in Gramsci*, Roma , Riuniti, 1977.
- Gerratana, V., "La nueva estrategia que se abre paso en los Quaderni" en *Materiales*. Extraordinario No. 2, Barcelona, s/f.
- Gerratana, V., "Temática consiliar y extinción del Estado" En *Consejos obreros y democracia socialista*, México, Siglo XXI, 1977. (Pasado y presente No. 33).
- Gómez Navarro, J. L., et. al., *Historia del mundo contemporáneo*, México, Alhambra, 1986.
- Gramsci, A., *Antología*, Selección, Traducción y notas de Manuel Sacristán, 5a. ed., México, Siglo XXI, 1980.
- Gramsci, A., *Cuadernos de la cárcel*. Edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana, Vols. I, II, III y IV México, Ed. ERA, 1984 / 1985.
- Gramsci, A., " El movimiento turinés de los consejos de fábrica" en *Consejos obreros y democracia socialista*, México, Siglo XXI, 1977. (Pasado y presente No. 33).
- Gramsci, A., *Escritos políticos*. (1917-1933), Traducc. Raúl Crisafio, México, Ed. Siglo XXI, 1987. (Pasado y presente No. 54).

Gramsci, A., *Scritti politici*. A cura di Paolo Spriano, Roma, Riuniti, 1978.

Gruppi, A., *El concepto de hegemonía en Gramsci*, México, ed. Cultura popular, 1978. (Pensamiento social).

Hobsbawn, E., "De Italia a Europa" en Martín Pérez Zenteno (ed), *El pensamiento revolucionario de Gramsci*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1978. (Colección filosófica serie mayor).

Hobsbawn, E., "El gran Gramsci" en Martín Pérez Zenteno (ed), *El pensamiento revolucionario de Gramsci*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1978. (Colección filosófica serie mayor).

Hobsbawn, E., "Gramsci y la teoría política" en Martín Pérez Zenteno (ed), *El pensamiento revolucionario de Gramsci*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1978, (Colección filosófica serie mayor).

Hobsbawn, E., "La ciencia política de Gramsci" en Martín Pérez Zenteno (ed), *El pensamiento revolucionario de Gramsci*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1978, (Colección filosófica serie mayor).

Hobsbawn, E., "La cultura europea y el marxismo entre los siglos XIX y XX" en *Historia del Marxismo*, Vol. III, Barcelona, Bruguera, 1980.

Kriegel, A., *Las internacionales obreras*, Traducc. Antonio G Vallente, Barcelona, Ed. Martínez Roca, 1968,

Lajolo, L., Gramsci. *Un uomo sconfitto*, Prefazione di Umberto Terracini, Milano, Rizzoli, 1980.

Lenin, V. I., "El estado y la revolución" en *Obras escogidas* Vol VII, Moscú, Progreso, 1976.

Lowy, M., *La teoría de la revolución en el joven Marx*, Traducc. Francisco González Aramburu, 6a. ed., México, Siglo XXI, 1979.

Lleixá, J., "Hegemonía y Estado en el período de entreguerras. El pensamiento político de Gramsci" en *Materiales* extraordinario No. 2, Barcelona, s/f.

Magrí, L., "Antonio Gramsci y la revolución italiana" en Martín Pérez Zenteno (ed), *El pensamiento revolucionario de Gramsci*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1978. (Colección filosófica, serie mayor).

Magrí, L., Michelangelo Notariani, "Gramsci y la vía revolucionaria en occidente" en Martín Pérez Zenteno (ed), *El pensamiento revolucionario de Gramsci*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1978. (Colección filosófica, serie mayor).

Marx, K., "El dieciocho brumario de Luis Bonaparte" en *Obras Escogidas*, Vol. I, Moscú, Progreso, 1978.

Marx, K., *Introducción a la crítica de la economía política* (1857), México, Siglo XXI, 1978. (Pasado y presente No. 1).

Marx, K., Engels, F., "La ideología alemana" en *Obras Escogidas*, Vol. I, Moscú, Progreso, 1978.

Marx, K., "Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850" en *Obras Escogidas*, Vol. I, Moscú, Progreso, 1978.

Marx, K., "Prólogo de la contribución a la crítica de economía política" en *Obras Escogidas*, Vol. I, Moscú, Progreso, 1978.

Marx, K., " Tesis sobre Feuerbach" en *Obras Escogidas*, Vol. I, Moscú, Progreso, 1978.

Mejía, M.R., "Gramsci en nuestro medio" en *Revista Foro* No. 3, Bogotá, julio de 1986.

Meyer, J., "URRS: El salto mortal" en *Nexos* 98, México, febrero de 1986.

Paggi, A., "Después de la derrota de la revolución en occidente" en *Materiales Extraordinario No. 2*, Barcelona, s/f.

Paggi, A., "El Leninismo de Gramsci" en *Filosofía y política en el pensamiento de Gramsci*, Traducc. D. Kanoussi, México, Ed. Cultura popular, 1988.

Paggi, A., "La teoría general del marxismo en Gramsci" en Gramsci, A., *Escritos políticos (1917-1933)*, México, Siglo XXI, 1987.

Paoli, A., *La lingüística en Gramsci. Teoría de la comunicación política*, 2a. ed., México, Premiá editora, 1985. (La red de Jonás, Comunicación).

Pereyra, C., "Democracia y revolución" en *Nexos 97*, México, enero de 1986.

Pereyra, C., *El sujeto de la historia*, Madrid, Alianza editorial, 1984.

Pereyra, C., "Pensar la Política" en *La jornada semanal*, México, domingo 2 de agosto de 1987.

Piñón, F., *Gramsci: Prolegómenos Filosofía y Política*. Centro de Estudios sociales Antonio Gramsci, México, Ed. Contraste, 1987.

Pipitone, U., "El socialismo y sus alrededores" en *Nexos 97*, México, enero de 1986.

Pizzorno, A., "Sobre el método de Gramsci, (De la historiografía a la ciencia política)", en *Gramsci y las ciencias sociales*, México, Siglo XXI, 1977, (Pasado y presente No. 19).

Portantiero, J. C., *Los usos de Gramsci*, 2a. ed., México, Folios ediciones, 1982. (Colección El tiempo de la política).

Portantiero, J. C., "Gramsci para latinoamericanos" en Carlos Sirvent (coord), *Gramsci y la política*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980.

Portelli, H., *Gramsci y el bloque histórico*, Traducc. María Braun, 10a. ed., México, Siglo XXI, 1983, (Sociología y política).

Ragloneri, E., "Gramsci y el debate teórico en el movimiento obrero internacional" en Fernández B., (ed.), *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*, Barcelona. Grijalbo, 1977 (Teoría y realidad No. 13).

Rivadeo, A. M., "Filosofía y programáticas político sociales" en *Epistemología y política en Kant*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-ENEP Acatlán, 1987.

Rivadeo, A. M., "Problemas de la teoría política marxista" en *Cuadernos de Investigación* No. 11, México, Universidad Nacional Autónoma de México-ENEP Acatlán, 1989.

Rosenberg, A., *Historia del Bolchevismo*, México, Ed. Siglo XXI, 1977, (Pasado y presente No. 70).

Rossanda, R., "La revolución italiana" en Martín Pérez Zenteno (ed), *El pensamiento político de Gramsci*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1978. (Colección filosófica, serie mayor).

Sacristán, M., "La formación del marxismo en Gramsci" en Fernández Buey, (ed), *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*. Barcelona, Grijalbo, 1977. (Teoría y realidad No. 13).

Salazar, L., "Gramsci, el socialismo y la política" en *La jornada semanal*, México, domingo 2 de agosto de 1987

Salvadori, M., "Actualidad de Gramsci" en Martín Pérez Zenteno (ed), *El pensamiento revolucionario de Gramsci*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1978. (Colección filosófica, serie mayor).

Salvadori, M., "Gramsci y el PCI: dos concepciones de la hegemonía" en *Materiales Extraordinario No. 2*, Barcelona, s/f.

Salvadori, M., "Kautsky entre la ortodoxia y el revisionismo" en *Historia del marxismo*, Vol. IV, Barcelona, Bruguera, 1980.

Sánchez Vázquez, A., *Filosofía de la praxis*, 4a. ed., México. Siglo XXI, 1980. (Colección enlace).

Sánchez Vázquez, A., "Reexamen de la idea de socialismo" en *Nexos* 94, México, octubre de 1985.

Texier, J., *Gramsci, teórico de las superestructuras*, Traducc. José Fernández Valencia, México, Ed. Cultura popular, 1976, (pensamiento revolucionario).

Togliatti, P., "Gramsci y el leninismo" en Fernández Buey , F. (ed), *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*, Barcelona, Grijalbo, 1977, (Teoría y realidad No. 13).

Tronti, M., "Consideraciones acerca del marxismo de Gramsci" en Fernández Buey , F. (ed), *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*, Barcelona, Grijalbo, 1977, (Teoría y realidad No. 13).

Vacca, G., "El marxismo y los intelectuales" en *Filosofía y política en el pensamiento de Gramsci*, Traducc. D. Kanoussi, México, Ed Cultura popular, 1988.

Vacca, G., "La teoría del socialismo en Gramsci" en Carlos Sirvent (Coord.), *Gramsci y la política, México*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980.

Woldenberg, M., "La estrategia política de la socialdemocracia alemana" en *Historia del marxismo*, Vol. IV, Barcelona, Bruguera, 1980.